CUENTOS BOLIVIANOS

POR

JOSÉ SANTOS MACHICADO.

CON EL RETRATO DEL AUTOR.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA)
B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA
Y SAN LUIS (AMÉRICA SEPT.)



CUENTOS BOLIVIANOS

POR

JOSÉ SANTOS MACHICADO.

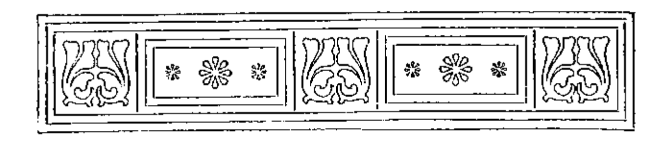
Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci,
Lectorem delectando pariterque monendo.
Horacio, Ars poetica.

Llena todas las condiciones el libro que mezcla lo útil con lo agradable, deleitando al lector y enseñándole al mismo tiempo.

CON EL RETRATO DEL AUTOR.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).
B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA
Y SAN LUIS (AMÉR. SEPT.).

ÍNDICE.



EN MEDIO DEL RÍO.

I.

Se ha dicho hartas veces, de palabra y por escrito, en verso y en prosa, que el florido rosal suele ocultar el reptil venenoso, que las aguas cristalinas de una laguna ó de un arroyo cubren un fondo de cieno y de fetidez, y se han repetido otras observaciones por el estilo, de tal manera que se escuchan ya como quien oye llover, sin parar mientes ni poco ni mucho en la enseñanza práctica y prudente advertencia que encierran.

Y sin embargo, tales expresiones, pasadas á la categoría de adverbiales, se fundan en algo y merecen la pena de ser tomadas en cuenta.

La inestabilidad de las ideas y sentimientos humanos, y aun de los hechos relativos á los demás seres de la tierra sujetos á leyes, conocidas unas é ignoradas otras, engendran las catástrofes privadas y públicas que se suceden casi todos los días, y hacen que mañana nublada sea el comienzo

de un hermoso día, ó que amanecer sereno produzca una tempestad durante la tarde.

No es posible tener seguridad absoluta en la dicha (espina de los felices); pero en cambio tampoco se debe perder la esperanza en medio de los sufrimientos (consuelo de los desgraciados).

Todas las aspiraciones y todos los actos del hombre pertenecen á las eventualidades del combate de la vida, en el cual lleva la mejor parte quien se muestra bastante noble y generoso para gozar con moderación de los bienes, y se halla provisto de resignación en los males que le sobrevengan, á pesar de todos sus esfuerzos por evitarlos.

II.

Era una de las bellas mañanas del mes de febrero de 188.. El cielo se ostentaba azul y sereno, y los primeros rayos del sol se reflejaban en las nieves del Illimani, avanzando paulatinamente la áurea luz por la verde alfombra de la campiña occidental y las torres y edificios más elevados de la ciudad.

La plazuela de San Sebastián (históricamente plaza de Alonso de Mendoza) se halla atestada de gente en las inmediaciones de la estación de carruajes á Puerto Pérez *(Chililaya)*; un coche de pasajeros y dos carretones de carga se disponían á partir. Llegó el momento de confusión en derre-

dor del coche, siendo teatro principal sus dos estribos, en que los abrazos, los apretones de manos, los gritos de despedida, las preguntas y las respuestas formaban un ruido ensordecedor, casi semejante al estruendo de un asalto. Colocados, por fin, los viajeros en sus asientos, partió el coche, siguiéndole á poco los pesados carretones.

En el coche iban doce personas, víctimas de la estrechez é incomodidad que conocen todos los que han viajado en la diligencia de La Paz á Puerto Pérez; el caballero paceño, señor T., el joven N., neogranadino que daba término á un viaje de recreo y estudio por el mundo, y el personal de una compañía de acróbatas y payasos, compuesto de cinco hombres, tres mujeres y dos niños de ocho á diez años de edad. Los acróbatas y payasos eran casi todos norteamericanos.

El señor T. ocupa asiento contiguo al joven N., y ambos se mantenían en silencio, obedeciendo á la reserva impuesta entre personas que no se conocen.

El joven rompió la conversación diciendo al señor T.:

—Mañana apacible, nos augura viaje feliz.

—En efecto—contestó éste,—es una mañana deliciosa; pero en la presente estación no se puede confiar en la serenidad del cielo.

—¿Teme Vd. algún contratiempo?

—Temer no precisamente. Sólo juzgo que no es imposible un fuerte aguacero.

—Cierto. En ese caso nos servirá de algo la mala cubierta de este pésimo coche.

Al ascender lenta y fatigosamente la cuesta, el coche dominaba el panteón.

El joven dijo al verlo:

—No es desagradable el aspecto del cementerio.

—Hace poco que ha principiado su arreglo.

—¿Es el único en La Paz?

—Sí, señor, es el único por ahora. Opinan muchos que debe hacerse un cementerio para disidentes.

—No pienso como ellos. La lucha y división de los vivos no deben perpetuarse entre los muertos.

—¿No le parece racional que cada comunión religiosa tenga su propia necrópolis? Para los católicos el cementerio es lugar sagrado.

El joven N. replicó con vehemencia:—Las luces del siglo han disipado las sombras del fanatismo religioso. Los hombres son completamente libres en punto á conciencia, sin renunciar á la fraternidad universal á cuyo abrigo reposan en el sueño de la muerte.

El señor T. calló, limitándose á mirar al joven con extrañeza.

Éste comprendió la inconveniencia de haber salido de los términos de una conversación ami-

gable, empleando el lenguaje de la polémica, y no acertaba con una excusa urbana. Añadió atropelladamente: —Yo, á pesar de ser católico, pienso así... ésta es mi manera especial de ver....

El señor T. se daba cuenta en su interior de que su compañero era un espíritu fascinado por la vocinglería del liberalismo moderno.

III.

El cochero aguijoneaba los caballos haciendo chasquear el látigo en medio de gritos terribles.

Cundió cierta alarma en el coche, y el joven N. y algunas personas se asomaron á las ventanillas para ver lo que sucedía.

El cochero juraba á voces sin hacer el menor caso de las observaciones que se le hacían.

El joven N. dijo al señor T.:

—Este bárbaro es capaz de hacer un desatino. Da muestras de ser irascible y temerario.

—No quise manifestar á Vd. antes que mis presunciones de contratiempo se fundaban principalmente en el carácter del cochero, temido por su despotismo y sus brutalidades.

El cochero, de nacionalidad francesa, se recomendaba por su cara roja sin pelo de barba, cabello rubio y áspero, gesto desdeñoso y huraño y estatura atlética. Vestía un chaquetón de piel de gamuza, y frisaba en los cincuenta años.

El señor T. y el joven N. se mantuvieron silenciosos en lo que restaba de la subida. Los acróbatas charlaban á media voz.

IV.

El coche, después de una breve parada en el alto, continuó su marcha por el llano.

Los viajeros sentían la influencia benéfica de la libertad del campo y de la amplitud del horizonte. Salían de la estrechez del valle de La Paz, y su vista se dilataba con placer por los pajonales y sembrados que á lo lejos tenían por límite, á la derecha la cordillera resplandeciente de nieve, y á la izquierda cerros azules de diversas formas y tamaños.

El coche rodaba con rapidez, y al parecer, sementeras, chozas de indígenas y tropas de ganados corrían en el sentido contrario.

El joven N. recobró su locuacidad y buen humor, y dijo: —Siempre he sido apasionado por los viajes. La novedad de personas y lugares me causa un gozo indecible.

El señor T. le contestó:

—Los viajes tienen atractivos, pero no carecen de inconvenientes.

—¿Cuáles son éstos?

—Muchísimos, y refiriéndome á una sola clase, los accidentes y los peligros.

—¡Oh! éstos existen en todas las situaciones de la vida, aun cuando uno no salga jamás de su casa.

—Los hay mayores y más frecuentes en los viajes.

—Si eso es verdad, también es cierto que las precauciones los disminuyen, ó más bien los alejan completamente.

—No hay precauciones para los hechos que no dependen de la voluntad y salen fuera del dominio de la inteligencia del hombre.

—Veo que Vd. no hace justicia á los esfuerzos de la humanidad, á los progresos de las ciencias y de las artes, que mejoran y facilitan la satisfacción de todas las necesidades.

—Y sin embargo, suceden á cada momento desgracias de toda especie.

—¿Qué deduce Vd. de semejante premisa?

—Que el poder del hombre, aun tratándose de su propia seguridad, es muy pequeño, y que no se debe echar en olvido la acción suprema de Dios.

—Vamos, eso huele á rancio y á moho.

—Respeto la opinión ajena, sin renunciar á la mía cuando me asiste la convicción de que estoy en lo cierto. Permítame declararle que en esta materia nunca he pensado ni pensaré como Vd.

—Aplaudo su franqueza, y le ruego que me escuche.

—Hable Vd.; le consagro toda mi atención.

—Heredero único de una familia rica de Nueva Granada, completo por medio de los viajes mis estudios de ingeniero, hechos en París. Me hallo habituado al cálculo y al método. Formé con todo esmero mi presupuesto de gastos, que hasta ahora no ha fallado. Estudié la conexión de vapores y ferrocarriles, y siempre llegué á tiempo para embarcarme en el vapor ó subir al tren designado de antemano. No he empleado un día ni gastado un centavo fuera de mis previsiones, y he soportado las incomodidades y molestias con el valor y la entereza de quien las conoce y espera. Me han servido de vehículos el trinco del Japón, la kibitka rusa, el ferrocarril europeo, el camello árabe, el elefante indio, el potro tártaro, el palanquín africano y la mula argentina. He navegado en el vapor francés, en el ballenero noruego, en el junco chino y en la balsa del Amazonas; emprendiendo toda travesía después de atento estudio y minuciosas precauciones, sin tropezar en ninguna parte con dificultades que pudieran llamarse graves ó peligrosas. ¿Puedo tener algún derecho para creer que la prudencia y el cuidado evitan lo que se denomina incidentes adversos?

—Lo que veo, señor, es que Vd. tiene el deber de rendir homenaje de profunda gratitud á la

Providencia, por haber llevado á cabo felizmente tan largos viajes.

—No digo que no; eso no obsta...

—Hay sucesos á los que no llegan el estudio y la previsión. Ignoro por completo la manera de burlar los efectos de una tempestad, un naufragio, un incendio, una asechanza y hasta de una simple caída.

—Es verdad. No avancemos en una materia que, á pesar de todo, es discutible.

Y el joven N. añadió en tono de broma: — Supongo que Vd. no se negará á convenir siquiera en que llegaremos sin novedad á Puerto Pérez. Tenemos abrigos para el aguacero, un excelente ron para el frío, y nuestras agradables conversaciones para anular el cansancio.

El señor T. sonrió.

El coche llegaba al punto llamado *Chirioko*. Sentíanse las primeras gotas de lluvia.

El cielo, poco ha límpido y azul, se cubría rápidamente de nubes pardas y negras. No tardó en pronunciarse una tempestad de granizo. Los relámpagos y rayos se sucedían casi sin interrupción. Cesó el granizo y cayó una lluvia copiosa.

Al llegar el coche á la estación de *Machacamarca*, la carretera y los campos se encontraban cubiertos de nieve é inundados por el agua pluvial.

Los pasajeros, que apenas habían cambiado algunas palabras durante la tempestad, hablaban

atropelladamente sobre la repentina aparición de la tormenta, su fuerza y sus efectos.

El cochero enganchó nuevos caballos y se colocó en su puesto para continuar la marcha.

Alguien observó que no sería posible atravesar sin peligro el inmediato río de *Schuenka*, que estaba de gran avenida.

El cochero exclamó que no podía detenerse sin faltar á sus deberes, y que por otra parte no era la primera vez que pasaba el apenas riachuelo, presuntuosamente llamado río.

Los pasajeros, aunque un tanto indecisos, se decidieron á seguir el viaje por el interés de acabar cuanto antes la jornada, y no contradijeron al conductor.

V.

El coche avanzó hacia el río, que efectivamente arrastraba gran caudal de agua cenagosa, y había rebasado sus orillas á considerable distancia.

Á su vista, los pasajeros asustados apremiaron al auriga á detenerse y esperar que disminuyera la corriente; mas el torpe, avezado á ejercer la tiranía del lacayo voluntarioso y engreído, no escuchó nada y azotó á los caballos. Éstos se lanzaron al río y procuraban vencer á saltos la corriente.

Impulsado con gran fuerza, el coche llegó tambaleándose á la mitad del río y allí quedó inmóvil,

sepultadas profundamente sus ruedas en el lecho blando y arenoso.

Los caballos, estimulados por el látigo y los desaforados gritos del cochero, se encabritaban tirando furiosamente, sin que sus esfuerzos consiguiesen arrancar el coche.

Los pasajeros, mudos de terror y de angustia, presenciaban la horrible lucha, que fué de quince minutos, al cabo de los cuales, los jadeantes caballos, aplastados por la fatiga, se mostraban insensibles á los golpes del látigo, como cuerpos inertes.

El cochero se desesperaba en vano, agotando su repertorio de juramentos y denuestos.

Cesó de hostigar á los caballos, declarando que después de un descanso estarían en disposición de sacar el coche del atascadero.

Los carretones que venían detrás asomaron al río, seguidos de los habitantes de la estación. Éstos y los conductores discutieron vivamente, siendo el resultado la retirada de los carretones; todos creyeron, sin duda, imposible aventurarse en el paso, ni prestar auxilio inmediato al coche encallado.

Los pasajeros reclamaban por todos los medios imaginables la acción y la habilidad del cochero para librarse del peligro, y el cochero se mantenía sordo á las quejas, á los ruegos y á las amenazas.

Transcurrió media hora, transcurrió una. Veníán á empeorar la situación la noche, que ya extendía sus tinieblas, y la lluvia que comenzaba nuevamente.

El cochero empuñó el látigo y castigó á los caballos; éstos hicieron algunos esfuerzos y al poco rato quedaron inmóviles otra vez.

Entonces el cochero desenganchó en silencio, se puso de un salto sobre el más próximo y arreó los caballos, que, sintiéndose libres, se apresuraron á salir del agua.

Al ver esto, los pasajeros lanzaron un alarido de horror, que fué lúgubremente repetido por los indígenas de la vecindad que miraban con atención desde ambas orillas.

VI.

Los pasajeros se hallaban á merced del río, ó más bien condenados á una muerte segura.

Cerró la noche cubriendo, á semejanza de una mortaja, el coche y á sus ocupantes. El aguacero arreciaba más cada momento.

El joven N. sacó una bugía de su maleta, la encendió y la mantenía en la mano.

Los pasajeros guardaban profundo silencio; sufrían una especie de síncope causado por la intensidad de la cólera y del estupor, que les embargaba el pensamiento y la palabra.

Vueltos en sí, se desataron en apóstrofes é imprecaciones contra el cochero, contra la empresa, contra el país....

Sólo el señor T. y el joven N. no despegaban los labios, y se miraban como si temiesen aumentar su abatimiento, comunicándose la convicción de que se hallaban perdidos.

En seguida sobrevino la calma de la desesperación, la quietud de la agonía.

El cuadro presentaba los tintes más sombríos de angustia y de dolor.

Los rostros lívidos y descompuestos, los ojos desmesuradamente abiertos, cada uno procuraba sondear en su interior su propio espanto, su peligro y su suerte.

La avenida aumentaba y su impulso hacía crujir el coche.

Las horas transcurrían con la lentitud y pesadez que imprimen al tiempo el deseo y los votos de que pase cuanto antes.

Á las doce de la noche se despejó el cielo, y la luna comenzó á brillar clara, hermosa y apacible.

El bienestar de la esperanza penetró en el corazón de los pobres viajeros.

Vieron el reflejo de la luz en las aguas, la dilatada anchura del río y sus riberas completamente desiertas; pero vieron también la poderosa

corriente y las negras oleadas que se estrellaban contra el coche.

Sintieron que éste se movía amenazando ceder al empuje de la avenida, que el agua penetraba y les mojaba los pies; entonces se levantaron todos, obedeciendo al instinto de conservación, y gritaron con toda la fuerza de sus pulmones, en medio del mayor desconcierto: ¡socorro! ¡auxilio! ¡el río nos arrastra!

¿Quién podía favorecerles á tal hora y en situación tan singular y extraña? Sus gritos y lamentos se perdieron entre el sordo estruendo de las olas del río y la extensión de los campos.

El coche continuaba moviéndose á intervalos.

El joven N. dijo al señor T.: —El coche no puede resistir más tiempo: estamos infaliblemente perdidos.

El señor T. le contestó: —Sufro todo el peso de nuestra desgracia, y encomiendo mi alma á Dios.

—Tiene Vd. razón. Me esfuerzo por hacer lo mismo.

Las tremendas y dolorosas ansiedades de los pasajeros carecen de nombre, al menos son indescriptibles.

Serían comparables á las que experimenta quien se halla colgado en un precipicio de un arbusto cuyas raíces observa que se arrancan unas tras

otras, ó á las del que, puesto el cuello en el tajo, aguarda la caída del hacha del verdugo.

Esas ansiedades pertenecen al paroxismo de la angustia, y son de aquellas que producen el desvanecimiento ó la locura en los débiles y las canas instantáneas en los fuertes.

VII.

Las tres mujeres lloraban amargamente. Los dos niños, cansados de chillar, se durmieron en las faldas de sus madres, al amparo de esa necesidad física, irresistible en la edad de la inocencia.

Los acróbatas echaron mano del coñac que traían y comenzaron á beber, tratando de embotar con la embriaguez los aguijones del evidente y horrible peligro.

Su conversación se animó muy luego, degeneró á poco en voces precipitadas y confusas, y ofreció, por fin, los caracteres de la disputa y de la riña.

Las bocas lanzaban ofensas, y las manos empuñaron los revólveres.

El tema parecía ser ó cuestión económica, tan común entre los del oficio, ó rencillas de celos de amor, que tan frecuentemente se enseñorean del corazón humano.

La complicación era tan original cuanto inesperada.

Una pelea en semejantes circunstancias, equivalía á una lucha de los que sufren los estertores de la muerte.

El joven N. exclamó: —¡Esta escena infernal nos faltaba! ¿Qué hacemos?

Contestó el señor T.: —Nada; lo que digamos ó hagamos aumentará el mal.

—¿Pero es posible? ¿Quién lo podía imaginar? Si no morimos en el agua, acabaremos de un balazo.

—Ciertamente. No nos es dado evitar ni escoger ninguno de los dos extremos.

Las mujeres se abalanzaron denodadamente y arrebataron los revólveres.

El río, olvidado durante los sucesos anteriores, se encontraba bastante decrecido. Sus aguas habían ganado en claridad perdiendo gran parte de los ímpetus de su corriente.

La noche llegaba á su término, y no tardaron en asomar las luces del nuevo día.

VIII.

Muchos indígenas se presentaron, y con el auxilio de palos y cuerdas lograron extraer el coche de su arenosa prisión. El cochero dirigió las operaciones.

En el acto de enganchar los caballos, algunos pasajeros le reprocharon la bárbara inhumanidad de haberlos abandonado en medio del río.

Respondió únicamente:—Los caballos están á mi cargo y no debía hacerlos perecer sin causa suficiente. Por lo que á mí respecta, supongo que nadie negará el derecho que me asiste de mirar ante todo por mi persona.

Todos le replicaron tumultuosamente:

—Vd. nos pospone á los caballos.

—No tiene Vd. conciencia de sus deberes.

—Eso es un egoísmo incalificable.

—Eso es un crimen.

—Es Vd. reo de conato de un asesinato colectivo.

El cochero creyó oportuno sonreir, diciendo:

—Sin embargo, ninguno de Vds. ha muerto. Estaba seguro de que el río no era capaz de llevarse el coche.

Los pasajeros no insistieron en sus increpaciones. No querían turbar la profunda satisfacción de haber salvado de un peligro tan grande.

IX.

El señor T. y el joven N. cambiaron en Puerto Pérez estas palabras:

—Es inolvidable lo que nos ha pasado.

—Nunca se borrarán de mi memoria las angustias y los horrores de una noche en medio del río.

—¿Qué le parece la conducta del cochero?

—Inicua sobre toda ponderación.

—Juzgo de mi deber denunciarla en La Paz, y en su caso recurrir á la justicia.

—Hay suficiente razón para ello.

—Adiós. Deseo á Vd. feliz viaje.

—Antes de eso...

—Estoy á sus órdenes.

—Rindo justo homenaje á su elevación y nobleza.

—Vd. me favorece demasiado.

—Escuchó Vd. mis impertinencias con respecto á los cementerios católicos, y, lo que es más grave, con respecto á la acción de la Providencia.

—Bueno; no hay para qué recordarlas.

—Es preciso que ahora conozca Vd. mi arrepentimiento.

—Reciba Vd. mi sincero aplauso.

—Nacido y educado en el seno de una familia católica, mis estudios y mis viajes han maleado mis ideas y mis sentimientos. La influencia de la incredulidad y de la perversión europeas, y de las supersticiones religiosas de Asia y de África, engendraron en mí el despego y aun el desdén por las creencias de mis padres. En tal estado de espíritu salí de La Paz y hablé con Vd. en el camino. Al término de largos viajes, he pensado neciamente atribuyendo sólo á mis esfuerzos y á mi prudencia su buen éxito. Dios ha querido volver por su honra y corregirme en su misericordia. Me ha obligado á sufrir las angustias de un re-

pentino y espantoso peligro, del cual Él mismo me ha salvado. ¡Bendito sea mil veces! (Y se descubrió con franca humildad y respeto.) Espero no olvidar la lección, y en lo sucesivo profesar mi fe con valor y constancia.

El señor T. le dijo conmovido:

—Sus ligerezas quedan borradas por sincera reparación. Adiós, mi querido amigo; cuente Vd. siempre con un servidor en La Paz.

—Y Vd. con otro adicto y agradecido en Santa Fe de Bogotá.

Y se dieron en seguida un tierno y apretado abrazo.

X.

El señor T. volvió á La Paz, buscó al Gerente de la Empresa Carretera de Puerto Pérez y le refirió el hecho.

El Gerente creyó que su obligación se reducía á exclamar: —¡Ah! salvaje; es capaz de todo. Si ese cochero no fuese tan competente, ya lo hubiera despedido.

El señor T. se dirigió al Fiscal del Distrito, quien escuchó la relación, haciendo interrupciones de admiración, de espanto y de horror, y le dijo que hiciera la denuncia por escrito.

El señor T. consultó con un abogado. El hombre de la ley, después de informarse de varios

incidentes, opinó que había un verdadero delito, y que, sin embargo del empleo de tiempo, fatigas y gastos, no se conseguiría el castigo del culpable.

—¿Por qué?

—Porque la justicia es parte de la sociedad, y la sociedad tiene severidades absurdas y condescendencias criminales.

El señor T. desalentado comprendió que debía abandonar el asunto.

Y el hecho, atentatorio contra toda noción de orden, de justicia y de humanidad, quedó impune, no siendo, por desgracia, el primero ni el último de los delitos victoriosos.



EL DESAFÍO.

I.

ERAN las diez de la mañana y Don Terencio Padera repasaba en su escritorio las publicaciones de última fecha.

Padera se ocupaba en trabajos de prensa, colaborando en varios periódicos.

Joven ilustrado y de talento, creía de su obligación poner su modesto contingente al servicio del bien y del progreso de su país.

No daba por mal empleados sus afanes, sin embargo de que ellos le hacían desatender asuntos de propio interés.

El señor Padera trabajaba por gusto y sin retribución alguna.

Tenía sanas ideas que se esforzaba en propagar por medio de sus escritos, mas no se podía decir que fuese severo y firme en sus convicciones.

Se doblegaba á veces al influjo de las preocupaciones de moda, sin llegar por eso hasta la irreligión y la impiedad.

De espíritu honrado y de recto criterio, sus extravíos y traspiés en materias de moral y de justicia se debían á la enfermedad epidémica que en el día contamina las ciencias, las artes y las costumbres.

Formaba Padera, por debilidad ó por condescendencia, en el número de los buenos que hacen poco ó no hacen nada en favor de la verdad social y política, á pesar de hallarse ricamente dotados para las nobles luchas y victorias contra las invasiones y predominio del mal.

Con todo, el señor Padera es elemento apreciabilísimo en la prensa periódica, donde, por desgracia, no hay mucho que merezca ser escogido y acatado.

II.

Registrando se hallaba, como decíamos, folletos y periódicos, cuando sintió que llamaban á la puerta con golpes inusitados.

Se alarmó un tanto, y sin dejar su asiento gritó:

—¡Adentro! ¡adelante!

Se precipitó en el escritorio un hombre, el cual, sin más fórmula que quitarse el sombrero, le dijo:

—¿Vd. es Don Terencio Padera?

—Sí, señor, y estoy á sus órdenes.

—Me trae aquí un asunto desagradable para mí, y acaso para los dos.

—Vd. dirá; sírvase tomar asiento.

—Me llamo Aníbal de Río, y ha poco que he llegado á La Paz.

—En buena hora. Doy á Vd. la bienvenida.

—Soy accionista de una sociedad industrial que se propone explotar cueros, astas y huesos de ganado mayor, para aplicarlos, como materia prima, á las artes útiles.

—Felicito á Vd. por el pensamiento, y deseo que la sociedad prospere.

Padera decía para sí: «Pleito se anuncia.»

Es de advertir que Padera figuraba entre los abogados poco afectos á su profesión. Defendía sólo asuntos elegidos con severo examen.

—Me encuentro alojado en la vecindad, y almuerzo y como donde las Moral, que, no lo debe ignorar Vd., tienen casa de pensión en este barrio.

—En efecto, sé que existe esa casa de pensión.

—Sí, la de las Moral, y á quienes la maledicencia pública se complace en llamar «las Morral».

—Creo que hay algo de eso.

—Además, hace apenas una semana que mi sociedad ha celebrado sesión para designar presidente, secretario y tesorero, en cuya elección me cupo la honra de ser escrutador de votos, circunstancia que conoce Vd.; no puede ser de otra manera.

—¿Yo?

—No se haga Vd. el sorprendido. Le he puesto en antecedentes, ó más bien se los he recordado, á fin de que Vd. no rehuya su responsabilidad, ó apele á las excusas.

—¡Caballero! no comprendo la responsabilidad á que Vd. se refiere.

En seguida hubo algunos instantes de silencio.

De Río parecía meditar las palabras de que se había de valer.

Padera daba muestras de la mayor sorpresa é incertidumbre.

El rostro de Río estaba encendido, denunciando una agitación notable en su espíritu.

Era de Río un buen mozo en toda la extensión de la palabra: alto, rubio y simpático; el conjunto de su persona expresaba energía, resolución y vehemencia.

La corrección y el esmero de su traje indicaban la clase social á que pertenecía.

Padera es pequeño y delgado, pero no menos interesante.

Su cabello negro, su palidez y su estatura, así como su fisonomía mansa y complaciente, contrastaban con las dotes físicas y morales de su interlocutor.

—Me extraña—dijo de Río—que Vd. no se haga cargo de nuestra respectiva situación. Entre

el ofensor y el ofendido no hay más medio de arreglo que una satisfacción cumplida ó un duelo.

—¿Satisfacción? ¿Duelo? ¿Y por qué?

—Acepto cualquiera de las dos cosas, declarando ingenuamente que prefiero el duelo.

—Yo no he ofendido á Vd., no he podido ofenderle. Es la primera vez que le veo y hablo.

—Todo lo que le tengo manifestado antes hace imposible la duda acerca de los insultos gratuitos que Vd. me ha dirigido.

—¡Esto es demasiado! Acabemos: Vd. padece una equivocación, procede con malos informes, ó...

—Acabemos. Vd. se niega á reparar la ofensa, y yo sabré obligarle á ello.

—¡Caballero! no creo que se haya propuesto Vd. agotar mi paciencia; eso sería innoble. Diga Vd. ante todo, ¿cuál es la ofensa?

—¿Para qué he de repetirla, si Vd. la sabe tanto ó mejor que yo?

—Insisto en sostener que jamás me he ocupado de Vd.

—Con negativas no se orillan estos asuntos.

—¡Pero, hombre!

—Enviaré á Vd. mis padrinos con el cuerpo del delito.

—Oiga Vd., y tengamos la fiesta en paz.

—Nada; lo dicho.

Y se fué haciendo una ligera venia de cortesía.

III.

Padera quedó estupefacto.

La sorpresa y la confusión le impidieron, desde luego, coordinar sus ideas.

Al cabo de algún rato exclamó:

—¿Este señor ha escapado de un manicomio? ¿Qué tengo que ver con su sociedad industrial, su vecindad, ni sus almuerzos y comidas donde las Moral?

Parece que de todo esto deduce que yo le he ofendido y que le debo la satisfacción de un duelo. Y el mozo es muy capaz de armarme un escándalo en mitad de la calle y ponerme en ridículo.

¿De dónde, diablos, me viene esta tormenta? No recuerdo haber procurado ofender á nadie.

Por el contrario, tendría que reprocharme la condescendencia para conservar lo que se llama buenas relaciones con el malo y con el bueno, hasta el extremo de sacrificar la dignidad, hasta el extremo de comprometer la verdad y el respeto debido á la santidad de las creencias.

Lo confieso con rubor: estreché manos que merecen el fuego, y sonreí á quienes deben ser escupidos en el rostro.

Y sin embargo, precauciones tan costosas, ó más bien prevaricaciones, no han impedido que brote un enemigo pidiendo mi sangre para lavar una ofensa imaginable, que me atribuye.

¿Qué puede ser? ¿Broma? ¿Calumnia? ¿Asechanza? ¡Buen lío tengo delante!

Mas las cavilaciones inútiles me llevan camino de la locura.

Aguardemos. Quizá el cuerpo del delito arrojará luz en tanta obscuridad.

Después de esta especie de monólogo, Padera se dirigió á su casa.

Padera tenía en casa distinta el escritorio donde despachaba sus asuntos y recibía á sus amigos íntimos.

IV.

Á la una *post merídiem* volvía á entrar en su escritorio, mostrando en la fisonomía manifiestas señales de tristeza y de mal humor.

No tardó en recibir un billete concebido en estos términos:

«Nuestro querido Terencio:

«Hemos almorzado en el Hotel Americano, donde el argentino Aníbal de Río decía á los suyos que se batiría contigo por una grave ofensa que le has hecho. Agregaba, además, que intencionalmente hacía público el próximo lance, al efecto de cortarte todos los caminos de la retirada ó excusa.

«Diego estaba con nosotros y nos aseguró que sabía el secreto, negándose, sin embargo, á declararlo.

«Creemos necesario participarte tan desagradable noticia, recordándote que dispones absolutamente de tus amigos

Salustio y Eduardo.»

—Sigue la danza—se dijo con abatimiento.—Mi persistencia en la negativa echará sobre mí las burlas, las rechiflas y aun los desprecios de los boquirrubios y casquivanos, actores obligados de estas farsas.

Y de repente se puso furioso, como el agua del tranquilo lago alborotada bruscamente por el viento, y exclamó, cerrando los puños: —Sí, señor, ¡me batiré! pero será después de abofetear al impertinente, para que haya siquiera causa apreciable de conflicto.

Las naturalezas dóciles y apacibles, bajo el influjo de tenaz provocación, se hallan expuestas á tremendos estallidos.

V.

Llamaron muy quedo á la puerta.

Padera fué allí, y viendo á dos personas, les dijo:

—Pasen Vds., caballeros. Tomen asiento.

Y añadió luego: —¿Cómo le va, señor Farandi? ¿Y á Vd., señor Estupes?

—Bien,—contestaron ambos. —Y Vd., ¿sin novedad?

—Así es.

— Nos trae un objeto ingrato por cierto, —dijo Farandi.—Vd. comprende que en estos casos no se pueden rehuir los compromisos.

—Estoy á las órdenes de Vds.

Continuó Farandi: —El señor Aníbal de Río nos ha rogado que nos entrevistáramos con Vd., con el fin de que nos comunique los nombres de sus padrinos, con quienes debemos concertar las condiciones del duelo.

—Es un empeño singular el del señor Aníbal de Río.... Yo no tengo conciencia de haberle ofendido, ni hasta hace tres horas tuve conocimiento de que existiese este caballero en La Paz.

—¿Entonces? — repusieron Farandi y Estupes.

—Que acepto el desafío á condición de que el señor de Río pruebe que yo le injurié.

—Muy justo, —dijo Estupes.

—¡Ah! me olvidaba,—dijo á su vez Farandi, —el señor de Río nos dió por escrito los términos textuales de la ofensa.

Y sacó de la cartera un papel que entregó á Padera.

Éste leyó: «El escrutador es Animal de Río que come en morral, como un mulo de la vecindad contra los arroces y pavitos sociales.»

Y exclamó con vehemencia:—Señores, yo no he escrito nunca semejante cosa.

Los padrinos guardaron silencio.

Padera añadió: —¿Y no ha dicho el señor de Río la forma en que le dirigí tales injurias? ¿En carta, pasquín, anónimo ó por medio de la prensa?

—Ignoramos la forma,—contestaron aquéllos.

—El asunto se enreda cada vez más para mí. No puedo acertar con su origen, verdadero embolismo obscuro y odioso.

—Lo sentimos, señor Padera.

—Pero, en fin, vuelvo á lo que antes expresé: que el señor de Río demuestre que soy el autor de esas palabras, é inmediatamente enviaré mis padrinos á Vds.

—Estamos conformes, señor Padera, y nos retiramos, deseando que el conflicto se corte por un avenimiento.

—Gracias, señores.

VI.

Padera se veía en medio de las mayores incertidumbres y angustias.

«¿Quién ha escrito esas palabras? ¿quién me ha calumniado? ¿de dónde procede esta trama infernal?» se preguntaba á sí mismo sin atinar á responderse.

Y nuevamente se dejaba arrastrar por cálculos, recuerdos y suposiciones.

En tal situación se presentaron Salustio y Eduardo.

Dijo el primero:

—Aquí nos tienes para tomar parte en tus trabajos.

—Llegáis á tiempo: os lo agradezco, amigos.

—¿Qué hay de nuevo? ó ¿cuál es el estado de la cuestión?—preguntó Eduardo.

Terencio le alcanzó el papel, y una vez que los dos se hubieron informado, añadió:

—El señor de Río me atribuye la paternidad de esas frases que me ha remitido con sus padrinos.

—No comprendo una jota,—murmuró Salustio.

Terencio continuó:

—Él mismo vino primero, y retándome á duelo por una ofensa, que se negó á manifestar, me hizo saber: que se llamaba Aníbal de Río, que había sido escrutador de votos en una sociedad industrial, que vivía en la vecindad y estaba contratado en la pensión de las Moral, alias Morral.

—Si es así, este papel lo describe,—dijo Eduardo.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

—Pero, ¿tú has escrito eso, Terencio?—agregó Salustio.

En este momento entró Diego, que había oído á Salustio y Terencio, y apostrofó enfáticamente á éste:

—¡Has escrito y no has escrito! ó más bien, ¡te han hecho escribir! quiero decir...

—¡Explícate con mil de á caballo!—le replicó vivamente Terencio.

Salustio y Eduardo intervinieron uno tras de otro:

—¡Despacha, Pitonisa con pantalones!

—¡Habla, Sibila de Cumes barbudo!

—Si me hostilizáis, me callo.

—¡Qué afán de mortificar!—exclamó Salustio.—¡Estamos sobre pecas, hombre!

—Bueno, haya paz. Dime, Terencio, ¿has leído *La Verdadera Luz*, de ayer?

—No, Diego. Vi el periódico en casa, pero el estado de mi ánimo no me permitió tomarlo en la mano.

—¿No? pues emprendamos otro camino. ¿No es cierto que has escrito en ese número un artículo titulado 'Escritor notable', haciendo grandes alabanzas del joven Aníbal de Río, que filosofa en la prensa sobre moralidad de las costumbres?

—Es verdad,—contestó Terencio,—sospechando el origen del embrollo.

—Ahora ya es fácil...

—¡Sigue! ¡sigue!—le dijeron los tres.

VII.

La presencia de Aníbal de Río interrumpió las explicaciones de Diego.

Aníbal de Río saludó á todos, y se dirigió á Terencio.

—Señor Padera, he sabido con extrañeza por los señores Farandi y Estupes, que Vd. persiste

en negar haber escrito las ofensas cuya copia le envié. Me parece que no es hidalgo rehusar la satisfacción.

—¡Caballero! modere Vd. sus palabras.

—Ha llegado la hora de ser franco. El miedo no honra á quien estima su decoro.

Eduardo, Salustio y Diego fruncieron el ceño, haciendo un movimiento como para echar al imprudente.

Terencio los contuvo con una mirada.

—¿Por qué —dijo respetuosamente Diego,— se atreve Vd. á pronunciar palabras tan poco urbanas?

—Porque traigo la prueba incontestable de la culpabilidad de su amigo. He aquí el último número de *La Verdadera Luz*; he aquí el artículo «Escritor notable»; he aquí los insultos: «El escrutador es Animal de Río que come en morral, como un mulo de la vecindad contra los arroces y pavitos sociales»; he aquí la firma del autor —Terencio Padera.

—Tenga Vd. calma. Dentro de un momento le convenceré de que no son mías esas atrocidades.

—¡Todavía!...

—Magnífico —interrumpió Diego.— Ved á Rodomán, administrador de *La Verdadera Luz*. Le previne trajera el original del artículo, presumiendo su decisiva importancia.

Efectivamente Rodomán entró con fisonomía tímida y consternada, y dió el original á Diego, que lo pasó á Terencio.

—Entonces será al instante, señor de Río. Este original dice, en la parte señalada por Vd.: «El escritor es Aníbal de Pío, que corre en moral como un muro de la verdad contra los errores y hábitos sociales», lo cual ha tergiversado el cajista de una manera monstruosa.

—¿Es posible, señor Padera?

—Vd. tiene la palabra, señor Rodomán. ¿Por qué no está conforme el artículo con el original?

—Señor, Vd. no tuvo lugar para corregir las pruebas. Apremiado por el tiempo no hice yo mismo la confrontación, y el regente me aseguró que todo estaba en regla.

—Puede Vd. retirarse, señor Rodomán. Le ruego que tenga más cuidado para no exponer á los amigos á desafíos y quebraderos de cabeza.

De Río estaba rojo como un tomate, y balbuceó:

—¿Deberé contar con alguna rectificación en *La Verdadera Luz*?

—Indudablemente, señor de Río, haré que se reproduzca el artículo con nota que testifique los errores de imprenta.

Salustio, Eduardo y Diego, con los carillos hinchados de risa, se esforzaban por mantener la seriedad.

—Quedo satisfecho. Por lo demás, señor Padera, siento las molestias que le ocasioné, intri-

gado por apariencias de ofensa. Pido á Vd. mil perdones.

—No es nada, señor de Río. También de mi parte siento los disgustos que le han hecho sufrir los errores de imprenta.

Aníbal de Río saludó y se dió prisa en marcharse.

VIII.

Casi inmediatamente tronaron en la habitación las risas de Eduardo, Salustio y Diego.

Sólo Terencio no salió de su moderación.

Luego se desencadenó el siguiente animado diálogo:

—La tragedia se ha transformado en comedia «por vía de encantamiento», como dice Cervantes.

—Hay asunto digno de Molière y de Bretón de los Herreros. Diego, ¿quieres escribir una comedia?

—¿Qué más comedia que la acabada de representar? en la cual, sea dicho sin modestia, me ha tocado un importante papel.

—En ese orden no hay que olvidar al pobre... pero grande protagonista Terencio.

—Ni al terrible antagonista de Río.

—¡Déjale en paz! Se ha visto obligado á irse con rosario de melones y corona de alfalfa.

—¡Pero qué error de imprenta! Á pesar de ser yo un poco fantaseador, no hubiera podido inventar una cosa tan extraña.

—Y tan propia y cumplida para el señor Aníbal de Río. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

—Yo pregunto, ¿á quién ha podido ocurrir semejante despropósito?

—Al demonio que sin duda inspiró al cajista.

—Lo cual encuentro lógico, aunque injusto.

—¿Cómo así?

—Como que anda siempre Terencio de cuernos con el demonio. ¿No ataca y persigue á los suyos por medio de artículos de prensa, hablando de patriotismo, de honorabilidad y de virtudes religiosas?

—Cierto, se explica que trate de vengarse. No le profeses tanta enemiga, Terencio.

—No habléis desatinos—respondió Terencio. —Nadie está libre de un percance.

—¿Aun no siendo escritor?—replicó Salustio.

—Se entiende. Las falsificaciones del necio ó del chismoso pueden atraer sobre cualquiera la paliza de un colérico, ó el desafío de un galopín de moda.

—Eso significa que debemos guardarnos todos. ¿Lo habéis oído, Eduardo y Diego?

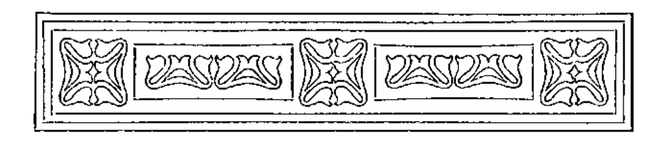
—Sí—afirmaron los dos.

Y Diego continuó:—Es tiempo de que termine la aventura. Te felicito, Terencio. Te has librado de que una espada te ensarte como á un

pollo, ó que una bala te estrelle el casco. Así que siempre tuyo.

—Nosotros—dijo Salustio,—también nos vamos. No necesitas que te felicitemos: sabes que son nuestros tus dolores y placeres. Descansa de tantos fastidios.

—Gracias, mis queridos amigos; que Dios os guarde.



JUSTICIA DE LOS HOMBRES Y JUSTICIA DE DIOS.

I.

PASCUAL Viñas es un hombre honrado, de profesión platero. Cumple sus cometidos con exactitud, y pone cuidado especial en no hacerse culpable del menor engaño á nadie.

Fué educado por padres cristianos, que le enseñaron con la palabra y el ejemplo la modestia propia de su clase, el honor, la lealtad y fiel observancia de las prácticas del culto.

Pascual Viñas, que frisaba en los cuarenta años, podía ser contado entre los más respetables artesanos. Era casado y sería necesario llegar á los términos de la severidad para tachar su conducta de esposo y de padre de familia.

Pascual Viñas es el favorito de muchas casas principales de La Paz, que, apreciando su habilidad y sobre todo su carácter pundonoroso y cumplido, le prefieren á otros plateros.

Sin embargo, adolece de afición á las copas, no por ellas mismas, sino como ocasión ó medio

de pasatiempo y recreo. Viñas no es un ebrio; pertenece al número de los que suelen llamarse francos y alegrones.

No excusa su asistencia á los festejos de natalicio de sus amigos y compadres, ni á los de bodas y de bautizos; y cuando algún compañero le invita á tomar un trago, alegando frío ó cansancio, él condesciende con la mayor voluntad y complacencia.

Las madres ven muy lejos, y la de Viñas se dolía muy profundamente de las aficiones de su hijo. Acostumbraba decirle con dulzura, convicción é interés: «No miro, no debo mirar con buenos ojos tu demasiada inclinación á las diversiones. Tu juventud y soltería no te disculpan de esa debilidad, indigna de un corazón varonil. Día llegará en que seas cabeza de familia, y esa conducta no será nunca buen ejemplo en tu casa. Acoger y aun buscar todas las reuniones y fiestas; ser el primero en la asistencia y el último en la retirada, fuera de que dañan la reputación de un hombre en la estima de los demás, engendran inconvenientes y no carecen de peligros.»

Pascual Viñas procuraba adormecer los sobresaltos de su madre, prometiéndole que se corregiría; pero en la primera ocasión se dejaba arrastrar por las seducciones tentadoras lo mismo que antes.

Hubo vez en que su madre se vió obligada á decirle, por el propio interés que le inspiraba: «No quisiera anunciarte nada malo, pero temo que tu afición á las fiestas y diversiones te ha de traer algún disgusto grave, ó quizá desgracia.»

Pascual recurría entonces, como siempre, al medio de la humillación, de las caricias y de las promesas de enmendarse, nunca cumplidas, para tranquilizar el corazón angustiado de su madre.

Pascual contrajo matrimonio á satisfacción de su madre, y al poco tiempo murió ésta, que era viuda desde años atrás.

Pascual es un estimable artesano, un hombre honrado, fuera de su invencible pasión por las copas y las diversiones.

II.

El sereno acababa de cantar las doce. Era la noche nublada y lluviosa, no obstante de que la luna mediaba su cuarto creciente. Los aguaceros y neblinas son compañeros naturales del mes de enero, y en 1802 las calles principales de la ciudad apenas tenían el alumbrado de algunos faroles, cuya escasa y vacilante luz no duraba más allá de las once de la noche.

Pascual Viñas subía la calle de Santo Domingo, y se descubrió devotamente al cruzar la fachada del templo.

Se recogía después de haber pasado en casa de un amigo la tarde y parte de la noche, con motivo de un aniversario matrimonial.

Intentó cantar una copla á media voz, y en seguida se calló, temiendo sin duda que los serenos diesen con él en la prevención del cuartel de milicianos; alojamiento incómodo y repugnante, como lo sabía por experiencia.

Al asomar á la esquina se detuvo sorprendido. Un hombre estaba en la puerta de la calle inmediata: el sombrero calado hasta los ojos y el embozo de la capa muy subido le cubrían completamente el rostro; las piernas, un poco tendidas, indicaban que apoyaba fuertemente las espaldas en la puerta.

Viñas se aproximó más y dijo para sí: ¡Don Gregorio! Y en seguida le dirigió la palabra: — Señor, ¿no le abren la puerta? llamaré. Y dió fuertes golpes, gritando al mismo tiempo: — ¡El señor está esperando!

El postigo no tardó en abrirse, pero Don Gregorio, en lugar de volverse y entrar, se desplomó de espaldas adentro, arrastrando tras de sí á Pascual Viñas. Éste, que se hallaba muy cerca, había sufrido la zancadilla de los pies de Don Gregorio y cayó de bruces sobre él.

Viñas, aturdido por el imprevisto percance y el sacudimiento, tropezando una de sus manos con otra

de Don Gregorio, y sintiéndola fría y rígida, se alzó en el colmo del terror, murmurando: —¡Dios misericordioso! ¿qué significa esto? Y luego comenzó á dar voces:—¡Luz! ¡luz! ¡aquí hay una desgracia!

Algunos criados á medio vestir se presentaron con velas en la mano, y lanzaron gritos de horror en vista del espectáculo.

Don Gregorio se hallaba tendido de espaldas, y al través de una fuerte compresa que le cruzaba el pecho, manaba sangre en abundancia.

El criado que abrió la puerta quedó mudo y estupefacto, y á su lado Pascual Viñas, densamente pálido y con el pecho manchado de sangre.

Uno de los presentes, criado principal ó el más listo, dijo:

—Maestro Pascual, ¿quién ha muerto á Don Gregorio? porque indudablemente éste es un cadáver.

—Yo no lo sé; ¿cómo puedo saberlo? Pasaba por la calle y vi á Don Gregorio parado en la puerta. Creyendo que no lo oían, me comedí á llamar, cuando se desplomó al girar el postigo.

—¡Cosa bien rara! ¿Y por qué hay sangre en el pecho de Vd.?

—Porque me arrastró en la caída y di sobre él de cara.

—En eso hay mucho que averiguar. Si Vd. no es el asesino de Don Gregorio, Vd. sabe quién es, ó quiénes son.

—¡Yo... asesino de Don Gregorio!

—¡Vd., tan querido de D. Gregorio y de su familia!

Y efectivamente Pascual Viñas era estimado y familiar en la casa.

El pobre hombre, al oir la primera inculpación, se acordó con indecible amargura de las tristes previsiones de su amorosa madre.

Aumentó el número de criados, y comenzaron los gritos, lamentaciones y sollozos. La escena iba produciendo por grados los incidentes luctuosos de una horrible catástrofe.

III.

Don Gregorio Villaredo, joven, apuesto y rico, tenía todas las dotes y condiciones que en la sociedad se requieren para merecer respeto y benevolencia, y caminar con paso firme en la codiciada senda de los honores.

Noble y generoso, eran muchas las adhesiones sinceras que le rodeaban y pocas las enemistades que se había suscitado, algunas de las cuales, acaso las más, se debían á la inconstancia de su carácter, que bien puede llamarse debilidad, incapaz de resistir á los atractivos de la novedad, ó las sugestiones de la persuasión ó del consejo interesado.

Los disgustos, originados en su falta de firmeza, no le corrigieron, porque el defecto era nativo y

le arrastraba ofuscando la rectitud de su criterio y predominando en su honrada voluntad. Sin embargo, Don Gregorio era objeto de la estimación general: se le juzgaba caballeroso, bueno y leal, sin energía á veces para vencer las dificultades que se oponían á sus intentos.

Hacía unos catorce meses que Don Gregorio Villaredo contrajo matrimonio con una distinguida señorita de su clase. Algo se dijo entonces de arreglo de enlace con otra señorita llamada Parmenia N., repentinamente deshecho por causas que no llegaron á traslucirse: los interesados y las familias pusieron especial cuidado en echar tierra sobre el asunto.

La muerte trágica y misteriosa de Don Gregorio Villaredo fué vivamente comentada en la ciudad; su extraña forma estimulaba la curiosidad y alimentaba las presunciones y la discusión, en todos los tonos y en todas las clases sociales. Unos creían que Pascual Viñas era el asesino, como lo manifestaban las apariencias; otros juzgaban que esa opinión no tenía fundamento, y veían muy aceptable la explicación de Viñas para justificar su presencia casual junto al cadáver de Don Gregorio, puesto con harta premeditación en la puerta de su casa.

Muchos concibieron la idea de atribuir el hecho á la familia de la dama chasqueada; pero ésta y

la esposa de Don Gregorio mantenían relaciones estrechas de amistad, las dos familias se prodigaban frecuentemente actos de cortesía y de estimación, el finado fué siempre objeto de las más finas y cordiales atenciones en casa de su antigua novia, la cual y todos los suyos dieron tales y tan significativas muestras de sentimiento y duelo por la desgracia, que las sospechas quedaron ahogadas en su origen, deteniéndose en el camino de la propaganda ante la tacha de inverosímiles y absurdas.

El cadáver de Don Gregorio fué enterrado con grande pompa funeral. La extraña muerte y las exequias de caballero de tanta entidad preocuparon al público por ocho ó diez días, y en seguida fueron relativamente olvidados, como sucede de ordinario con los hechos de la vida.

IV.

Pascual Viñas se dejó conducir á la cárcel sin la menor resistencia. Sostuvo su inculpabilidad en el asesinato de Don Gregorio, en cuantas ocasiones se le presentaron; declaró judicialmente las circunstancias de su encuentro con el cadáver, sin discrepar en nada de sus primeras relaciones, con la serenidad y calma de la inocencia.

La declaración de Pascual Viñas no daba luz alguna sobre quién ó quiénes fuesen los criminales,

para cuyo descubrimiento se practicaron muchas pesquisas y diligencias judiciales, molestándose y aun vejándose á otras personas inocentes. Las declaraciones de los serenos del barrio y de las calles próximas, de los individuos de la servidumbre de la casa, de las personas que habían visto á Don Gregorio, ó con quienes habló en la tarde inmediata á su muerte, no arrojaban indicio alguno: las huellas de Don Gregorio desaparecían por completo desde las siete de la noche.

Los delincuentes se esmeraron en rodearse de precauciones acertadas y minuciosas, cerrando, por consiguiente, todas las sendas de investigación judicial.

No existía prueba ni presunción siquiera de culpabilidad contra nadie, y sin embargo, el delito era real, evidente é innegable.

El reconocimiento judicial del cadáver comprobó tres puñaladas en el pecho, una de las cuales había atravesado el corazón. Consignó también la circunstancia de que la uña del dedo mayor de la mano derecha estaba teñida de sangre en toda la extensión de su borde, no obstante de aparecer limpio lo demás del dedo y de la mano.

Don Antonio N., presente en el acto del reconocimiento, notó la singularidad, experimentando angustiosa extrañeza.

Fué necesario rechazar la idea del robo en el asesinato. El cadáver conservaba el reloj, la ca-

dena, un valioso anillo y todos los botones de oro que adornaban la ropa.

¿Quiénes y por qué causa apuñalaron á Don Gregorio Villaredo? Éstas son las cuestiones que la justicia debía resolver, y no encontraba pruebas ni datos para ello. Sus esfuerzos escollaban en el misterio, ó sea en la sagacidad desplegada para ocultar á los asesinos.

El único capaz de ser condenado, sin llegar al absurdo y á la arbitrariedad, era Pascual Viñas. Se le encontró junto al cadáver y con la ropa manchada de sangre, y eso se consideraba bastante indicio de criminalidad á falta de otro delincuente convencido y confeso.

Se trató de sentenciarle; pero sus nuevas declaraciones, conformes á las anteriormente prestadas que establecían su inocencia, y la falta de testigos y de toda clase de comprobación, arredraron á la justicia, que se limitó á decidir que continuara preso mientras se practicaban otras y más extensas investigaciones.

Procedimiento injusto y, por desgracia, ni raro ni nuevo. La justicia humana suele garantizar su impotencia, y lo que es peor, su extravío, con los atropellos y los castigos de los inocentes.

Pascual Viñas quedó en la cárcel, acaso perpetuamente, porque nadie podía asegurar que los verdaderos culpables fuesen descubiertos algún día.

V.

Pascual Viñas en la cárcel encontró insoportable su desgracia. La ira primero y después la desesperación carearon su protesta contra la injusticia de que era objeto. ¡Él, que jamás hizo mal á nadie de palabra ni de obra, él, que siempre procuró ser útil á sus semejantes en la medida de sus alcances, se veía acusado de un asesinato horrible, sufriendo el oprobio de la prisión y los temores de una muerte vergonzosa por mano del verdugo!

Las tinieblas de la duda envolvieron su inteligencia, y la blasfemia acudió á sus labios; pero entonces se le representó la imagen de su madre. Recordó el amor y los desvelos que le debía, sus enseñanzas cristianas, sus prudentes consejos, y sintió que al influjo de tan hermosa visión y de tan gratos recuerdos la calma substituía á la ira, se dulcificaba su amargura, y sus angustias perdían gran parte de su horror é intensidad.

—Sin duda —pensó,— yo necesitaba expiar el ningún aprecio que hice de las amonestaciones de mi madre: ha llegado el momento, y se cumple la desgracia posible que me vaticinó su amorosa previsión. Si, en conformidad á sus anhelos, hubiese contraído la costumbre de no hallarme fuera de casa más allá de las diez de la noche,

no habría visto el cadáver de Don Gregorio... ni me hallaría aquí....

Lágrimas abundantes brotaron de sus ojos, y lloró largo rato, permaneciendo después inmóvil en una especie de arrobamiento. Al fin cayó de rodillas exclamando: —¡Bendita seas, madre mía!... ¡Dios mío! adoro vuestra providencia. ¡Tened piedad de mi desamparada familia y de mí!

La serenidad y la resignación abrieron paso en su afligido espíritu á la creencia firme de que los autores del asesinato serían conocidos, y esta consoladora esperanza le devolvió la energía para soportar valerosamente las estrecheces é ignominias de su actual situación.

Pasaron algunos días más. El recuerdo de su esposa y de sus hijos abandonados y próximos quizás á la miseria, que nunca dejaba de preocuparle, adquirió grandes proporciones y comenzó á fatigarle con dolorosa tenacidad.

Bajo el peso de tan amargas ideas, se preguntaba desolado: ¿Será posible que se vean reducidos á pedir limosna en las calles? ¿Quién tendrá compasión de ellos?

Y como dando contestación á las anteriores preguntas, se le presentó un hombre con todas las apariencias de caballero, y le dijo sin preámbulos:

—Creo poder aliviar en algo su triste situación, porque vengo á anunciarle que desde ahora

y mientras dure su encarcelamiento, recibirá Vd. cada día cuatro reales de socorro y otros tantos su familia.

—¿Quién es Vd., y á quién debo agradecer tanta generosidad?

—Quién sea yo no reviste ningún interés para Vd. En cuanto al socorro, bástele saber que procede de una persona caritativa.

—¿No me será dado conocer su nombre?

—No. Y debo indicarle que las averiguaciones al respecto y aun hablar del asunto sin grave motivo, le costarían á Vd. la pérdida del socorro ofrecido.

—Está bien; me conformo, señor. Y que Dios recompense debidamente á las almas piadosas y sensibles que se compadecen de mi desgracia.

El desconocido se retiró. Pascual Viñas creyó notar que era postiza la espesa barba que tenía.

Dirigió fervientes gracias al cielo por el inesperado auxilio. Lleno de satisfacción y alegría, se consideró casi dichoso viendo asegurada en cierto modo la subsistencia de su familia.

VI.

Don Antonio N., caballero joven y simpático, frecuentaba la casa de Doña Parmenia, donde era recibido con agrado y deferencia. Se mostraba solícito en obsequio de la hermosa dama, cuyas

dotes eran capaces de impresionar al más exigente en punto á condiciones y ventajas femeniles.

Don Antonio conocía las relaciones que ligaron á Doña Parmenia y á Don Gregorio, lazos que, cuando se juzgaba que se hallaban próximos á convertirse en los del matrimonio, quedaron deshechos repentinamente; pero este hecho no llamó gran cosa su atención, ni tuvo poderío para detener el vuelo de sus sentimientos é ilusiones, intrigado como se hallaba por la armonía y mutuo acuerdo con que, al parecer, cortaron sus proyectos Don Gregorio y Doña Parmenia, no habiéndose interrumpido, aun después del casamiento de Don Gregorio, la amistad y la estimación entre ellos.

Harto notadas por Don Antonio fueron las ruidosas muestras de sentimiento de Doña Parmenia y familia, con motivo de la violenta muerte de Don Gregorio, hechos que para él produjeron dos resultados, según las ideas y afectos que le dominaban: confirmarle en la presunción de causas justas y honorables que separaron á Doña Parmenia y á Don Gregorio, y manumitir su exclusivismo de enamorado de la mortificante idea del cariño que aquélla seguía profesando á éste.

Don Antonio estaba más animado y empeñoso que nunca en cortejar á Doña Parmenia, á quien pensaba hacer su esposa.

Doña Parmenia podía constituir un buen partido con respecto al más encopetado mancebo de La Paz. Joven de veintidós á veinticuatro años, rica y de familia distinguida, se encuentra en la plenitud de su espléndida belleza. Alta y flexible como una palmera, blanca y encarnada como el jazmín y la rosa, el conjunto de su arrogante figura y de su linda fisonomía, en la cual sobresalen los ojos brillantes y negros, despliega un encanto irresistible. Sin embargo, á pesar de sus atractivos, hay algo en ella que invita á la admiración y no al cariño, y es su mirada imponente y dominadora, cuando un esfuerzo de voluntad no la dulcifica. Sus ojos denuncian una energía y un valor excepcionales, y la impresión en quien los observa fría y sistemáticamente, más que la seductora de Venus tierna y delicada, es la deslumbrante de Minerva armada de broquel y de lanza.

Don Antonio está fascinado. Los mismos arranques del carácter imperioso de Doña Parmenia merecen su aprobación.

Apaciguada la alteración que suscitó la muerte de Don Gregorio, especialmente en las familias relacionadas con la suya, Don Antonio fué de visita á casa de Doña Parmenia.

Terminados los saludos de rigor, Don Antonio procuró disculpar su ausencia de varios días, me-

diante esas fórmulas de cortesía ofrecidas y aceptadas en semejantes ocasiones.

Doña Parmenia le contestó:

—Me ha sido sensible reparar que Vd. hubiese olvidado por algún tiempo el camino de esta casa, pero no habría podido recibirle, impedida por el continuo malestar que me fatigaba.

—¿Qué ha tenido Vd., señorita?

—No cosa mayor; achaques, sin duda, y entre ellos el de la fluxión, que me obliga á llevar pañuelo en la cara.

Doña Parmenia tenía la mejilla izquierda cubierta con un pañuelo blanco de seda, lo cual chocó á Don Antonio, trayendo á su memoria, por efecto de un impulso que él no pudo explicarse, la uña del cadáver de Don Gregorio manchada de sangre.

Tenía también el rostro muy pálido, amortiguados los ojos y una línea morada alrededor de ellos.

Sorprendido por estas señales de padecimiento, dijo Don Antonio:

—Señorita, la dolencia que se manifiesta en Vd. por huellas tan significativas le impone el deber de cuidar seriamente de su salud.

—Lo sé, Don Antonio, y me esfuerzo en hacer lo que Vd. me aconseja, no obstante de abrigar pocas esperanzas de restablecimiento.

En aquel instante entró Don Rodrigo, hermano de Doña Parmenia, saludando familiarmente á Don Antonio, de quien era antiguo amigo, y exclamó:

—He oído lo que decía Parmenia.

—Hablábamos de su mala salud.

—Sí; mi hermana se empeña en creerse enferma.

—Como tú no sufres, no es extraño que pienses de esa manera.

—No participo de tu opinión, Rodrigo; los sufrimientos de tu hermana son indudables.

—¡Bueno! que venga un médico, que vengan dos ó, si es necesario, tres á combatir las dolencias ó las aprensiones de Parmenia, que en este caso pueden confundirse perfectamente.

Don Rodrigo era un arrogante mozo, cuyo orgullo y altanería se conocían á primera vista, y estallaban con una espontaneidad deplorable.

Don Antonio al retirarse se preocupaba de la repentina y grave enfermedad de Doña Parmenia, y del picante interés que en él mantenía la uña ensangrentada del cadáver de Don Gregorio.

VII.

Las dolencias de Doña Parmenia seguían progresando, haciéndose cada vez más alarmantes, lo cual modificó la dirección de los sentimientos de Don Antonio. Los sueños y las ilusiones le abandonaron, dejando en su lugar una amistad sincera

y una profunda compasión hacia la mujer que supo interesarle tan vivamente.

Ésta no padecía una enfermedad clasificada en las nomenclaturas de la ciencia médica: perdía las fuerzas en escala ascendente, y el enflaquecimiento, la inapetencia, las arrugas y amarillez de la piel manifestaban que la savia vital se agotaba de prisa en ese cuerpo, antes hermoso y robusto.

Don Antonio, en cada nueva visita, se veía obligado á reconocer que la enfermedad hacía terribles adelantos, realizando su obra de ruinas y destrucción, sin que los recursos y la solicitud en contrario fueran capaces de impedirla.

Los médicos, cansados de luchar con un mal desconocido, buscaban evasivas para librarse de concurrir á casa de una paciente á la que no podían ofrecer alivio alguno. El más caracterizado de entre ellos, y amigo de la casa, hacía esfuerzos estimables en favor de la enferma, confesando, sin embargo, su impotencia contra un enemigo que no presentaba cuerpo.

Don Antonio buscó una explicación con él, la cual terminó con las siguientes palabras:

—Por fin, doctor, ¿sanará Doña Parmenia?

—Lo dudo mucho.

—¿Qué mal consume su existencia?

—Sólo... Dios y ella lo saben.

VIII.

Doña Parmenia se aisló completamente de las relaciones sociales, amparándose de su enfermedad para no recibir á los parientes, á los amigos y á los curiosos: vivía, ó más bien moría, en la soledad.

Uno de los pocos admitidos en la casa era Don Antonio, quien usaba lo menos posible del privilegio que le favorecía, juzgando secundar así las intenciones de la pobre enferma, y en realidad ahorrándose también el sufrimiento que impone un espectáculo lastimoso.

Conservaba Doña Parmenia el pañuelo en la cara. La primera vez que Don Antonio le vió el rostro descubierto, hubo de fijarse en él con cierta atención y descubrió en el pómulo izquierdo una cicatriz leve, pero clara, de la forma y tamaño de una uña.

Cuando el hombre se dió cuenta de lo que esa señal podía significar, experimentó una conmoción terrible, y se puso lívido, asiéndose de los brazos del sillón que ocupaba para no caer desplomado.

Doña Parmenia lo advirtió y le dijo:

—¿Qué le sucede, Don Antonio? ¿Se ha indispuesto Vd.?

—Una cosa muy ligera.... No será nada.... Permítame Vd. que me retire.

Y efectivamente se apresuró á dejar la estancia, temiendo hacer ó decir algo que denunciase las ideas y sentimientos que le torturaban.

Don Antonio era presa de una especie de vértigo de horror. Sentía arder su cabeza y dar fuertes y precipitados latidos su corazón.

Indudablemente era poseedor de un espantoso secreto.

En medio de la confusión y desconcierto en que se hallaba, alcanzó á discernir que el honor y la generosidad le ordenaban huir, callar, arrancar de su memoria la imagen de la uña ensangrentada....

Resolvió pasar por sobre toda consideración y no volver jamás á la presencia de Doña Parmenia.

IX.

Transcurrieron dos años, y todavía continuaba Pascual Viñas en la cárcel, y Doña Parmenia en la voluntaria de su casa, comunicando apenas con personas de íntima franqueza, que se dolían sinceramente del lamentable estado de su salud.

Corría el mes de enero, y Don Rodrigo viajaba á una de sus propiedades situadas en el partido de Omasuyos. En el camino halló un pequeño cauce transversal abierto por las aguas pluviales: el caballo se espantó y no quiso pasar, y obligado por el látigo y la espuela, dió un enorme

salto arrojando por encima de las orejas á Don Rodrigo. Los sirvientes que le acompañaban fueron á levantarlo, y lo encontraron muerto.

El puñal desnudo, que tenía costumbre de llevar en la faja, á manera de los orientales, le atravesaba oblicuamente el pecho, mostrando la punta á la altura de la nuca.

Don Rodrigo cayó sobre el rostro, y el sacudimiento y el golpe variaron la posición del puñal, que le horadó el pecho y el corazón mediante el concurso fatal del mismo peso del cuerpo.

La nueva de un accidente tan extraño y desgraciado fué por una semana tema favorito de las conversaciones en la ciudad.

Se reunieron un día varios amigos en la habitación de Don Antonio. Los jóvenes tocaron varios asuntos, hablando por último de la muerte de Don Rodrigo.

Todos dedicaron algunas frases de sentimiento y cortesía á la memoria del malogrado amigo.

Don Pedro N., carácter vivo, franco y un tanto malicioso, dijo aproximándose á Don Antonio:

—Rodrigo se murió; no tiene remedio: ¡paz en su tumba! Pero, amigo: *Quien á cuchillo mata, á cuchillo muere.*

Don Antonio se estremeció, como si le hubieran aplicado un ascua de fuego en el oído.

X.

Después de sostener una lucha interior, Don Antonio venció sus vacilaciones, decidiéndose á presentarse á Doña Parmenia, con objeto de expresarle su condolencia por la muerte de su hermano.

Sus relaciones estaban cortadas por una larga ausencia, y no acertaba con el modo de portarse comedidamente ante una persona á quien tenía motivos para no mirar sin dolorosa repugnancia; pero la hidalguía de caballero le impuso cumplir los deberes de la amistad y los del respeto que merece la desgracia.

Sin embargo de estar prevenido, Don Antonio no pudo evitar el asombro que le causó el aspecto de Doña Parmenia. La cabeza encanecida, el rostro demacrado, las manos reducidas á los huesos, el cuerpo enflaquecido y doblado, sólo el brillo especial de los hundidos ojos daba á conocer que la vida no se había aún extinguido en ese organismo arruinado totalmente.

—Vengo—dijo Don Antonio,—á darle el pésame por la muerte de Rodrigo, con la sinceridad del cariño fraternal que siempre profesé al finado, y con toda la consideración que se debe al legítimo dolor de Vd.

Doña Parmenia no le hizo reproche alguno de ingratitud y olvido, y contestó:

—Ya ve Vd., en dos años he llegado á la postración de una verdadera longevidad. La muerte de Rodrigo apresurará la mía: no tardaré en seguirle á la tumba.

—No hay que desesperar. Las enfermedades se curan.

Don Antonio se violentaba por mostrarse cortés, diciendo palabras de cuya verdad no estaba convencido.

—Es tiempo ya de que termine mi larga agonía. Los sufrimientos de mi alma, las amarguras de mi corazón no... no se pueden expresar.

La voz se le descompuso; el llanto amenazó estallar, mas se reprimió por un visible esfuerzo.

—Deploro tan triste suerte; siempre la he deplorado.

—Don Antonio, le estoy muy reconocida.

—Ojalá estuviera en mi mano restituirle la salud y la tranquilidad.

—¡Gracias! ¡No lo está! ¿Consagrará Vd. á mi memoria alguna oración?

—¡Doña Parmenia!...

—Pronta me hallo á dejar la existencia, en la seguridad de que Dios misericordioso acepta el dolor y los gemidos aún de los delincuentes.

Don Antonio no pudo más; se levantó para retirarse murmurando:

—Me permite Vd....

—Un momento, Don Antonio. Tengo que hacerle mi último encargo, mi última súplica.

—Disponga Vd. de mí.

—Ahora me falta aliento. Se lo comunicaré por escrito.

Don Antonio se limitó á despedirse con una reverencia.

Sentíase tan conmovido, que salió precipitadamente antes de estallar el sollozo que henchía su garganta.

XI.

Doña Parmenia murió á los veinte días. Ocho después de su entierro, Don Antonio recibió un sobre cerrado dirigido á él. Contenía la carta que sigue y un pliego:

«Mi leal y compasivo amigo:

El encargo para el cual tomé su asentimiento, consiste en que dando lectura al pliego adjunto en presencia de tres ó cuatro amigos de confianza, lo entregue Vd. á la justicia.

Se lo agradecerá eternamente su desdichada amiga.»

El pliego decía así:

«Declaro que yo soy responsable de la muerte de Don Gregorio Villaredo, quien fué asesinado en mi casa, siendo conducido su cadáver á la puerta de la suya.

El resentimiento me impulsó á una sangrienta venganza, cuyo recuerdo ha sido verdugo de mi cuerpo y de mi alma.

Don Gregorio tenía compromisos de matrimonio conmigo, y cuando se enlazó con otra, concebí el rencor que me ha llevado hasta el crimen.

Busqué la ocasión de hablar con él, procuré destruir sus temores y atraerle nuevamente á mi casa, donde tertuliaba algunas noches.

Aquella en que recibió la muerte se le llevó, con pretexto aceptable, á una habitación apartada.

En el momento en que debía herírsele me precipité en la habitación, guiada por un repentino deseo de salvarlo.

¡Era tarde! Al acercarme caía en medio de los estertores de la agonía, y tendiendo convulsivamente la mano derecha clavó la uña de uno de sus dedos en mi pómulo izquierdo.

Sólo he tenido un cómplice voluntario, que ya ha comparecido ante Dios.

El maestro Pascual Viñas es inocente de modo absoluto. Le pido perdón de la ignominia y prisión que sufre por mi culpa. Su suerte está asegurada en mi testamento por medio de un legado considerable.

Pido, asimismo, perdón á la familia de Don Gregorio, á sus parientes y á toda la sociedad, confiando en que sabrán usar de caridad cristiana con respecto á una mujer desgraciada.

Los horrores y torturas del remordimiento han destruido mi salud en breve tiempo, abatiendo y humillando mi espíritu.

Ha pesado sobre mí la mano de Dios justo y misericordioso, porque al castigarme se dignó también concederme la resignación, el arrepentimiento y la penitencia.»

Don Antonio reunió á cuatro amigos, y, según la voluntad de la difunta, leyóles este documento sellado y firmado.

Los presentes expresaron su admiración por el delito, y su piedad por la delincuente.

Don Antonio dijo: — La justicia de Dios ha caído lenta, segura é inflexible sobre los culpables; la justicia de los hombres no ha hecho más que vejar y oprimir á los inocentes.

— ¡Qué contraste! ¡y qué lección! — exclamó uno de los caballeros.

Don Antonio continuó: — La mujer, que las pasiones extraviaron, ha ido, sin duda, al tribunal de Dios purificada por el arrepentimiento y el dolor. Debemos orar por ella.

— Así es, así es — contestaron todos.



TRES CUENTOS.

I.

CHARLABAN alegremente en un lujoso estudio de abogado Carlos, dueño de la casa; Hortensio, estudiante de leyes; y Juvenal, empleado de uno de los bancos de la ciudad.

Era noche de fiesta, y los tres amigos comentaban las fruslerías del paseo de la Alameda, tocando con volubilidad y aturdimiento varios temas.

El caballo de P., la bicicleta de N., el tocado de las tales y el coche de las cuales eran objeto de sus observaciones, de sus bromas y de sus risotadas.

Había notable ligereza en la conversación, pero contenida dentro de los límites del respeto social y de la buena educación.

Al cabo de algún rato la animación de la locuacidad decayó por grados, y sobrevino el mutismo, como si estuvieran ya agotados los incidentes de actualidad.

El abogado rompió el silencio, exclamando con cierto tonillo irónico:

—Después de la lectura espiritual... la meditación.

—Bueno — dijo el empleado; — nos censuras hiriéndote también á ti mismo.

—Carlos — añadió el estudiante, — es capaz de convencernos, como buen abogado, de que él no ha tenido parte en nuestros inocentes comentarios.

—No lo toméis tan á pechos. Sólo he querido manifestaros que me asusto de la tendencia á convertirnos en estatuas.

—Veamos si Juvenal se conforma con esa salida.

—Juzgo, Hortensio, que todo esfuerzo requiere descanso, sin opinar por eso que nos quedemos definitivamente callados.

—Propongo un medio — dijo Carlos, — para que no vuelva á interrumpirse la tertulia.

—¿Cuál?

—¿Cuál?

—Eficacísimo, según entiendo.

—Dilo, hombre, dilo — replicaron á un tiempo Hortensio y Juvenal.

—Que cada uno de nosotros refiera algo por turno.

—¿Referir? Pero, ¿qué podremos referir? — repuso Juvenal.

—Cualquier hecho ó suceso personal ó extraño, histórico ó novelesco.

—Me conformo—dijo Hortensio.

—Pero...

—No hay pero ni manzano que valga—insistió Carlos.—Nadie puede sostener que nada sabe, como actor, como testigo de vista ó de oídas, ó como historiador. Y tú, Juvenal, serás el primero del turno, en seguida Hortensio, y el último yo.

—Puedes contar tus equivocaciones en sumas y restas, ó si has sido estafador ó estafado, involuntariamente se entiende.

—Basta. Comienza el cuento, Juvenal.

II.

—Es forzoso someterse.... Habéis de saber que soy aficionado á la caza, inclinación que me ha hecho pasar muchos días de fiesta en el campo tras de aves y cuadrúpedos, siempre con mal éxito. Á medida de mis esfuerzos eran mayores las calabazas que llevaba, y sin embargo, cada fracaso alentaba más mis deseos, haciéndome ver que en la ocasión siguiente lograría cazar algo, por insignificante que fuera.

Las cosas llegaron al extremo de solicitar licencia de mi jefe, pretextando una necesidad urgente, para dedicar el día á correr llanos y trepar cerros.

Cambiaba escopetas, usaba todas las municiones conocidas, escogía pólvoras, tiraba con apoyo y á pulso, y jamás conseguía acertar.

—¡Canario! eso tiene la gracia de quien se propone coger su propia sombra—interrumpió Hortensio, riéndose.

—Era una preocupación, una especie de fiebre, una tenacidad morbosa que me dominaban por completo, alimentadas por la afición é irritadas por el desengaño y la vanidad.

Me desalentaba la fatiga tan cruelmente correspondida, y casi me proponía no volver á una empresa superior á mis alcances, pero en la inmediata oportunidad me dejaba vencer por la tentación.

—¿Y qué te decían los amigos?—preguntó Carlos, interesado en la narración y mala suerte de su camarada.

—Nunca les comuniqué mis desventuras, ni me acompañaba con ellos, ni con nadie en mis desgraciadas cacerías.

—¿Por qué—observó Hortensio,—no comprabas piezas de caza para entrar triunfante en la ciudad?

—Porque no trataba de parecer cazador ante otros, sino de satisfacer mi anhelo, mi pasión, si queréis.

—Los epítetos de ciegos é irresistibles les vienen de molde, ¿no te parece, Carlos?

—Bueno, déjale que prosiga su cuento.

—En tal situación de ánimo, figuraos mi gozo, mi emoción al descubrir un día en el hueco de

un peñasco un águila á tiro de escopeta. Creí engañarme, y, procurando recobrar la serenidad, miré con sumo cuidado: no era ilusión, no; el ave estiró una de las alas y volvió á su primer estado. Mi alegría recobró toda su intensidad.

Iba á cazar nada menos que á la reina de las aves y esta victoria compensaría todas mis derrotas anteriores. En este momento resbalo en las hojas secas cayendo sobre una rodilla, pero tengo la suerte de que el águila no huya espantada.

Disparo, al fin, y el águila viene rodando casi á mis pies. Voy á cogerla, lleno de uno de los mayores júbilos que he sentido en mi vida, y quedo helado, ¿de qué diré? de verdadero estupor. No era un águila.

—¿Pues qué era?—dijeron á un tiempo Carlos y Hortensio.

—Un buho.

Los dos amigos soltaron la más espontánea carcajada, y continuaron riendo por algún tiempo, sin pronunciar una palabra, es cierto también que sin intentarlo siquiera.

—Después de tantos yerros, acertar una vez para cazar un buho, ya veis, ¡qué atrocidad!

—Un buho que dormitaba, sin duda—observó Hortensio, y continuó riendo.

—Dime, Juvenal, ¿tienes mala vista?—preguntó Carlos.

—Al contrario, muy buena.

—¿Y el pulso?

—Firme y seguro.

—¿Entonces?... ¿Eres quizá sensible al ruido?

—Eso sí, demasiado.

—Hemos encontrado la causa de tus desventuras. En el momento preciso de hacer fuego, el influjo de la inmediata detonación te obliga á variar la puntería.

—¿Es posible?

—De modo—dijo Hortensio—que, si no corriges tus nervios, no conseguirás á diez pasos hacer blanco en un buey.

—Gracias por el consejo. Ahora te toca el turno.

III.

—Deploro que mi cuento no tenga el interés que el graciosísimo de Juvenal.

—Aceptada la modestia—dijo Carlos.

—Bien, ó la molestia. Gracias, sin embargo.

—Adelante—añadió Carlos.

—Suelo pasar noches divertidas en casa de unas primas.

—Agrega bellas y amables, de rigor en este y otros casos—replicó Carlos.

—Suponedlo, si os agrada. Después de un día harto pesado sufrí una noche terrible, desesperante.

Diserté en mi clase de derecho sobre libertad de cultos, y mis replicantes me batieron completamente.

Las risas comprimidas y mortificantes de mis compañeros fueron coronadas por la mónita paternal y humillante del profesor, que me recomendó más cuidado en lo sucesivo, respeto á la lógica, consulta de buenos autores, esmero en el lenguaje, y qué sé yo cuántas otras cosas.

La vergüenza y la cólera me tenían sofocado.

Entonces pensé en la noche, noche de recepción en casa de mis primas.

Trataba de buscar una compensación á las incomodidades que me habían abrumado, un consuelo á mi tristeza.

Me vestí lo mejor que me fué posible. Corbata color verde esmeralda...

—Eso ya lo sabemos—exclamó Carlos,—zapatos café; pantalones claros, ajustados y hasta los tobillos; americana negra á la Cotapos.

—¿Á la Cotapos? No te entiendo.

—Es decir, que apenas baja de la cintura. ¿No sabes que el diputado Acario Cotapos se levantó en el congreso chileno los faldones de la levita, mostrando las posaderas á su contendiente?

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Sea. Me presenté en casa de mis primas, á las nueve de la noche. No las encontré; habían ido en compañía del

papá á ver á unas amigas, según supe á poco rato.

La mamá, esto es, mi tía, que conversaba en el salón con dos señoras de respetable aspecto, me acogió amablemente.

Extrañaba en mi interior la falta de concurrentes y la ausencia de mis primas; mas no tardé en hallar el motivo: me había equivocado, no era noche de recepción. Era martes, y las recepciones de mis primas son los miércoles.

Error tan inverosímil sólo se explica por el aturdimiento que en mí produjo mi derrota escolar.

Traté de huir, pero mis excusas para retirarme hicieron decir á mi tía: «No seas badulaque. ¿Tan insoportable te parece nuestra compañía? Ya vendrán tus primas, que fueron con su padre á visitar á unas amigas.» «No crea Vd. tal, mi querida tía», repliqué. «Me quedaré con muchísimo gusto.»

Era forzoso mostrarse cortés.

Y me sonreí para ocultar mi contrariedad, y me quedé cuando deseaba encontrarme bien lejos.

—¿Qué te parece, Juvenal?—exclamó Carlos.

—Delicioso — respondió Juvenal. — Estoy saboreando el cuento y hago votos porque no se acabe.

—¡Tunante! te recreas con mis torturas, con mis martirios.

—¿De veras? ¡Bah! conozco que, sentado en ese sillón y dueño de la palabra, gozas tanto ó más que nosotros.

—Sigue adelante, Hortensio, sin más respingos —interrumpió Carlos.

—Obedezco, y ya veréis que me hallo acostumbrado á la sumisión.

Mi tía y sus amigas charlaban sobre diversas materias, en las que decía yo de vez en cuando alguna palabra, haciendo supremos esfuerzos de complacencia.

Por fin llegaron al socorrido tema de los monasterios y conventos, y pronunciaron entusiastas panegíricos femeniles.

Luego se hizo lugar un silencio relativo, y para combatirlo no apelaron, como nosotros, al sabio recurso de las historias, sino que acordaron... ¿apuesto que no adivináis?

—¿Tomar chocolate?

—¿Jugar rocambor?

—No, señores, no: acordaron rezar el rosario.

—¿El rosario?—dijeron los dos interlocutores.

—Sí, el rosario. Las señoras eran de confianza.

Yo tomé el sombrero para retirarme. Una de ellas me detuvo con estas palabras: «¿Tendría Vd. inconveniente en llevar la voz?»

Me vi obligado á contestar: «No, de ninguna manera. Acepto la honrosa distinción».

Y nos encaminamos al oratorio. Me temblaban las piernas, y el corazón me latía con violencia. Me dominaba el miedo del ridículo y de la vergüenza. Luchaba en vano por recordar los misterios y las letanías.

Supe en la niñez las letanías en castellano, y en el colegio las aprendí en latín; pero el abandono de la devoción hizo que las olvidase en una y otra lengua.

Y efectivamente equivoqué los misterios, y hube de sufrir los apuntes de mi tía.

En las letanías, que preferí recitar en latín, cometí verdaderas torpezas, alterando el orden, saltando versículos y diciendo absurdos.

—¡Canario! eso es demasiado gordo—interrumpió Juvenal.

—Hay más aún.

—¿Más aún?—replicó Carlos.

—En medio de la confusión que me dominaba, me cupo pronunciar esta frase: «Una salve para la hora y artículo de nuestra vida.»

—¡Muchacho!—gritó mi tía.

—No sé cómo pude añadir precipitadamente: «de nuestra vida eterna», corrigiendo á medias el error.

Una risa sofocada que advertí me hizo el efecto de un chorro de agua fría.

Volvimos al salón. Yo estaba completamente corrido, luchando por aparentar serenidad.

Mi tía con la buena intención de darme aliento, creyó oportuno decir: «Los jóvenes no piensan más que en escopetas, caballos y paseos, y dan al olvido las devociones.»

«Es natural», añadió una de las señoras. «La juventud es la edad de las distracciones.»

Logré reponerme un poco al amparo de tan bondadosas palabras.

Mi tía, deseando sin duda ofrecerme ocasión de recobrar aplomo y prestigio, propuso que yo leyera algo, encareciendo mi voz y pronunciación.

Iba yo á coger una lujosa edición del Don Quijote, que estaba sobre la mesa; porque, pensaba yo, la aventura de los Molinos de viento, de los Yangüeses ó del Manteamiento de Sancho, divertirán á estas señoras.

«El Quijote, no», dijo mi tía. «Que la elección la hagan mis amigas.»

Éstas escogieron la vida de San Agustín en el Año Cristiano.

Leí, pues, la vida de este Santo de principio á fin, con la máscara de tranquilidad y agrado, y sufriendo en realidad angustias y trasudores.

Las señoras se comunicaban en secreto sus impresiones, mirándome con frecuencia, y yo, en el concepto de ser justamente aludido, porque la conciencia me acusa de ciertas amarguras de mi

madre, sentía obscurecerse mis ojos y brotar llamas de mi rostro.

Á las diez y media terminó la lectura; las señoras me felicitaron por mi buen desempeño, y cuando principiaban los comentarios y alabanzas á Santa Mónica y á San Agustín, me despedí y dejé el salón.

Respiré en la calle, como el preso que vuelve á la libertad, burlando la vigilancia del carcelero.

Yo, estudiante de leyes, joven progresista y hasta libre-pensador á veces, hacer coro en el rosario de señoras beatas, y leerles la vida de San Agustín, fué un capricho original de la suerte.

—¿Qué te parece, Juvenal?—preguntó Carlos, riendo.

—¿Qué me ha de parecer sino que Hortensio haría el papel más... interesante, cortejando á bellezas ya históricas, rezando el rosario en medio de errores y correcciones, y leyendo en actitud edificante la vida de un Santo? Y todo eso al ir en pos de baile y de ninfas amables: exactamente, ir por lana y salir trasquilado. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

—Ríete, ríete, pero no olvides tu buho.

—Mi buho vale un comino al frente de las aventuras de tu martes.

—¿Vais á disputar?

—No por cierto.

—Concluyo confesándoos ingenuamente que las aventuras de mi martes, como las denomina Juvenal, han producido para mí un efecto natural, aunque extraño á primera vista.

—¿Cuál?—dijo Carlos.

—Hacerme estudiar los misterios y las letanías, de modo que puedo recitarlas sin vacilación en latín y castellano.

—Efecto que merece elogio—repuso Carlos,—sin embargo de ser producido sólo por el deseo de prevenir sofocones ulteriores.

—Ahora tú, Carlos. Hortensio y yo formamos tu auditorio, más dispuestos al aplauso que á la censura.

IV.

—Bueno, gracias. Comienzo sin preámbulos, y procuraré reducirme á lo preciso.

Un domingo á las nueve de la mañana, me encontraba yo en uno de los templos de esta ciudad con objeto de oir misa.

Dicho templo contiene muchos reclinatorios, y, resistiendo á la comodidad con que invitan éstos, no quise tomar ninguno.

¿Sabéis por qué? Por no sufrir el bochorno de que se presentara el dueño y me lo arrebatara, lo cual me pasó una vez y veo que frecuentemente sucede á otros.

Preferí arrodillarme en el suelo, poniendo mi sombrero en un reclinatorio que estaba delante.

Vino una lujosa señora y cogió el reclinatorio para llevarlo á otra parte, echando el sombrero, que rodó por el pavimento.

Hube de correr en pos del sombrero y colocarme en lugar distinto.

Pero otra señora, que rezaba en voz alta y no muy correctamente, me obligó á nueva emigración.

Por desgracia me había puesto junto á un confesonario, y en riesgo de oir pecados ajenos.

Dime prisa á retirarme, y buscaba con ansia un sitio apropiado.

Mientras tanto el sacerdote se hallaba ya en el altar é iba á principiar la misa.

Tuve que hacer esfuerzos para reprimir los ímpetus de impaciencia que me asaltaban.

Penetré sin más elección en un claro rodeado de muchas personas.

—No me río—dijo Juvenal,—respetando la seriedad con que refieres tan graciosos contrastes.

—Ríe, hijo, ríe, no sea que revientes.

—Pienso lo mismo que Carlos, sin embargo de que ello nos priva de la triste ocasión de vestir riguroso luto, y pronunciar elocuentes discursos sobre tus preciosos restos mortales.

—¡Calla, farolón!

—¡Hola! ¿te escuece el pinchazo?

—Apenas comenzaba la misa, una señora ocupó el inmediato reclinatorio, obstruyéndome por completo la vista del altar.

Era imposible alejarse sin llamar la atención y sin molestia de los circunstantes.

Fué necesario resignarme.

Estiraba el cuello por uno y otro lado para mirar los actos del oficiante.

La situación no podía ser más incómoda.

Me puse en pie, y las protestas y quejas de las personas que estaban detrás me obligaron á postrarme.

Presa de contrariedad y disgusto perturbadores, me fijé casi involuntariamente en la señora, y pude observar que hacía una figura alta y robusta.

La curiosidad espontánea y la ocasión detuvieron mis ojos sobre ella, y descubrí una hermosa cabeza poblada de pelo castaño, en el cual se mostraban ya algunos hilos blancos, apenas perceptibles.

Elegante capa de paño obscuro colgaba de sus hombros.

Volvió el rostro cargado de polvos de arroz y aun de colorete, que mal disimulaban las hendeduras del tiempo en los extremos de los ojos.

Levantó la mano derecha para componerse el moño, y el guante negro se hallaba rasgado en tres de los dedos.

En aquel momento me di cuenta de mi profano estudio, provocado por la imprudente proximidad de la señora, y sentí humillación y despecho.

Cerré los ojos.

—Y en vano los cerraste—exclamó Hortensio,—porque nadie contiene el fuego que devora las hierbas secas de un campo.

—Efectivamente, no tardé en abrirlos para ver que la falda de tela negra había sufrido una operación de tintorería, y que disimulaba algunas zurciduras diestramente hechas.

Un movimiento brusco le descubrió un pie, en cuyo botín había rotura por donde asomaba la media.

Era demasiado; me levanté resuelto á huir atropellando á los concurrentes.

Por dicha, estaba terminada la misa, y salí del templo con semblante sereno, pero en verdad confuso y desconcertado por la agitación y la displicencia.

—El cuento es interesante—dijo Juvenal,—y sobresalen en él los rasgos de vanidad y de miseria humanas al lado de los tonos de tristeza.

—No pienso como tú—replicó Hortensio.—Es útil y divertido siempre sorprender los gatuperios femeniles.

—Yo deduzco esta enseñanza: Las personas que imprudentemente se encaraman en un reclinatorio entre el altar y un cristiano, se exponen

al peligro de ser analizadas, como la señora de mi cuento.

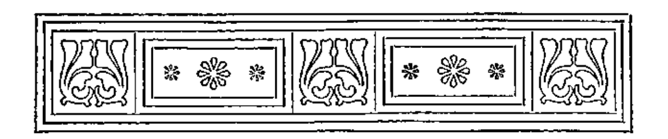
—Complace la curiosidad de tu amigo Hortensio: ¿oíste otra misa?

—No; procuré serenarme hasta las doce. Corrí á una parroquia, y estaba mediando la misa; corrí á la otra, y el cura la había celebrado á las diez, por motivo de mala salud. No quise ir á la tercera, porque me sentía fatigado y era tarde.

—Piensa, Carlos, que el diablo, que nunca duerme, te jugó una partida serrana.

—Ahora un poco de política—dijo Hortensio.

—Basta—respondió Carlos.—No desvirtuemos la originalidad y poesía de la academia en que acabamos de actuar. Se declara terminada la sesión.



CANTOS Y LLANTOS.

I.

UNA mañana de abril de 1842, una cabalgata se aproximaba á la cumbre del cerro llamado *Iminapi*.

Los alegres jinetes de ambos sexos dejaron sus cabalgaduras en la ranchería á que habían llegado, y emprendieron á pie lo que restaba de ascenso hasta la cima.

Allí se instalaron en una agreste casa de pajizo techo, rodeada de chacra de maíz con fruto en estado de choclo.

Indudablemente se trataba de un día de campo de los vecinos del pueblo de Sorata, que eligieron para ello la cumbre del Iminapi.

La idea era original y un tanto caprichosa, atendiendo á que, al sitio, hay lo menos una legua de penoso camino de subida, á partir de la población.

Pero es preciso reconocer que la cima del Iminapi merece la pena de ser visitada, por la satis-

facción de la dificultad vencida, y además por las hermosas vistas que desde ella se descubren y gozan.

El cerro de Iminapi cierra al occidente el valle de Sorata, y corre en la misma dirección, presentando en sus alturas aristas, puntas y planicies.

Al sur su pendiente rápida y á plomo termina en la cañada por donde se precipita el río San Cristóbal en lecho de piedras graníticas, de las cuales algunas son de enorme tamaño.

Al oriente y á la derecha su aspecto ofrece la misma espantosa forma; pero á la izquierda el corte á pico es relativamente pequeño y el declive se extiende en faldas suaves y llanadas, que descansan sobre las riberas del torrente *Guaycha-Hajuira* (Río Huérfano).

Es limitado al norte por *Laripata* (Alto del Zorro), especie de asentamiento ó depresión de monte.

Son las nueve de la mañana, el sol se eleva esplendoroso en un cielo puro, límpido y transparente, iluminando á plena luz todo el valle de Sorata y las gigantescas murallas de cerros que lo rodean por entero, con la única excepción del estrecho cauce que al occidente da salida al San Cristóbal.

Del Iminapi se divisan al oeste las regiones de los pueblos de Quiabaya y Chuchulaya, y á mayor distancia las de la provincia de Muñecas; pero ellas veíanse celadas por el velo tenue y azul que,

procedente de los vapores de la mañana y de la oblicuidad de los rayos solares, impide la limpieza y precisión de las perspectivas lejanas.

No así al este, donde, á causa de la cercanía, el panorama se descubre en toda la plenitud de su interés, de sus detalles y del conjunto de su especial belleza.

Al frente se ostenta la admirable mole del Illampu, radiante de blancura y de brillo, que en sus picachos y en sus ventisqueros muestra el contraste de la nieve y de las manchas de roca negra, y parece asentada sobre la alfombra de sus vertientes y del valle, los cuales, como los cerros del contorno, están cubiertos de verde mezclado con el vario color de las flores silvestres.

La imaginación fascinada personifica el sorprendente espectáculo en una hada colosal, que, vestida de esmeralda y de otras joyas y negligentemente tendida, yergue la cabeza coronada de reluciente plata.

El mes de abril, el mes de lujo de la naturaleza, es una realidad, sin hipérbole alguna, en el valle de Sorata, que para la vista, el oído y el olfato tiene el atractivo de campos de sementeras en completo desarrollo, de los trinos de las aves y del aroma de las plantas y de las flores.

La ancha cuenca del valle ofrece en su parte casi central una meseta, donde se halla edificada

la graciosa población. El templo y el campanario, la extensa plaza y las casas pintadas de blanco, ganan, contempladas del Iminapi, en regularidad y armonía, contribuyendo singularmente á su poético aspecto la altura á que se hallan, y el arbolado de los contornos.

La capilla de San Sebastián se muestra solitaria hacia el nordeste. Su vista, elevando la mente á las esferas de la religión y de la moral, sugiere el pensamiento de su maternidad y protección de la morada de los difuntos, pegada á ella por su muro occidental.

La meseta, considerada en la dilatación de sus faldas sobre las márgenes del San Cristóbal y del torrente *Challasuyo* (Terreno arenoso), forma un elevado delta.

El San Cristóbal, que baja del sudeste, y el Challasuyo, del nordeste, bordeados de huertos ó arbolado natural, confluyen al oeste del valle y corren juntos por el mismo rumbo.

Desde el Iminapi los dos ríos parecen anchas cintas de azul claro, cruzadas de blancas orlas de espuma: el San Cristóbal accidentado de piedras graníticas, y el Challasuyo de piedras de pizarra.

El reflejo del sol de la mañana arranca frecuentemente de sus aguas chispas y rayos de nítida brillantez.

Caminos en distintas direcciones parten de la población y serpentean por las cuestas y laderas de los cerros, dejándose notar en primera línea el que por los repechones del sur guía á la ciudad de La Paz.

Una circunstancia del momento da más animación al cuadro: columnas de humo se levantan de la población y de las rancherías del valle y de los cerros, producidas por el fuego matutino del hogar.

II.

Los nuevos huéspedes del Iminapi, avasallados por la novedad del paisaje que ante ellos se desplegaba, lo contemplaron con arrobamiento, prorrumpiendo en exclamaciones de admiración y de entusiasmo:

—¡Pero esto es bellísimo!

—¡Encantador sobre toda ponderación!

—No pensé, por cierto, que desde esta cumbre la vista de Sorata y de sus alrededores tuviese tanta magnificencia y grandeza.

—Fíjense Vds. en la imponente majestad del Illampu.

—¡Cuánto hechizo tiene el rápido curso del San Cristóbal!

—¡Qué lindo aspecto presenta la población! Se podría decir, plagiando á qué sé yo quién,

que parece una agrupación de nidos blancos en una altura.

—El verdor de los llanos y laderas es incomparable.

—¡Nunca olvidaré el placer de tan hermoso espectáculo!

Los concurrentes se dispersaron por grupos, explorando los sitios cercanos, y charlando y riendo con la espontaneidad y franqueza que inspiran el aire del campo y la libertad de una reunión familiar y amigable.

No faltaron entonces, como no faltan nunca en las horas dedicadas al placer, donde los dos sexos tratan de mostrarse corteses y agradables, los dichos agudos é ingeniosos, las alusiones de oportunidad festiva, los cumplimientos de rigor, las galanterías disfrazadas, que son manjar sabroso en estos casos, y del cual ellos y ellas tienden ó se ven obligados á gustar repetidas veces.

En uno de los grupos llamaba la atención una pareja: Antonio M. y Peregrina A., que eran prometidos.

Antonio M., alto y bien formado, de cabello rubio y de facciones correctas y atrayentes, manifestaba el vigor y la robustez de 28 á 30 años. Dotado de inteligencia nada común, adquirió alguna ilustración mediante sus propios esfuerzos, lo cual le permitía expresarse con gusto y correc-

ción y le daba ventajas indisputables sobre los demás caballeros jóvenes.

De acento dominante y maneras francas, solía cargar de bromas y chanzonetas á sus compañeros, quienes, en homenaje á su mérito, las sufrían y aun las celebraban, pero guardando en el corazón los celos y la impaciencia del resentimiento.

Antonio M. encabezaba á los demás jóvenes y los tenía por vasallos, bien que secretamente dispuestos á protestar y rebelarse en la primera ocasión.

Sin embargo, estaba escudado por amistades sinceras y cariños verdaderos.

Peregrina A. apenas llegaba á los 20 años. Además de sus grandes ojos pardos y su tez blanca y rosada, formando contraste con sus cejas y cabellos de pronunciado negro, tenía los irresistibles atractivos de la modestia y de la sencillez, que la hacían generalmente estimada, al extremo de convertir en simpatías las prevenciones femeniles de sus émulas.

Solicitada por varios jóvenes, había dado la preferencia á Antonio M., viendo aprobada su elección por sus padres y por toda su familia.

En otro grupo lucía su facundia Empédocles R., joven abogado que había hecho su educación y sus estudios en la ciudad de Chuquisaca, que por entonces andaba todavía mal avenida con el nombre de Sucre. Empédocles R. hablaba con aplomo

sobre cualquier materia, aunque no siempre desacertadamente.

Haciendo gala del lugar de su educación y exagerando su propio valer, ponía especial estudio en distinguirse de los demás. Á este efecto llevaba anteojos, disminuyendo y mortificando su excelente vista; se imponía el trabajo de modificar su modo natural de caminar, adoptando un paso menudo y acompasado; procuraba hablar con rapidez, entonando bronca y enfáticamente las palabras.

Estas originalidades eran toleradas con indiferencia. Sin embargo, la malignidad reía de ellas y aplicaba al sujeto los apodos de *mono de los vidrios* y de *caballito de paso.*

Empédocles R. no hacía el papel de rival de Antonio M. Nunca solicitó ni pensó en solicitar la mano de Peregrina. Creía de tal modo en su propia superioridad, juzgaba con tal cariño sus prendas personales, que llegó á figurarse correcto y lógico un amor espontáneo y apasionado de la joven por él.

Sentíase, por tanto, displicente y humillado con que esto no hubiese sucedido, y por eso abrigaba contra Peregrina y su prometido aversión invencible, que disimulaba con sumo cuidado.

La ceguera de la vanidad impedía que Empédocles reparase en las frecuentes zumbas que provo-

caban su rostro largo y anguloso, sus escasos bigotes y patillas de castaño lívido, sus torcidas y enjutas piernas y la casi joroba que abultaba sus hombros.

Empédocles R. distaba de ser un Alcibiades ó un Lovelace, y no obstante anhelaba ser codiciado de las jóvenes y objeto preferente de la atención general, fundando en estos devaneos sus frecuentes osadías é impertinencias.

III.

Los paseantes se reconcentraron poco á poco en el patio de la casa, y allí hicieron un almuerzo campestre, en el cual quedaron suprimidas de hecho las formas sociales inherentes á los útiles y adminículos que ofrecen los comedores.

Las copas de vino del almuerzo continuaron circulando sin interrupción por medio de invitaciones personales entre caballeros y señoras, hasta que ellos, entusiasmados ya por la acción de los vapores del agradable jugo, pidieron música y baile en tumultuosas voces.

No tardaron en dejarse oir los preludios de la guitarra en manos de un simpático joven, y puestas las parejas frente á frente comenzó el característico baile de la tierra al son de la copla siguiente, que el guitarrista entonó con acento sonoro:

Como la fiebre tifus,
¡Ay! no te asombres,
Dar las mujeres saben
Muerte á los hombres;
Porque no hay cura
Cuando de amor abrasa
La calentura.

La copla fué celebrada con risas y jaleos, sacando de cauce el torrente de bromas á los mozos y mozas que se presumían enamorados ó en estado de enamorarse.

El guitarrero cantó la copla obligada contra las suegras, recibida de buen humor por todos y aun por las mismas que ya lo eran ó estaban próximas á serlo. La frecuencia de las alusiones á las suegras ha gastado la punta de esos epigramas en las reuniones familiares, convirtiéndolos en brotes inofensivos de vivacidad é ingenio:

Las suegras se parecen
Á las cornejas,
Porque á medida chillan
De ser más viejas;
Y con sus gritos
Alborotan y aturden
Como los pitos.

El baile continuaba con entusiasmo creciente, y las parejas se sucedían sin interrupción unas á otras. El guitarrero quiso cambiar de aire y de copla, y dando á su música notas suaves y melancólicas, lanzó estos versos:

Cuando sufrimos el yugo
De una triste decepción,
Hace veces de verdugo
Nuestro propio corazón.

—¡Bravo, Roberto, bravo! ¡bravo!

—¡Bien! ¡bien! pero no cantes tan claro.

—Déjale, hombre, que se desahogue.

—Señores, no interrumpan el baile.

—Bien dicho. ¡Adelante, Roberto!

De ti, niña, no me quejo,
Yo al amarte me engañé.
Adiós por siempre... te dejo
Donde y como te encontré.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Esto es demasiado triste ó alegre.

—¿Es posible, Roberto, que te halles en vísperas de calabazas?

—Amigos, no comprendo vuestras admiraciones y extrañezas: yo canto coplas que todos usan.

—Es la verdad. No hay materia para comentarios.

—Es el caso para decir sin miramientos:

Hablad, quién es la ingrata
De genio estrafalario,
Que soberbia maltrata
Á tan dulce cantor.

—¡Magnífico! muy oportuno; pero rectifico:

Á tan dulce canario.

—Bueno, sea magnífico ó lo que Vds. quieran. Yo pregunto: ¿continuamos bailando, ó nos constituimos en academia de literatura chismográfica?

—Eso es hablar en sus cabales.

—Sigue, Roberto. Las parejas esperan.

—Los jóvenes se pintan solos para alborotar sobre lo más sencillo.

—Que cante otro.

—No, Roberto, no quieras dar la razón á estos locos.

—¡Atención, señores!

Los hombres son bolonios,
Flor de retama;
Pues como mariposas
Dan en la llama;
Y de esta suerte,
Buscando luz y vida,
Hallan la muerte.

—Vamos; se ha vengado dignamente.

—Nos ha barrido á todos con gracia y donaire.

—¿Á quién se le ocurre salir por tal registro?

—¡Que viva el guitarrero!

—Muy justo. ¡Que viva! ¡que viva!

La alegría del baile subió de punto. Roberto continuó echando esos cantares anónimos, los cuales, ora delicados, ora picantes, ora sentenciosos participan de la espontaneidad y sencillez de las inspiraciones del pueblo.

La comida se anunció por los vapores incitantes que despedían las *humintas*[1], puestas ya entre las piedras calientes y cubiertas de manojos de una especie de eneldo.

Á los postres de la comida un anciano respetable se puso en pie y dijo:

—Cumplo el grato deber de tributar mi reconocimiento á las señoras y caballeros que se han dignado honrar con su presencia esta reunión familiar, destinada al obsequio de mi sobrino Antonio y de su prometida la señorita Peregrina. Nunca olvidaré esta prueba de amistad y paisanaje que me dan los distinguidos vecinos de Sorata. Bebo por la salud de todos, y en especial por la dicha de los futuros esposos.

—¡Bien! ¡muy bien!

—¡Bebamos por la felicidad de los novios!

Antonio quiso hablar en seguida, pero se le

---

[1] Las *humintas*, plato obligado en las expediciones campestres del mes de abril en el valle de Sorata, son pasteles de masa de choclo condimentada con manteca, huevos, queso y especias. Las humintas se envuelven en las mismas hojas que cubren el choclo, y se cuecen entre piedras planas, que se calientan para el efecto apiladas en forma de horno cónico. La especie de eneldo es muy abundante en los maizales de Sorata, y se llama en lengua aimará *anís-kora* (hierba de anís). Se pone esta hierba sobre las piedras que contienen las humintas, así para impedir el pronto enfriamiento de aquéllas, como para provocar el fuerte y agradable olor que despide bajo la acción del calor.

adelantó Empédocles, el cual, con el propósito de lucir una agudeza, exclamó:

—Yo brindo, señores, por que la ventura de los prometidos sea larga y vigorosa, como la talla y robustez de Antonio.

Éste hizo un movimiento de impaciencia que reprimió prontamente, y contestó:

—Gracias, Empédocles. Yo, desde ahora y para cuando te llegue el caso, brindo por que tu felicidad sea tan brillante como tus espejuelos, y tan dulce y suave como tu andar rítmico y acompasado.

Una carcajada espontánea y general acogió las palabras de Antonio. Empédocles se puso rojo y en seguida lívido, y sin embargo rió también y aún palmoteó, tratando de cubrir con estas apariencias la vergüenza y el ridículo de su derrota.

Entendió con harto despecho que su crédito sufría baja y que todos estaban de parte de Antonio, aplaudiendo francamente las pullas que había lanzado contra él.

Herido por esta convicción en lo vivo de su vanidad, el complaciente ó más bien el cobarde Empédocles sintióse capaz de todo.

Se apartó un poco y entabló animada conversación con algunos jóvenes, públicos amigos y en realidad enemigos secretos de Antonio.

Varias amigas rodearon á Peregrina invitándola á beber por su próximo enlace; mas ésta rompió

á llorar amargamente. Las amigas, un tanto sorprendidas, procuraron calmarla en vano. Antonio se acercó y le dijo:

—Peregrina, ¿á qué viene ese llanto? Serénate; estás llamando la atención.

—Ignoro la causa de mi llanto, pero es irresistible.

—Alguna aprensión quizá, alguna niñada.

—Puede ser; ¿no has notado las emociones de Don Empédocles?

—¿Empédocles? Vaya, no te alarmes por eso —repuso Antonio con el mayor desprecio.

Peregrina enjugó sus lágrimas.

¿De qué nacía su repentino llanto? ¿Era el presentimiento de una desgracia? Lo cierto es que el corazón humano produce misterios sin darse cuenta de ellos.

IV.

El día tocaba á su término. Los paseantes se dieron prisa en descender á la ranchería, donde tomaron sus cabalgaduras y emprendieron el regreso.

Durante el camino se discutió alegremente y entre risas y bromas la manera de entrar en la población, decidiéndose por mayoría de votos que fuese en forma de rueda.

Á las ocho de la noche llegaron á las cercanías de la población, alumbradas por la luz clara y

hermosa de la luna llena, y, entregando las caballerías á los sirvientes, asiéronse de las manos alternativamente hombres y mujeres.

Antes de que la cadena viviente se pusiera en movimiento, un caballero preguntó cuál sería el estribillo con que debía hacerse coro á las coplas del cantor. Se propusieron varios, y se adoptó el siguiente, que aludía á los novios, festejados por el día de campo:

Él galante y ella hermosa,
Son el clavel y la rosa.

Lanzó el tañedor de guitarra la primera copla:

Es el novio muy gallardo,
Mas la novia es un primor,
Y entre los dos van tejiendo
Una corona de amor,

respondiendo en coro y voz de canto la concurrencia toda:

Él galante y ella hermosa,
Son el clavel y la rosa.

Al compás de esta música, variada en los versos oportunamente por el guitarrero, la rueda ingresó en el pueblo, bailando en círculo en las bocacalles y en las esquinas de la plaza.

La reunión tuvo fin á las doce de la noche en casa del tío de Antonio, retirándose los invitados satisfechos de haber pasado un día placentero.

V.

La noche del siguiente día, Antonio se hallaba tendido en el lecho.

El joven había cambiado completamente. La mirada lánguida, el rostro pálido y desencajado, la voz doliente y fatigosa, daban apenas idea del mancebo arrogante que en la noche anterior se mostraba en la fuerza de la edad y en la lozanía de la salud.

Al amanecer de ese día, Antonio, en una de las calles apartadas de la población, yacía sin conocimiento: su familia, avisada del extraño suceso, se dió prisa en hacerle recoger.

Su amigo Roberto estaba presente, tan abatido y triste que hacía esfuerzos por contener el llanto.

—¿Cómo te sientes?—preguntó éste.

—Muy mal—contestó Antonio.

—De manera que...

—De manera que es demasiado posible que mañana á esta hora no veas en mí más que un cadáver.

—Pero esto parece un sueño.

—Y sin embargo, es una realidad.

Siguió un momento de silencio. Antonio parecía sufrir mucho, sobreponiéndose varonilmente á sus dolores.

Roberto en vano pugnaba por hablar: las palabras se anudaban en su garganta.

—Mi madre y mi hermana—dijo Antonio— me habían hecho conducir aquí esta mañana del lugar que tú sabes. Volví en mí cuando ellas me dirigían cariñosas frases, en medio de lágrimas y sollozos. ¿Qué fué de ti?

—Los cuatro me retuvieron consigo hasta esta tarde.

—¿Te retuvieron?

—Sí. Después de echarte en tierra y descargar sobre ti puntapiés y bastonazos, me obligaron á marchar con ellos, no obstante mis protestas. Aturdido por los golpes que había recibido en tu defensa, me hallaba imposibilitado de resistir por la fuerza. Llegamos á la habitación de Empédocles, y allí se manifestaron arrepentidos del hecho y me rogaron que no los denunciase.

—¿Mostraron arrepentimiento? Algo es.

—No les creo, Antonio. Recuerda que al salir de casa de tu tío propusieron intencionadamente el paseo antes de recogerse, y las repentinas y tenaces provocaciones de Empédocles, que te obligaron á darle un bofetón.

—Del cual estoy harto pesaroso.

—Cosas que resultan ahora pensadas y dispuestas con traidora malicia.

—¿Les prometiste el silencio?

—No; les advertí que era inútil que yo callase, puesto que tú los conocías á todos y á cada uno;

y me contestaron que confiaban en que tu altivez repugnaría toda delación.

—Tienen razón, no hablaré; mas no por altivez.

—Me negué á compromiso alguno. Tacháronme de rencoroso y concluyeron por amenazarme. Les dije que podían matarme, si querían; pero que no me conformaba con el bochorno de cómplice de su indigna conducta. Al comprender mi entereza, me notificaron que nuestras relaciones amistosas estaban rotas para siempre. Me limité á replicarles: «Sin culpa de mi parte», y los dejé.

—No hay duda, me trataron cruelmente.

—Es justo que sean castigados á medida de su maldad.

—Te repito que abrigo la certeza de que he de morir.

—No pienso como tú.

—Me confesé á mediodía, y estoy tranquilo y resignado.

—Eso nunca está demás.

—Te declaro que perdono á Empédocles, á los otros y á mi hermano.

—¡Ah! ¡tu hermano Mauricio! Su concurso es horrible.

—Roberto, en nombre de nuestra amistad, de nuestro mutuo cariño, te suplico que jamás digas nada sobre el acontecimiento de anoche.

—¡Quieres la impunidad!...

—Roberto, complace á tu amigo moribundo.

—Bien, bien; pero debo exceptuar el caso en que el juez me demande la verdad bajo juramento.

—Ese caso no llegará. Yo rogaré á mi madre que nunca recurra á la justicia, por graves que fueren los comentarios públicos de mi muerte. Así lo hará por mí y porque ignora el hecho, y si llegara á conocerlo lo hará también, por no comprometer á Mauricio y resguardar el honor de la familia.

—¡Cuánto afán por salvar á sus matadores!

—¿No crees que debo llevar algo ante la misericordia de Dios?

—¡Morir en la flor de la edad, de un momento á otro y en vísperas de casarse con la joven más bella é interesante, es triste! ¡es tristísimo!

—¡Pobre Peregrina! la llevo en el corazón. Dios, que protege siempre la virtud y la inocencia, cuidará de ella.

—¡Pobre Peregrina! su desgracia es inmensa.

—¿Sería mucho exigirte que me ayudes á ponerme la mortaja?

—¿Qué estás diciendo, Antonio? Se hará eso cuando llegue la triste necesidad.

—No te espantes, y escúchame.

—¡Amortajarte en vida y por tu propia mano!

—¿Tú crees que amo á mi madre y á mi hermana?

—No lo puedo dudar.

—Quiero evitarles sufrimientos y amarguras. Si llegasen á ver mi cuerpo destrozado, descubrirían la verdad, y por consiguiente la complicidad de mi hermano.

—Te comprendo y te admiro.

—Les he dicho ya que he tenido una caída fatal, y como encargo de moribundo les pediré que me entierren sin tocar mi cuerpo para nada. Espero que tú apoyes y sostengas mi voluntad al respecto.

Roberto se puso tan pálido como el paciente, y temblaba. Esforzándose por serenarse, preguntó:

—¿Dónde está la mortaja?

—Aquí la tienes—contestó Antonio, señalando sus pies, donde se encontraba un hábito franciscano debajo de la primera manta de la cama.—Me la hice traer hoy mediante mi buena hermana, que satisfizo mi deseo considerándolo un capricho de enfermo.

Roberto le vistió en silencio la mortaja, y le tapó con la ropa de la cama hasta el cuello.

—Presumo que nadie ha visto lo de anoche.

—Quizá te engañas, Antonio; creo que alguno nos contemplaba desde cierta distancia.

—¿Quién puede ser?

—No lo sé. Juan, tu antiguo criado, vive por allí cerca.

—¡Oh! sería terrible para mi madre y mis hermanos; pero ya no se halla en mi mano su remedio.

—No te angusties. Yo no estoy seguro de lo que digo.

—Gracias, Roberto. Has hecho cuanto era posible por tu amigo desgraciado. Dios te lo pagará. No me olvides en tus oraciones.

—¿Olvidarte? ¡nunca! Permíteme que te acompañe esta noche.

—No, Roberto, no debo aceptar tu fineza. Necesito prepararme para recibir el santo Viático que me han de administrar mañana temprano.

—¡Adiós, amigo! ¡hermano!

—¡Adiós, hermano! ¡amigo!

Roberto dejó la estancia con el alma oprimida y el rostro bañado en lágrimas.

VI.

Antonio M., joven educado en el seno de una familia piadosa, guardaba su fe en el fondo de su corazón: era creyente sincero y honrado, á la manera de los que miran su religión como un deber sagrado é inviolable, fuera del alcance de las ligerezas de la edad y de las veleidades de la pasión.

Cuando la desgracia cayó repentinamente sobre él y sus tinieblas le cerraron el camino de la vida y del porvenir, se refugió en la luz de su fe y allí encontró resignación y consuelo, venciendo sin gran violencia las sugestiones del resentimiento y de la venganza. Perdonó generosamente á sus agresores, hizo nobles esfuerzos por cubrir con el velo del misterio y del olvido el ruin ataque de que había sido víctima, y anheló evitar tormentos á su madre y el deshonor de su familia.

¿Hay abnegación en esto, hay sacrificio? Sin duda; abnegación y sacrificio que sólo la creencia religiosa sabe inspirar é imponer, produciendo la hermosa pléyade de esos héroes ignorados que sin ruido ni aparato ciñen la corona de la virtud.

VII.

Antonio murió en efecto á las veinticuatro horas de la escena que hemos referido.

Su madre y su hermana lo lloraron sinceramente, porque las madres y las hermanas son el modelo del amor en toda la plenitud de su elevación y de su intensidad.

Su madre y su hermana consideraron sagrados sus deseos y sus encargos, sin ocurrírseles siquiera investigar la causa que los hubiese originado, creyendo rendir así un homenaje de cariño á su memoria.

Llegó el momento de conducir el cadáver al templo para el entierro cristiano, de conformidad con los ritos prescritos por la Iglesia.

Á las diez de la mañana el vecindario, vestido de negro, llenaba la casa.

Los caballeros tenían cirios encendidos en las manos.

El pretexto de la higiene y la ahora dominante preocupación irreligiosa no habían invadido aún los cerebros edilicios, y las imponentes ceremonias de los funerales se practicaban sin restricciones ni cortapisas.

En el instante de extraer del salón mortuorio el ataúd, la afligida hermana se presentó repentinamente llorando á gritos, y se abrazó al difunto. Trataron de persuadirla á que se retirase, y como ella resistiese con tenacidad, fué necesario emplear la fuerza; pero se asió fuertemente del cuello y le rasgó la mortaja y la ropa interior.

El pecho quedó descubierto y fué una verdadera revelación: estaba cárdeno é hinchado.

La concurrencia le contempló estupefacta de horror.

Muchas voces pidieron que se registrase lo demás del cuerpo. Se efectuó así, viéndose que todo él se hallaba cuajado de magulladuras y de pústulas. Sólo en la cabeza y en la cara no se notaban lesiones.

—Este hombre ha sido muerto á golpes—se dijo y se repitió por unos y otros.

Cundió el sentimiento de compasión y el llanto se hizo general.

Juan Nido, sirviente en otro tiempo de Antonio, se aproximó al cadáver y dijo en alta voz:

—Ha llegado el momento de hablar. Hace cuatro noches, como á las doce ó más, sentí en mi barrio extraña bulla de gritos y de golpes. Permanecí algún rato escuchando, y por fin vencido por la curiosidad, salí de mi habitación y de mi casa á ver lo que pasaba. La luna era clarísima. Distinguí á un hombre tendido en el suelo, y á Don Empédocles, Don Martín, Don Teodosio y otro más que no debo nombrar aquí, los cuales rodeaban á Don Roberto y le llevaban consigo por la fuerza y á pesar de sus protestas. Me apresuré á volver á mi casa, temiendo ser complicado en el delito. ¡Quién hubiera imaginado que mi querido patrón yacía moribundo! Estoy dispuesto á prestar mi declaración donde convenga.

Las palabras de Juan Nido provocaron un tumulto de preguntas, disputas, exclamaciones y gritos de dolor é indignación.

—¿Es concebible que esto suceda en Sorata?

—La cosa es manifiesta.

—No hay todavía fundamento bastante para hacer afirmaciones.

—Sólo puede vacilar el que cierra los ojos para no ver.

—¡Qué iniquidad!

—Ellos son los asesinos.

—El castigo debe ser ejemplar.

—¿Por qué no aseguran á los malvados?

—¡Qué ferocidad, Dios mío!

—Son corazones de hiena.

—¡Que hable Don Roberto! Él conoce la verdad.

Roberto callaba y lloraba amargamente.

Se oía todo esto y la explosión de sentimientos crecía por instantes.

Empédocles, Martín y Teodosio, que habían concurrido temiendo que su ausencia fuese sospechosa, asaltados por la mayor turbación, dejaron caer los cirios de la mano y consiguieron escurrirse.

El señor Cura juzgó que le tocaba intervenir:

—Señoras y señores—dijo,—se está produciendo una escena impropia de un acto religioso, y es preciso que tenga término. Lo más racional y justo parece que la familia ó sus representantes nos hagan saber, si continúan los funerales ó los suspenden para que se practique el reconocimiento y autopsia del cadáver.

La madre se presentó llorosa y abatida, y oprimiendo con las manos el pecho, como si quisiese contener los latidos del corazón, dijo resueltamente:

—Que sigan los funerales.

VIII.

Antonio, en medio de las desolaciones y sufrimientos de la agonía, con nobleza y generosidad dignas de admiración y de encomio, había tomado todas las precauciones á su alcance para ocultar el atentado y á sus autores, cuando el dolor exasperado de su hermana vino á descorrer el velo de la realidad.

Se dirá por algunos, que la casualidad fué terriblemente oportuna. Nosotros pensamos, que Dios dispuso que el delito y los delincuentes fueran conocidos.

La madre llegó á saber el hecho con todos sus detalles, y perdonó á los que dieron muerte á un hijo tiernamente amado, así como éste les perdonó y quiso que se les perdonara.

Y lloró en silencio, ahogando en el fondo de su corazón los estallidos de su angustia.

Y más aún: no varió en su carácter y en sus deberes de madre para con el fratricida Mauricio.

¿De qué no es capaz una madre?

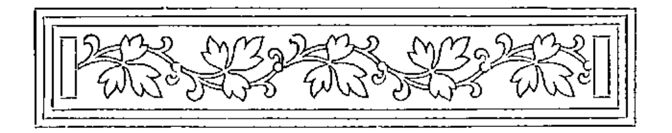
Su abnegación admite pocas ó ningunas comparaciones en lealtad y pureza.

IX.

Puede ser que algún lector ó lectora quisiera deducir la objeción de que en lo referido el contraste es muy pronunciado y fuerte.

Contestamos á ella, quizá con harta verdad, por desgracia:

Tales son los sucesos de la vida, en donde los contrastes se presentan con frecuencia bajo formas inverosímiles.



MUERTO QUE HABLA.

I.

CORRÍAN el año y el mes de noviembre de 1830.

Los calores que se pronunciaron con fuerza en octubre, habían secado las campiñas que rodean La Paz, sin que las aguas de regadío, muy reducidas también por la misma causa, pudiesen suplir por completo el beneficio de las lluvias.

La población se resentía de notable desaseo en aquellos tiempos, no sólo en los barrios apartados, donde aun en el día no ha desaparecido por completo, sino en algunas calles centrales, inclusa la plaza mayor.

La sencillez de las costumbres de la época colonial, que subsistían en el modo de vivir, y la tolerancia de la policía de seguridad, también urbana, es decir, única policía, eran causas principales de un estado de cosas que no se armoniza mucho con las exigencias de la salubridad.

Los desperdicios y los montones de basura solían yacer tranquilamente á veces en las puertas

de las tiendas ó en media calle, lo cual hería los ojos con más frecuencia en la plaza mayor, mercado de toda clase de comestibles, así indígenas como extranjeros.

La atmósfera seca, impregnada de emanaciones mal olientes, bajo la acción de un calor sofocante, produjo el estado casi epidémico del *tabardillo,* en lenguaje moderno *fiebre tifus.*

Los hospitales estaban llenos de enfermos, y todos los días se contaban de quince á veinte defunciones, causadas por el tabardillo, en el recinto de la población.

Sucedía aquí lo que en todos los países, que los pobres contribuían con las tres cuartas partes de las víctimas.

El hospital que después se ha llamado Landaeta, devolvía en muertos el ochenta por ciento de los enfermos que recibía.

Los cadáveres eran llevados inmediatamente al panteón, pero los cuerpos de los fallecidos á la caída de la tarde ó en las primeras horas de la noche se depositaban en la capilla de la Misericordia, situada á derecha del atrio del contiguo templo de San Juan de Dios.

La ciudad yacía triste y enlutada bajo el peso de una calamidad pública.

No por eso se había interrumpido el movimiento político, ni el comercio y la industria sufrían al-

teración, ni mucho menos la vida y ejercicio de las pasiones.

¡Vaya Vd. á detener la corriente de las pasiones!

Los calaveras, como siempre, campaban por sus respetos.

II.

El sereno acababa de anunciar las doce de la noche.

La obscuridad no era completa, á pesar de que el cielo se hallaba cubierto á trechos de nubes negras, que interceptaban el brillo de las estrellas.

La mortecina luz de los faroles, colocados en las esquinas que limitaban la calle de San Juan de Dios (parte hoy de la calle de Loaiza), no modificaba en mucho el estado natural de la noche.

Se oyen pasos lejanos y luego voces de personas que descienden á esta calle.

Son cuatro jóvenes: Julián Montaño, pintor y escultor; Elías Madeno, carpintero; Antonio Jilo, estudiante de latín; y Teodosio Fitero, comerciante.

Sus pasos no son muy firmes, ni las voces muy seguras: se hallan los jóvenes bajo la influencia del dios de los pámpanos y de las uvas.

Al aproximarse al templo se detienen, y Madeno dice:

—¡Lástima que haya terminado la diversión! Vosotros os habéis apurado en dejar tan amable compañía.

—Maestro—contestó Jilo,—¿no tienes bastante con una noche y un día de bebida, canto y baile? Hemos comenzado la noche del sábado y ya estamos en la primera hora del lunes.

—¡Qué imprudencia!—exclamó Fitero,—no le hables del lunes: estimulas su piedad al santo de su devoción.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Te entiendo, bribón, pero te engañas de ceja á oreja. Mañana á las siete me pongo á la obra de un estante que debo entregar el jueves.

—Temo, Elías—replicó Fitero,—que no principies la obra, ni entregues el jueves, fiel á las tradicionales promesas del carpintero.

—¿Quieres ultrajarme? He aquí tu merecido—gritó el carpintero, avanzando un paso hacia Fitero para descargarle un puñetazo.

Jilo se interpuso, declamando con énfasis:

—*¡Vade retro, homo terribilis!*

—¿Qué significa eso?—preguntó Montaño.

—¡Atrás! ¡hombre feroz é irascible!

Todos se rieron de muy buena gana.

—Á propósito, Julián—continuó Jilo,—puedes pintar un cuadro de esta escena y hacerte famoso. Elías con el rostro descompuesto por la cólera y el puño levantado, pronto á caer sobre el aterrado Teodosio; tú mudo é imposibilitado por la sorpresa, y yo de ángel salvador, interpo-

niéndome con la sonrisa en los labios entre el verdugo y la víctima. ¿Qué te parece?

—Me parece que charlas demasiado.

—Después de todo, vámonos. Estoy cansado —dijo Fitero.

—¡Estoy cansado! Miren al hipocritón—respondió Montaño.—Recuerda que hemos suspendido la diversión sólo porque tus bolsillos flaqueaban.

—La verdad—agregaron Madeno y Jilo.

—Me encomiendo—continuó éste,—á tu amparo, dios de la vara y de los tostones[1].

—¡Antonio! ahora la emprendes conmigo; pero ya verás....

Jilo se apartó cómicamente, exclamando:

—*¡Pluti irati fugiamus manus!*

—Amigos—añadió Fitero,—quedaos, si os agrada. Me marcharé solo.

—No, hombre—le contestó Montaño,—nos vamos todos. Déjame arreglar un cigarro.

Y se afanaba en liar un cigarro de papel. Concluída la operación, pidió yescas ó pajuelas para hacer lumbre, y nadie llevaba ni una ni otra cosa.

—Renuncias á tu cigarro—dijo Madeno,—ó vas á encenderlo á la capilla de la Misericordia, donde indudablemente hay velas ardiendo.

---

[1] *Tostones,* nombre vulgar de monedas de cuatro reales.

—Allá voy—repuso Montaño, y se encaminó á la Misericordia.

Los tres amigos le siguieron á cierta distancia, casi sin darse cuenta de ello y cambiando entre sí estas palabras:

—Julián es á veces temerario.

—Veamos si se atreve.

—No es cuerdo entrar en el depósito de los muertos, á tal hora y en tiempo de peste.

Montaño franqueó sin vacilación la puerta de la Misericordia, y, encendiendo el cigarrillo en una de las velas, tomó asiento en el poyo que había dentro del local.

Los amigos se detuvieron en el atrio del templo, y desde allí estiraban el cuello para observar lo que hacía Montaño.

Éste les habló desde su asiento:—Entrad, no seáis cobardes.

El primer impulso de los tres fué echar á correr, pero el aguijón de manifestar valor les obligó á entrar.

Sin embargo de los esfuerzos que hacían por serenarse y afirmar el paso, estaban sobrecogidos de miedo y zozobra.

—¡Qué cosas tienes, Julián!—dijo Fitero.

—*Mortui requiescant in pace*—añadió Jilo, y trató de sonreirse, pero la sonrisa se heló en sus labios.

Madeno se encontraba pálido y mudo.

Y sobraba motivo para ello.

III.

Los tres de la puerta sentían su razón completamente despejada. Las fuertes impresiones que sufrían disiparon los efectos de la bebida.

La capilla de la Misericordia presentaba un aspecto triste, desolado y temeroso.

Frente á la puerta se veía una especie de altar de barro sin adornos ni imágenes, y en cuya mesa ardían dos velas de sebo.

El flameo de sus llamas producía en las paredes sucias y desnudas sombras móviles, propias para figurar trasgos y fantasmas.

En el estrecho recinto, cubierto de ladrillos gastados y rotos, yacían cinco cadáveres puestos de espaldas.

Tres de ellos vestían túnicas y capuchones negros, y unas mantas viejas cubrían á los otros, desnudos hasta de la camisa.

Las caras se hallaban descubiertas y los ojos á medio abrir, ofreciendo el aspecto enflaquecido, lívido, doloroso y aterrador que la muerte imprime en la faz de sus víctimas.

Los jóvenes de la puerta guardaban profundo silencio, no acertando, á pesar de su repug-

nancia, á separar los ojos de la contemplación de los difuntos.

Aguardaban con ansia que Montaño les diese el ejemplo de la retirada para darse prisa en seguirle.

Estaban en el potro del temor y de la impaciencia, y la vanidad, ó sea la negra honrilla, los mantenía en su puesto.

—Tengamos la caridad—les dijo Montaño,—de velar estos cadáveres, para que otros hagan lo mismo con los nuestros—y siguió fumando tranquilamente su cigarro.

No quisieron ó no pudieron contestarle.

Jilo fué el primero que cobró algún ánimo, en fuerza de la cólera que empezaba á dominarle.

Reparando que Montaño se dormía, habló en secreto á Fitero, y transcurridos algunos instantes, se levantaron los dos y salieron arrastrando á Madeno, que se dejó conducir como un autómata.

En seguida cerraron la puerta por fuera, cuidando de no hacer ruido, y echaron la armella, asegurándola con un cortaplumas abierto en ángulo recto.

IV.

—Nos la hizo—dijo Jilo,—que la pague el taimado. *Luat peccati poenam.*

Los tres se agruparon á cierta distancia de la capilla y conversaban á media voz.

Al cabo de un cuarto de hora la puerta fué sacudida violentamente varias veces.

Madeno quiso abrirla, y Fitero y Jilo le detuvieron ahogándose de risa.

Pasaron diez minutos, y sintieron que un cuerpo caía pesadamente en tierra.

Entonces abrieron la puerta y los tres se precipitaron adentro.

El espectáculo que se ofreció á su vista tenía lúgubre novedad y extrañeza, y hubieron de apelar á toda la amistad y estimación que profesaban á Montaño para no huir.

Éste se hallaba tendido boca abajo en el suelo, con la cara bañada en sangre, que fluía en abundancia de las narices.

Fitero, Madeno y Jilo se esforzaban por incorporarle, diciéndole: —¡Julián! ¿qué tienes?—¡Hermano! ¿qué te sucede?—¡Amigo! ¡vuelve en ti!

Procediendo casi instintivamente, le tomaron en peso y le condujeron fuera.

—Es preciso—dijo Fitero,—hay que hacer abrir una de las tiendas vecinas para auxiliar á Julián.

Se acercaron á una puerta y dieron golpes desaforados, invocando la humanidad en favor de un hombre próximo á fallecer.

La puerta se abrió por fin, é introdujeron á Julián en la habitación, reclinándole en una cama.

Los dueños de la habitación eran una mujer anciana, otra joven y dos mocetones, los cuales, azorados al principio, se prestaron en favor del enfermo con toda la buena voluntad que el pueblo muestra en estos casos.

Montaño, merced á las frotaciones de aguardiente y otros remedios, dió señales de volver en sí y abrió los ojos, que tenían expresión de trastorno y espanto.

—Somos nosotros—le dijeron,—tus amigos; tranquilízate, Julián.

Y en efecto la calma y el estado natural volvieron poco á poco á sus ojos y á su fisonomía.

Quiso hablar, pero no lo consiguió; fué necesario esperar.

Sus amigos y los de la tienda le observaban en silencio.

—Me siento bien, ¡gracias á Dios!—dijo después de algún tiempo.

—¡Nos alegramos todos!—le contestó Fitero.

—¡Qué buena me la habéis hecho!

—No más que una broma, Julián—añadió Jilo compungido.

—Sin duda; pero que ha estado muy próxima á convertirse en catástrofe.

—¿Por qué no gritaste, Julián?—dijo Madeno;—aguardábamos que nos llamases.

—Porque no pude.

—¿Qué hubo?— repuso Fitero,— cuéntanos lo que te ha sucedido.

—Me dejasteis dormido y os fuisteis, asegurando la puerta por fuera.

—Exacto, y de lo cual nos pesa—respondió por todos Jilo.

—Cuando desperté y me vi solo en medio de cadáveres y con la puerta cerrada, sentí que, á pesar de todos mis esfuerzos, el miedo invadía mi corazón.

Sin embargo, aunque decidido á marcharme, me dejé estar, para hacerlo despacio y no dar que reir á vosotros, que no suponía lejos.

Mientras tanto mi vista se dirigía fatalmente á los difuntos, y noté que uno de éstos, el que se hallaba más cerca del altar, movía la mano colocada sobre el pecho.

Creí haberme engañado, y puse más atención, convenciéndome de que imprimía á los dedos la acción de llamarme.

Mi sorpresa se convirtió en espanto, y luego subió al grado de terror.

Quise gritar y pedir socorro, pero no pude; había perdido la voz.

Me lancé á la puerta haciendo un esfuerzo desesperado y la sacudí violentamente; la puerta no cedió.

Sin darme cuenta de lo que hacía, volví la cara y avancé hasta media capilla.

Entonces observé que el difunto alzó un poco la cabeza y pronunció muy quedo la palabra aimará: *huntam*, que significa: ven, acércate, como sabéis.

La quejumbrosa palabra silbó en mi oído á semejanza de un dardo que viniera á clavarse.

Se me heló la sangre; sentí un peso enorme sobre mi cabeza y una mano de hierro que me apretaba el pecho, y no recuerdo más.

V.

Los circunstantes, que habían escuchado en silencio absoluto, dijeron: —¡Cosa más rara! ¿Qué puede ser esto?

Las mujeres exclamaron: —¡Jesús! ¡Jesús! —y se santiguaron.

—Debemos ir á la capilla— continuó Montaño.

—Sería una imprudencia en el estado en que te hallas —replicó Jilo.

—Yo no voy— dijo resueltamente Madeno.

—Me encuentro bien, el accidente ha pasado y debemos ir —insistió Montaño, poniéndose en pie.

—¡Es singular tu capricho, Julián! —intervino Fitero.

—No, escuchadme. Aunque he sufrido todas las angustias y efectos de espanto horrible, ahora no me asustaría: abrigo la convicción de que ese hombre está vivo.

Viendo que sus amigos vacilaban, añadió:

—Si no queréis acompañarme y salvar á un desgraciado, iré solo.

—Nosotros vamos con Vd.—dijeron los dos jóvenes de la tienda.

—Está visto, debemos ir todos—añadió Fitero.

—Pues andando—concluyó Jilo.

VI.

Se encaminaron á la capilla de la Misericordia; Montaño iba delante.

Una vez allí, éste se acercó al difunto que él sabía.

Le tocó el pulso, le aplicó la mano sucesivamente en el pecho y en la sien, y dijo:—No me había engañado; vive.

Se quitó la capa y le abrigó con ella. Madeno le ayudaba en silencio.

Los otros dos amigos, sintiendo estimulada su generosidad juvenil, dieron también sus capas para abrigar el aterido cuerpo.

—Elías—dijo Montaño,—démonos prisa en llevarle á mi casa, antes de que muera definitivamente.

—Le conduciremos todos—respondió Fitero, y los seis presentes echaron mano del difunto vivo.

Jilo, que recobró su buen humor, añadió al franquear la puerta:

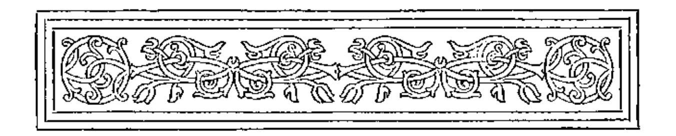
—*Defunctus felix qui salvatorem invenit!*

VII.

El que fué considerado muerto y estuvo á punto de morir realmente de frío y de necesidad, ó de ser enterrado vivo, era un joven indio de la altiplanicie.

Montaño le asistió con esmero, y al cabo de cuarenta días logró verle en perfecta salud.

El agradecido indio le acompañó siete años, aprendiendo en su servicio el arte de la pintura.



TRES DÍAS EN EL BOSQUE.

I.

EN la mañana del 10 de mayo de 1855 se notaba cierto movimiento extraordinario en Cavinas, pueblo de misiones situado á poco más de media legua de la orilla derecha del río Madidi, tributario del Beni.

El Madidi corre de occidente á oriente, y después de atravesar las inmediaciones de Cavinas, no tarda mucho en mezclar sus cristalinas y pacíficas aguas con las turbias é impetuosas del Beni.

El Padre Recoleto Ambrosio N., perteneciente al «Colegio de *Propaganda Fide* de San José» de La Paz, era cura misionero de Cavinas, y en tal condición ejercía también las funciones de gobernador civil.

Los Padres misioneros comienzan á insinuarse en el ánimo de los bárbaros por medio de obsequios, consistentes en cuchillos, hachas, pañuelos, cuentas de vidrio y otros objetos de poco valor; ganan su confianza y afecto tratándolos con suavidad y dulzura; y al mismo tiempo de iniciarlos en las

verdades de la fe y de la doctrina católica, les sugieren la persuasión de las ventajas y beneficios de la vida social, empleando para ello la enseñanza teórica y práctica.

Los Padres guían á los neófitos en la agricultura, en la carpintería, en la herrería y en otras artes útiles; les trazan la planta de la población, los obligan á edificar sus casas, y ante todo, los empeñan en la construcción de la iglesia, de la escuela y edificios públicos de absoluta necesidad; haciéndolos de esta manera habitantes de un pueblo con lazos sociales, convirtiéndolos de bárbaros vagabundos y feroces en seres civilizados y amantes del hogar, suavizando su crueldad nativa y educando sus facultades y sentimientos, antes indómitos, para la actividad y progreso del amor recíproco entre ellos, como preparación para el amor de la justicia, del deber moral, de la patria y de la humanidad.

Esto han hecho los Padres misioneros en todas partes, animados del valor que inspiran la fe religiosa y el amor del prójimo, y muchas veces, ó más bien casi siempre, privados de los recursos humanos que tan grandes empresas requieren, abandonados en los desiertos y en las selvas, entregados á merced de la crueldad é instintos sanguinarios de los salvajes, ó de la furia fanática de idólatras, apegados á sus ritos y prácticas por los

fuertes lazos de siglos de error y de corrupción.

Esto hizo el Padre Ambrosio en Cavinas, siguiendo las huellas de sus antecesores en el cargo de esa misión.

II.

¿Cómo se comprende, cómo se explica que los filósofos, los sabios y los estadistas de las naciones que más adelantadas se juzgan en el camino de la civilización, y que no se cansan de pregonar su decisión y sus labores en favor del progreso y de la cultura de los hombres, hayan declarado en nuestros días guerra á muerte á los sacerdotes y religiosos católicos, esto es, á los más valientes y abnegados propagadores de la verdad, del bien, de la sociabilidad y de la ilustración?

¿Cómo se comprende, cómo se explica que los filántropos, que tanto se jactan de sus virtudes humanitarias y sociales, odien y persigan á los que emulan con ellos en la obra del progreso, y les aventajan en el amor eficaz y práctico á la humanidad?

Tal contradicción sería una paradoja incomprensible, sin el refinado egoísmo é hipocresía de lo que se llama espíritu liberal: especie de secta negativa de toda religión, y en especial de la católica.

El liberalismo quiere y proclama la libertad, bienestar y cultura, y odia y ataca el principio

generador y la base de ellos, semejante al insensato que se empeña en cegar la fuente en donde bebe y tiene que beber para el sostenimiento y continuación de su vida.

Una parte de la generación actual sigue franca y abiertamente las banderas de ese liberalismo; otra lo tolera y condesciende con sus desmanes; y otra tercera, y por cierto la más pequeña y reducida, se opone á sus extravíos doctrinales y prácticos.

¡Lamentable situación, preñada de tempestades para el porvenir!

Y sin embargo, ni los gobiernos, ni las potestades políticas y científicas, ni el pueblo quieren ver el peligro, que es inminente y espantoso en sí mismo y por sus hasta aquí significativas manifestaciones.

El socialismo y el anarquismo, hijos del liberalismo, extienden todos los días el campo de su influjo y de sus perturbadoras y sangrientas hazañas, á la vista y con asentimiento, por decirlo así, del poder público, y, lo que es más, con la aprobación tácita de la prensa liberal, y la franca y el aplauso de la que se llama radical.

Parece que en la época presente de atolondramiento y superficialidad, de ruido y de movimiento, de egoísmo é hipocresía, de placeres y de sensualidad, los hechos más criminales, las

catástrofes más horribles han perdido su acción y prestigio de lecciones provechosas y enseñanzas saludables.

El socialismo produce frecuentes huelgas, esto es, desórdenes, peleas y muertes; el anarquismo asesina presidentes de república, emperadores, reyes y ministros de Estado; ¡y con todo, el liberalismo, y sus engendros, el socialismo y el anarquismo, son los factores del progreso de los pueblos, son las palancas de la felicidad humana!

Aberración inconcebible que choca con los dictados más elementales de la lógica, de la prudencia y del buen sentido, pero que es un hecho reproducido frecuentemente en nuestros días.

La propaganda impía de los filósofos del siglo XVIII hizo estallar la bacanal, sangrienta revolución de 1789.

Ahora se estimula y se empuja á las masas al motín y á la sedición, á la matanza de las clases más respetadas y á la destrucción de instituciones, que han conquistado la veneración general mediante siglos de virtudes y beneficencia; se les quita el freno de la fe y resignación religiosas, se exagera sus derechos, se les muestra como ansiada presa, defraudada á ellas por la injusticia é iniquidad social, las comodidades, los palacios y la mesa de los ricos; se hacen todos los esfuerzos posibles por corromperlas y prepararlas al asalto

y destrucción de la sociedad, con el objeto de fundar una nueva de igualdad absoluta, y por consiguiente imaginaria y absurda.

Á la vista de tales antecedentes y elementos, es preciso temer que vendrá, en plazo quizá no lejano, una revolución que aventaje en mucho á los escándalos y horrores de la revolución de 1789.

Los síntomas se han revelado ya algunas veces, ciegos, feroces y sanguinarios, á semejanza de los horribles rugidos que anuncian la presencia de la bestia carnicera; pero los encargados de velar por el orden y la seguridad social los consideran siempre señales inequívocas de libertad, de fraternidad y de igualdad.

El principal estorbo para la realización de los planes revolucionarios es el clero católico, secular y regular; de ahí el odio y la persecución contra ambos.

El liberalismo y su congénere, el masonismo, quieren progreso y felicidad humana sin religión, y ante todo, sin religión católica, y la hostilidad y expulsión de frailes, monjas y congregaciones no es sino el comienzo de la proscripción general del catolicismo.

Desgraciadamente se hallan á la cabeza del movimiento anticatólico naciones que deben su poder y su gloria á la savia regeneradora y vigorosa de la religión católica.

El triste y doloroso espectáculo de la persecución de los conventos y congregaciones en Francia, nos ha sugerido reflexiones un tanto prolijas; pero que, en nuestro concepto, nunca será demás repetirlas.

Ha contribuído á ello la circunstancia de ocuparnos de un religioso misionero, cuya abnegación en servicio de sus salvajes y neófitos por instruirlos y civilizarlos, hace picante contraste con la expulsión de sus hermanos del seno de una nación culta y cristiana.

III.

Decíamos que en la mañana del 10 de mayo de 1855 se notaba cierto movimiento extraordinario en Cavinas.

El Padre Ambrosio había salido del pueblo en la tarde del día anterior con dirección á la morada de Miguel Capiri, situada á pocas cuadras de distancia, en un claro del bosque.

Miguel Capiri era de carácter taciturno y pendenciero, se llevaba mal con los del pueblo y especialmente con sus vecinos, provocando frecuentes reyertas con ellos, las cuales algunas veces tomaron las proporciones de conflicto público.

El Padre, mediador obligado en ellas, en vano amonestó y reprendió á Capiri sin conseguir dominar sus impaciencias y altanería, hasta que,

consultando el orden de la misión y la armonía de sus feligreses, dispuso que Capiri viviese con su familia separado del pueblo.

El remedio produjo su efecto, pero á medias. Capiri, que ya no tenía ocasión de armar peloteras con los vecinos, alborotaba el cotarro en su casa; disputaba con la mujer, acabando casi siempre por calentarle las costillas.

Capiri llevaba el enemigo de su tranquilidad dentro de sí mismo: eran geniales en él la suspicacia y el recelo que hacían estallar su cólera á la menor contradicción real ó aparente.

La mujer corría con sus quejas al Padre, que unas veces se limitaba á consolarla dándole consejos de resignación y prudencia, y otras se trasladaba á su morada con objeto de reprender al turbulento marido.

En la tarde del día anterior la mujer con la faz magullada y rotura en la cabeza se presentó llorando al Padre, quien, profundamente disgustado, cogió la escopeta y el bastón y marchó en el acto á la morada del incorregible Capiri.

Los habitantes del pueblo, acostumbrados á las excursiones que el Padre hacía fuera de la población, no hicieron mucho alto al saber que á las siete de la noche no había aún regresado, esperando que no tardase en llegar.

Por otra parte, como la distancia era muy corta y el camino conocido y perfectamente llano, se mantuvieron tranquilos, en la creencia de que el Padre, una vez en el pueblo, se hubiese retirado á su habitación.

Pero al día siguiente, informados de que el Padre no había regresado desde la tarde anterior, se alarmaron profundamente; y motivos sobraban para ello.

Corrieron á la casa de Capiri y trajeron á éste, su mujer, y sus hijos, á los cuales interrogaron conjunta y separadamente. Todos declararon que el Padre dejó la casa temprano, cuando los últimos rayos del sol alumbraban todavía, y que debió entrar en el pueblo antes de la venida de la noche; que rehusó con insistencia la compañía de Capiri que se ofreció más de dos veces, asegurando que era inútil en un camino tan corto y tan seguro.

Los del pueblo dijeron á Capiri: — Tú has ocasionado la salida del Padre, y si éste ha perecido ó perece, lo pagarás con tu vida.

— Está bien — contestó Capiri, — dispondréis de mi vida si me encontráis justamente culpable de la muerte del Padre.

Capiri no era malo en el fondo y, á pesar de su carácter explosivo y arrebatado, amaba sinceramente al Padre.

IV.

Todo el pueblo estaba afligido, y la consternación y el pesar se hallaban pintados en los semblantes.

¿Qué había sido del Padre? era la pregunta que todos se dirigían, sin poderse contestar más que con presunciones, la mayor parte inverosímiles.

Entre éstas se comentaban, como aceptables y válidas, el asalto del tigre, el ataque de los Toromonas y el extravío en la selva.

—Pero—se decía,—es difícil que los tigres se acerquen tanto de día, y mucho más que se aventuren á salir á terreno descubierto y cultivado, escarmentados como están por las batidas efectuadas en el bosque que circuye la población, en las cuales se ha matado á muchos de ellos.

—No es admisible que los Toromonas se hubiesen abstenido de lanzar los alaridos y gritos que tienen de costumbre, al tomar una presa ó sorprender al enemigo, y que esos gritos no llegaran de tan corta distancia al pueblo.

—Lo más factible es que el Padre se haya extraviado en la selva; mas, ¿por qué causa dejó el camino de su casa para internarse en la selva á la caída de la tarde y arrostrando evidentes peligros?

Los capitanes del pueblo dijeron:—Basta de charla y de cálculos que en realidad á nada con-

ducen. Lo que importa es buscar al Padre y encontrarle vivo ó muerto.

Dividieron á los hombres disponibles en grupos de á diez, y ordenaron que cuatro de esos grupos explorasen las selvas cercanas en todos los puntos del horizonte, debiendo hallarse los demás listos á partir.

Se puso en obra inmediatamente lo ordenado. Fueron registrados los contornos descubiertos, y en seguida comenzó el examen de la selva.

Al cabo de dos horas se oyeron tiros de escopeta: era que las partidas se comunicaban su respectiva situación por medio de disparos.

En el pueblo se esperaba el resultado con gran ansiedad.

Á las tres de la tarde se presentaron los grupos exploradores unos tras de otros. No habían encontrado al Padre, ni indicios de su camino y paradero. Es cierto que el terreno en su mayor parte era pedregoso, y estaba endurecido á consecuencia del tiempo seco que se mantenía desde principios del mes.

Sin embargo, los que habían explorado el bosque del norte informaron que habían notado, en el suelo y en la hierba, señales, bien que leves y apenas perceptibles, del paso de un hombre; y añadieron, que en esa dirección debía buscarse al Padre, puesto que la morada de Capiri está al

occidente del pueblo, y la selva del norte es la más próxima al camino que traía.

Los capitanes y todos los demás convinieron en que así debía obrarse.

V.

La noticia del mal éxito de las exploraciones produjo triste efecto en los habitantes de Cavinas. La amargura rebosó de los pechos y el llanto reventó de los ojos: un pueblo amante y agradecido sentía y lloraba la ausencia y quizá la desgracia de su maestro y bienhechor.

Tan sinceros y espontáneos se manifestaban los ayes, los lamentos y las lágrimas, que se podía decir con la más estricta verdad, que el vecindario de Cavinas no se diferenciaba de la familia cariñosa y fiel que llora al jefe y padre solícito y bondadoso.

¡Las relaciones del alma, los lazos morales son tan queridos y tanto ó más fuertes que los de la sangre, á los cuales suplantan á veces con ventaja!

Los cavineños no gozaban de buena fama en punto á diligencia para el trabajo, sumisión á la autoridad y honradez en sus palabras y obras; pero, en medio de esos y otros defectos, profesaban respeto sincero y amor profundo al Padre, cuyo desinterés y abnegación en prodigarles todos los beneficios á su alcance confesaban y bende-

cían con más intensidad y efusión, ahora que columbraban el peligro de perderlos para siempre.

Los capitanes andaban indecisos sobre si las investigaciones en el bosque del norte se emprenderían desde luego, ó se dejarían para el siguiente día. El clamor general les impuso comenzar en el acto.

Se dijo con harta razón:—De un momento de tardanza puede depender la pérdida ó la salvación del Padre.

Dióse la consigna de que al cabo de una hora partirían todos los grupos, llevando consigo los útiles necesarios para pernoctar en la selva, y que un solo grupo quedase para la custodia del pueblo.

Así se efectuó. Á las cuatro ó poco más de la tarde, los cavineños se internaban por diferentes puntos en la selva del norte.

Los naturales del lugar, acostumbrados á la travesía constante de las selvas, tienen destreza singular para descubrir las señales y huellas del paso de un hombre ó de un animal.

Una rama de árbol torcida ó rota, una hoja doblada, la más ligera inclinación de la hierba que uno extraño á este ejercicio no repara ni puede reparar, les suministran datos seguros y precisos.

Aplicando su instinto, su habilidad y pericia, los cavineños descubrieron la parte por donde el Padre había penetrado en el bosque, y siguieron

su camino en una extensión como de quinientos metros.

El camino ofrecía pocas y cortas ondulaciones y se revelaba casi recto, terminando en sitio cubierto de hojas secas y poblado de copudos y gigantescos árboles.

Después de alguna investigación, encontraron la continuación de las huellas y no tardaron en perderlas totalmente. Explorando el contorno en todos sentidos, vieron que las huellas formaban un verdadero laberinto en un radio de doscientos metros.

No cabía duda, el Padre había perdido el rumbo dentro de ese radio, tomando una y otra dirección, volviendo sobre sus pasos, emprendiendo nueva ruta, para abandonarla en seguida por otra que le parecía más acertada, tocando varias veces los mismos puntos, en esa especie de mareo ó desconcierto que en la obscuridad de una habitación, aun bien conocida, suele impedir que uno encuentre la puerta, la ventana ó el objeto que busca.

El extravío en los grandes bosques es verdaderamente terrible y abrumador: toma las proporciones de la extensión del bosque y de los robustos y altos árboles que lo componen; la tristeza de la luz opaca filtrada al través de los espesos follajes, y del ruido seco y penetrante de las hojas y de

los gemidos del viento en las ramas; el miedo y la amargura de los mil peligros que surgen y parece que rodean al extraviado, dispuestos á destrozarle como á una presa segura.

En tal situación, el desaliento hiela el corazón y la sangre, sube á los grados del espanto y del terror, y produce el doloroso marasmo de la desesperación, que no se domina sino mediante el valor y la serenidad, tan necesarios en estas ocasiones.

Las huellas del Padre en el radio constituían una relación muda, pero elocuente, de sus esfuerzos, de sus ideas, de sus esperanzas y de sus desengaños: la lucha por la vida en un momento álgido de crisis suprema.

Buscaban los exploradores con sumo cuidado el lugar por donde las huellas salían del radio, sin conseguir su propósito, cuando Capiri descubrió parte de una pluma verde sobre el arranque de la rama de un cedro.

Trepó al árbol juntamente con otros. La pluma pertenecía á los loros grandes y estaba trozada por la munición; las hojas inmediatas se hallaban horadadas por los perdigones. No cabía duda, el Padre disparó allí contra unos loros.

Minuciosamente registrado el suelo, se reconocieron las señales de su camino hacia el occidente.

No tardó en venir la noche y los cavineños se dispusieron á improvisar su campamento.

VI.

Al otro día continuaron las investigaciones.

Las señales y huellas se perdían y volvían á parecer, desviaban con frecuencia al norte y al sur y á veces retrocedían al oriente, pero avanzando siempre al oeste.

El extraviado anhelaba salir del bosque. Los engaños y las decepciones no le desanimaban, é insistía en sus esfuerzos, sin renunciar á ellos por un instante.

Este conocimiento conmovió á los exploradores, cuyos ojos se arrasaron en lágrimas.

Siguiendo ellos las señales llegaron á las orillas del Madidi, y entonces acordaron la conveniencia de que algunas balsas remontasen el río.

Al medio día encontraron una víbora recién muerta; estaba su cabeza magullada á garrotazos. Era claro, el Padre pasó por allí y mató al animal que le interceptaba el camino ó trató de atacarle.

Los cavineños sentían cansancio y fatiga, mas no desaliento.

Las huellas indicaban que el Padre andaba errante en el bosque, sin poder acertar con el camino de salida, y por lo mismo emprendiendo

una dirección para luego abandonarla por otra nueva.

Los exploradores dieron grandes voces llamando al Padre, y dispararon las escopetas que llevaban: habían empleado este recurso desde el día anterior y seguían usando de él á intervalos.

El silencio sucedía á las voces y al ruido, y en algunas ocasiones la respuesta mofadora del eco.

Á la caída de la tarde se advirtió que los indicios de la marcha del Padre declinaban al sudoeste.

Se percibieron en seguida rugidos lejanos del tigre, y los cavineños se llenaron de estupor.

Ellos nada tenían que temer; eran muchos y estaban armados; pero el Padre pudo ser, ó corría riesgo de ser víctima de la fiera.

Avanzaba la noche. Trataron de buscar sitio despejado para pernoctar, y dieron en las orillas limpias y agradables de un arroyo.

Habían llegado á reunirse cinco grupos ó partidas, y esos cincuenta hombres sentían el peso de la tristeza y de la consternación.

En vista del mal éxito de sus labores y afanes, veíanse apremiados por la necesidad de recurrir á los auxilios del cielo.

Por un impulso unánime y espontáneo se arrodillaron devotamente en círculo, y cantaron la Salve.

La oración sencilla y ferviente en medio de la naturaleza salvaje del bosque secular, elevada á la Madre de los afligidos por almas abrasadas en el fuego del amor y de la gratitud filial, terminó con lágrimas y sollozos.

Aquellos pobres bárbaros, apenas civilizados, necesitaban llorar la suerte del sacerdote á quien debían tanto cariño y abnegación, y lloraron largamente....

VII.

El Padre Ambrosio, en la tarde del 9 de mayo, de regreso de la casa de Miguel Capiri, pasaba por el borde de la selva del norte, y vió unas hermosas palomas en la copa de un árbol.

El Padre se puso en actitud de cazarlas, pero las aves levantaron el vuelo y fueron á colocarse en otro árbol, á unos cincuenta pasos.

Aficionado á las palomas, el cazador las siguió, y ellas volvieron á huir á distancia más ó menos igual, siempre bosque adentro.

No queriendo perder el trabajo de haberlas perseguido, intentó el Padre acercarse tomando precauciones para hacer el menor ruido posible. Las aves huyeron nuevamente, y el Padre se empeñó en darles alcance.

La distancia no era grande, mas el Padre se entretuvo en algunos rodeos, á fin de llegar á sitio de donde el tiro fuese seguro.

Llegó al lugar deseado y juzgó inútil disparar, porque apenas distinguía á las palomas.

Faltaba luz, y la noche se precipitaba.

Entonces advirtió la imprudencia de haberse internado solo y á esa hora en el bosque.

Dióse prisa á retroceder y hubo de pararse un instante para calcular, temiendo equivocarse en el rumbo.

La obscuridad era casi completa, y el Padre se dirigió al sudeste, en vez de hacerlo rectamente al sur.

Después de haber caminado mucho sin lograr salir del bosque, se persuadió de que había errado la dirección.—Marchando al sud—pensó,—debí llegar al término del bosque á los ciento cincuenta ó doscientos pasos, que es lo más que penetré en persecución de las palomas.

Quiso volver al punto de partida, y desde ese instante se hallaba completamente extraviado.

Anduvo por una y otra parte á tientas y con las manos extendidas hacia adelante, para no chocar contra los troncos de los árboles.

No cejó en este afán casi hasta la media noche, animado por la esperanza de salir del bosque, sin embargo de que las probabilidades estaban en contra.

Rendido de fatiga, se refugió al pie de un árbol, donde felizmente pudo conciliar el sueño por efecto de su mismo cansancio.

Por la mañana se levantó, seguro de acertar con la salida, al amparo de la luz y de sus presunciones.

¡Vano empeño! no le fué posible orientarse por la vista del sol, ni por la dirección de sus rayos.

El follaje ocultaba el cielo, y éste apareció nublado.

Se vió enteramente desconcertado, y comenzó á perder la presencia de ánimo y la serenidad.

Después de vacilar, tomó un camino á la ventura y fué el del occidente.

Á poco rato hizo fuego con mal éxito á una tropa de loros.

Avanzó, á su parecer, como dos mil metros y volvió sobre sus pasos: ésa no podía ser la dirección del sur.

Se acercaba el mediodía, y sentíase mortificado por el hambre.

Buscó frutas silvestres y por suerte encontró una especie de bananos, llamados *lluchos* en la provincia de Yungas, con los cuales satisfizo en algo su necesidad.

Para coger los lluchos, cuyo árbol es muy elevado, hubo de emplear mucho tiempo y trabajo en sacudirlos repetidas veces hasta conseguir que se desprendieran los frutos maduros.

Estos esfuerzos le obligaron á tenderse, sobreviniéndole una especie de letargo intermitente é intranquilo.

Disipado el letargo y reflexionando acerca de su triste situación, se dijo: — Mis cavineños me buscan, sin duda, no puede ser de otra manera. Haré el ruido que pueda; quizá logre llamar su atención.

Se trasladó á diversos puntos y dió grandes voces: — ¡Aquí estoy! ¡á mí, hijos míos! ¡socorro! ¡amigos míos!

Hizo también varios disparos con su escopeta, y todo en vano; no obtuvo ningún resultado. El silencio de la selva se mantenía solemne, imponente, amenazador.

Se acercaba el término del día y volvió á emprender su marcha errante, tomando esta y la otra dirección, andando y desandando su camino.

La perturbación mental producida por la soledad de los bosques, mayor es y más abrumadora que la de los desiertos limpios y arenosos.

En las selvas las filas ó grupos de troncos, los follajes, las hojas, el suelo parecen iguales: el criterio se embota, la facultad analítica sucumbe bajo la acción del aturdimiento y del miedo.

El Padre Ambrosio se encontró al cerrar la noche en el mismo punto en que se tendió durante el día, sin poder resistir al sopor enfermizo que embargaba su organismo.

Allí se quedó, sintiendo amargura y aun despecho de permanecer en tal lugar.

Cuando comenzaba á dormitar percibió un ronquido especial, y se levantó como impulsado por un resorte.

Iba á llamar, pero se detuvo temiendo apresurar el peligro que columbraba.

¿Quién producía esos ronquidos?

Indudablemente un animal dormía por ahí cerca: quizá un oso; quizá un tigre.

Espantado por esta idea, intentó huir, pero en su atolondramiento tropezó y cayó sobre las hojas secas, haciendo un ruido fuerte y seco.

La obscuridad no le permitía andar con paso seguro, y pensó que otra tentativa para alejarse le traería nuevas caídas, cuyo estrépito despertaría al animal.

Además no pudo determinar el sitio de donde venía el ronquido; pues éste, á consecuencia de una extraña ilusión, se le figuró sonar en varios puntos del contorno sucesivamente, sugiriéndole la posibilidad de entregarse al peligro por la misma ansia de evitarlo.

Se mantuvo en quietud y silencio, resignado á lo que sobreviniera y también á la muerte.

El Padre Ambrosio se consideraba perdido, y se encomendaba á Dios con todo el poder y el fervor de su alma.

Despertando la fiera y olfateándole, de seguro que se lanzaría sobre él.

Para cualquier caso, arregló la escopeta y requirió el bastón, que era de solidez probada.

Y el ronquido seguía crispándole los nervios, y sonando en sus oídos como voces de amenaza, como notificaciones repetidas de sentencia de muerte.

No pudo dormir. La angustia de lo incierto y la dolorosa expectativa de un asalto repentino ahuyentaron el sueño, sin embargo de que su quebrantado cuerpo harta necesidad sentía de un poco de reposo.

La noche se alargaba á medida del ansia ardiente con que deseaba el día.

Pero la naturaleza no renuncia sus derechos; y al acercarse el alba, el Padre Ambrosio se durmió profundamente.

Cuando se despertó sobresaltado, algunos rayos del sol penetraban al través de las frondosas copas de los árboles.

Á pesar de la debilidad procedente de su abatimiento moral y físico, se levantó haciendo grandes esfuerzos, y trató de abandonar el paraje donde le cupo pernoctar en medio de indecible tortura.

Apenas había andado diez metros, cuando oyó el sonido del cascabel de la víbora; y era una enorme que á tres pasos de él se desensortijaba poniéndose en actitud de saltar.

Quedó al verla helado de espanto y de terror, y comprendió los ronquidos de la noche anterior.

La serpiente tenía enhiesta la cabeza, y le miraba con ojos feroces y encendidos; pero en el Padre el instinto de conservación y defensa predominó sobre el terror.

Avanzó resueltamente y le asestó un feliz garrotazo en la cabeza y luego otros, matándola por completo.

Experimentó en seguida la reacción de su debilidad y de su miedo.

Los ojos se le ofuscaron, el cuerpo le temblaba y le fué preciso apoyarse en un árbol para no caer.

VIII.

Rehecho algún tanto, no pensó más que en alejarse de allí, ó mejor dicho, en huir.

Marchó al acaso, sin preocuparse de la dirección. Su deseo consistía en ir lejos, muy lejos de un sitio en que corrió el riesgo de sufrir una muerte horrible.

Caminó siempre, caminó sin parada ni descanso, poseído de una especie de vértigo de movimiento.

Mas al fin se vió obligado á moderar el paso á causa de la fatiga que le sobrevino de improviso, y la que su excitación nerviosa pudo disimular ó contener hasta ese momento.

Volvió la serenidad á su inteligencia y á su corazón, y con ella la facultad de sentir el imperio de las necesidades físicas.

Tenía grande hambre, tenía mucha sed, y al mismo tiempo extrema debilidad.

Vehemente estímulo de tenderse en el suelo le aguijoneaba, y por un acto enérgico de voluntad resolvió continuar su camino, arrastrándose, en cierto modo.

Una tropa de monos grandes y negros le salió al encuentro, chillando de una manera ensordecedora.

El bosque abunda en estos animales, que son de varias clases, colores y tamaños.

Los grandes y negros de facha feísima, son llamados generalmente monos salvajes.

El Padre no quiso tirar contra ellos, temiendo que irritados le acometiesen.

Los monos le acompañaban saltando de un árbol á otro, y divirtiéndose en arrojarle pequeñas ramas y puñados de hojas.

Algunos se atrevían á correr por el suelo delante de él, ejecutando contorsiones y cabriolas, y el Padre los dejaba hacer, sin interrumpir su difícil y fatigoso camino.

En medio del estrépito de los movimientos y gritos de los monos, creyó percibir confusamente voces lanzadas á distancia, y las atribuyó á ilusión y quimera de sus sentidos enfermos.

Los monos le siguieron como dos horas, acabando por alejarse hacia la derecha.

Declinaba el día. Al cabo de penosísimos esfuerzos consiguió llegar á una cristalina corriente de agua, de la que bebió con ansia y placer.

Confortado con el refrigerio, buscó lugar conveniente para sentarse y lo hizo al pie de un alto y copudo laurel.

Trató de coordinar sus ideas reflexionando sobre su abandono y su destino, cuando llegó á escuchar los rugidos del tigre....

IX.

Al rayar el día los cavineños bajaron siguiendo la corriente del arroyo para continuar las exploraciones en el bosque.

Anduvieron como unos dos mil metros, cuando divisaron dos tigres.

Éstos, que habían sentido la marcha de los que se aproximaban, hallábanse parados y con la vista fija hacia la parte de donde procedía el ruido.

Los cavineños se alinearon un momento y dispararon sus escopetas y sus flechas.

El tigre más grande, acribillado de balas y de dardos, dió un enorme salto de frente y cayó de bruces. Estaba mortalmente herido.

El otro, que fué también blanco de muchos dardos, emprendió la fuga.

Los cazadores querían perseguirlo. Los capitanes los detuvieron, diciéndoles: —Dejadle, no tardará en ser nuestro.

Luego precipitáronse todos para contemplar á la fiera muerta.

Y se detuvieron de repente, arrojando un grito de espanto y de horror.

Estaban como clavados en el sitio.

Una osamenta y unas entrañas en el suelo eran señales reveladoras.

—¡El Padre ha sido devorado! — exclamaron, con dolor indecible.

—¡Dios santo! ¡Es posible! —dijo Capiri.—Pero cerciorémonos.

Avanzaron hacia las víctimas, y recobraron la serenidad y la esperanza.

El devorado no era el Padre, sino un chancho del monte, un jabalí.

—¡Aquí hay huellas! ¡las huellas del Padre! gritaron algunos.

En efecto, en la arena húmeda de la ribera estaban muy claramente marcadas esas huellas.

Las siguieron hasta el pie del laurel, donde encontraron el bastón y la escopeta.

Alzaron la vista y descubrieron al Padre entre el follaje, tendido sobre unas ramas atravesadas.

—¡Padre! ¡Padre! —le llamaron todos.

El Padre no se movió ni respondió.

—Que se haga una escala — ordenaron los capitanes.

Mientras tanto, ellos subieron al árbol, tentaron al Padre las sienes y el pulso, y exclamaron con voz de júbilo:

—¡Ánimo, hermanos! ¡el Padre vive! La escala, pronto la escala!

No tardó en arreglarse ésta. Los más listos cortaron dos palos fuertes con sus hachas, y aseguraron los travesaños por medio de lianas resistentes y flexibles, que en estas regiones tienen el nombre de *moras*.

Arrimando la escala al laurel, descendieron al Padre con el mayor cuidado, y le pusieron sobre unas mantas tendidas en el suelo.

Frotáronle las sienes, el pecho y los brazos con aguardiente de caña, que también le hicieron tragar en pequeñas porciones.

El Padre volvió en sí, y todos los cavineños le rodearon con el mayor cariño, besándole las manos repetidas veces.

Capiri se mostraba más fervoroso que todos.

En este momento llegaron los balseros á tomar parte en la sincera alegría general.

Dijeron que habían subido algunas leguas del Madidi, registrando ambas orillas sin resultado alguno; que de regreso y al pasar por la desembocadura del arroyo, escucharon ruido y voces, y que,

dejando las balsas, subieron con la esperanza de encontrarlos.

Añadieron que el mejor modo de llevar al Padre sería el descenso en balsa por el río, y que del lugar al Madidi apenas distaban mil quinientos pasos.

Todos confirmaron que el río era el mejor camino para el Padre.

Éste pidió de comer con gran insistencia.

—Espera un poco—le contestaron sus feligreses,—te estamos preparando caldo de palomas.

En efecto le dieron caldo de palomas, primero en pequeña porción, que aumentaron sucesivamente á intervalos de una hora. Precaución sugerida por la experiencia, á fin de no provocar la indigestión en un estómago debilitado.

X.

Á eso de las dos de la tarde y cuando creyeron que el Padre tenía ánimo y fuerzas, le transportaron al Madidi, embarcándole luego en la más cómoda de las balsas.

Éstas recorrieron en una hora el camino de dos leguas de bajada hasta el lugar llamado Puerto de Cavinas.

Aquí descansaron una media hora, durante la cual el Padre refirió á sus amigos todo lo que

le había ocurrido desde la tarde del nueve, en que penetró en el monte.

—Los rugidos del tigre—continuó,—eran una amenaza de muerte en mi situación.

La fiera podía presentarse de un momento á otro, y urgía buscar un medio de salvación, buscar siquiera un refugio.

Juzgué imposible la fuga por carencia de fuerzas, y además de muy dudoso éxito.

Me fijé en el laurel y decidí esconderme en el ramaje. No había tiempo que perder.

Conseguí encaramarme al cabo de repetidas pruebas, para las que me dió ánimo y brío la evidencia del peligro.

Una vez en la copa, me acomodé lo mejor y más seguramente que pude.

En esto percibí el ruido de pisadas leves y precipitadas.

¿El tigre? No. Era una familia de jabalíes, compuesta de uno grande y colmilludo, otro mediano y tres jabatos.

Los animales husmearon en varias direcciones levantando los hocicos.

Bebieron en el arroyo y en seguida se dieron prisa á partir, mas viéronse sorprendidos por el enemigo.

Dos tigres se presentaron súbitamente.

La jabalina y sus hijos huyeron, y el jabalí se quedó para proteger la retirada de los suyos.

Intentó huir á su vez, y uno de los tigres le cortó el paso, mientras el otro le acosaba por delante.

El jabalí, erizadas las cerdas del pescuezo y del lomo, bufando ronca y atropelladamente, se lanzó contra el enemigo, y entonces el primer tigre le desgarró las ancas por detrás.

Privado de movimiento el cerdoso animal, con el vientre en tierra y apoyándose en las patas anteriores, arrojaba fuertes y agudos berridos.

El zarpazo le desarticuló, sin duda, los huesos terminales de la columna vertebral.

Los tigres le contemplaban meneando las colas y rodeándole á cierta distancia.

Cuando estuvo silencioso ya, inerme y tendido, hicieron presa en él.

Penetrado de horror me decía tristemente: «Me llegará el turno.»

Los tigres, hartos de carne, hicieron una exploración en contorno, manifestando señales de inquietud.

Sentían quizá mi presencia sin alcanzar á descubrirme.

Acabaron por tenderse en el suelo.

Pronto anocheció y la obscuridad me separó, por decirlo así, de la presencia de los felinos.

Tan fuertes emociones, el quebranto moral y la extenuación física agotaron mi energía.

Se me hizo muy pesada la cabeza; me parecía que el árbol y el bosque comenzaban á girar, y perdí el conocimiento.

. . . .

Lo recobré esta mañana, mediante vuestra solicitud y vuestros cuidados.

¡Gracias, hermanos y amigos míos! ¡Gracias, hijos míos!

XI.

Los cavineños le escucharon con interés creciente, haciendo exclamaciones sofocadas y señales mudas de admiración, y sin atreverse á interrumpirle.

El Padre valía más á sus ojos por lo mismo que acababa de correr tantos peligros, y estuvieron ellos á punto de perderle.

Le llevaron como en triunfo á Cavinas, entrando en la población en la tarde del mismo día.

Los habitantes, y especialmente las mujeres y los niños, le recibieron con gran alborozo.

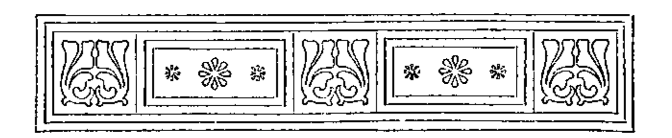
Miguel Capiri, á quien le reprocharon ser causa de la desaparición del Padre, mostraba gran alegría y entusiasmo por su encuentro y regreso al pueblo.

El pobre hombre se reconocía culpable, aunque indirectamente.

Sufrió un terrible sacudimiento moral con tal motivo, y tomó la resolución firme de enmendarse.

Manifestó su propósito ante el Padre y los capitanes, pidiendo que se le concediera volver al pueblo con su familia.

Obtuvo el permiso, y pudo tanto su buena voluntad, que fué en lo sucesivo un excelente vecino.



ET INCIDIT IN FOVEAM, QUAM FECIT.

I.

LA ciudad de La Paz se hallaba en grande agitación el 23 de septiembre de 1814.

Cuatrocientos infantes cuzqueños y ocho cañones, al mando del Coronel Pinelo y del renombrado Cura Dr. Ildefonso de las Muñecas, amagaban la población desde el alto de *Munaypata*, donde acamparon en la tarde del 22.

El General de Brigada, Marqués de Valde-Hoyos, Gobernador Intendente de la ciudad, era un español de antigua chapa, como suele decirse: fiel á su patria y á su rey, honrado y pundonoroso; y tan nobles sentimientos se albergaban en su pecho al lado de ciertos excesos de celo, que muy bien podrían considerarse como ultrajes á la justicia y á la humanidad.

El señor Marqués odiaba á los patriotas, quienes, en su concepto, no pasaban de ser extraviados é ilusos, ó traidores, rebeldes y criminales ante el rey y las leyes establecidas, y este sentimiento tenía en su alma la misma ó mayor inten-

sidad que su amor á la causa real y al decoro de su bandera.

Un hombre de estas dotes y de este temple es de suponer que habría de poner todo el empeño posible, y aprovechar todos los recursos á su alcance, á fin de impedir que los invasores cuzqueños se apoderasen de la ciudad de su mando.

Y así lo hizo en efecto.

Tenía doscientos soldados y organizó un número igual de paisanos españoles perfectamente armados, los cuales se hallaban resueltos á defender la plaza á todo trance.

Mandó cerrar con fuertes trincheras las esquinas de la plaza y las bocacalles de una cuadra en contorno, de manera que en realidad cada una de las calles de entrada tenía dos barricadas, y éstas alcanzaban al número de dieciséis.

Los cañones servibles fueron convenientemente distribuídos y emplazados en las barricadas y en los puntos más dominantes.

Soldados y paisanos en armas guarnecieron proporcionalmente todas las barricadas.

Se aguardaba el ataque de los cuzqueños de un momento á otro; sin embargo, éstos permanecían en su campamento, al parecer muy quietos y sosegados.

Al señor Gobernador Intendente le sobraban razones para no hallarse tranquilo.

Sabía que los cuzqueños de la expedición estaban prestigiados por la fama de valientes y decididos en el combate, y que sus jefes mostraban valer, en inteligencia y previsión, tanto como los mejores militares españoles.

Los cuzqueños habían entrado sin resistencia en Puno, donde aumentaron sus filas, se equiparon y municionaron abundantemente, favorecidos por las simpatías y el apoyo del vecindario. Batieron las compañías que guarnecían el desaguadero, mandadas por el Coronel Don Joaquín Revuelta, el cual huyó hasta La Paz, abandonando su artillería y almacenes provistos de municiones de boca y de guerra.

Valde-Hoyos reconocía con harto despecho que estos triunfos parciales aumentaban el renombre de los enemigos, y los peligros de la ciudad que contra ellos tenía que defender.

Por otra parte, los invasores contaban en todo el país y en la misma ciudad con numerosos partidarios, especialmente en las clases bajas, dispuestos siempre á prestar cooperación activa y á luchar aun sin armas.

Las tropas realistas se hallaban bien lejos, al sur, en Tupiza, al mando del General Pezuela, de manera que La Paz, sin esperanza de socorro alguno, debía sólo atenerse á sus propias fuerzas para resistir y vencer á un enemigo resuelto y osado.

El Gobernador Intendente conocía la situación, y aunque motivos suficientes le asistían para temer, no por eso dejaba de mostrar en público y á los suyos semblante alegre y la más completa confianza en la victoria.

En privado el señor Marqués no cuidaba de refrenar su impaciencia y mal humor, los cuales pesaban sobre los hombros de su ayuda de cámara, mocetón asturiano, llamado Juan Arredondo.

II.

El señor Marqués guardaba algo que no comunicaba á nadie; meditaba algún plan que le absorbía al extremo de encerrarse en su habitación y dar largos paseos, pronunciando palabras sueltas é incoherentes.

Hacía esto por veces delante del ayuda de cámara, cuya presencia olvidaba en fuerza de su preocupación, y al volver en sí lo echaba fuera, lanzándole apóstrofes duros y ultrajantes.

Apenas hacía un año que Juan Arredondo residía en América, y ocho meses que servía al Marqués de Valde-Hoyos.

Rayaba en los treinta años: de mediana estatura, cargado de carnes, ancho de pechos y espaldas y de enorme cabeza poblada de cabello rojo; pero lo que más llamaba la atención era su risueña cara, desprovista de pelo de barba y ador-

nada de grandes ojos, de nariz casi chata y de mejillas redondas y coloradas.

Sus amigos solían llamarle Juan Redondo, abreviando el apellido y haciéndole más propio para designar su persona.

Juan había sido durante quince años sacristán de la iglesia de su pueblo, y repetía con frecuencia frases latinas del rito. Conservaba en la memoria el Oficio de Difuntos, y en especial los Maitines llamados comúnmente Vigilia. Encariñado de las palabras *Et incidit in foveam, quam fecit* del Salmo 7º, solía decirlas con énfasis, siempre que á su parecer venían á cuento.

El honrado y leal Juan Arredondo amaba al Marqués, cuya generosidad, nobleza y porte caballeresco le inspiraban admiración y respeto.

Juan no lucía por el valor, mas eso no impedía su propósito de llevar hasta el sacrificio su fidelidad á su patrón y á la causa real.

El Marqués había hecho depositar en el piso bajo de las principales habitaciones del cabildo muchos barriles de pólvora, alegando la seguridad de este artículo tan necesario en la guerra.

Juan Arredondo, que, como hemos dicho, no era muy valiente, comenzó á temer por su seguridad y la del Marqués, y abrió las puertas de sus temores y recelos por las que daba entrada

á imaginaciones y fantasías á cual más funestas, que no le dejaban sosegar.

Sus temores y recelos se agrandaban en la noche y afectaban formas sombrías y horribles, de manera que, revolviéndose por uno y otro lado en el lecho, apenas conseguía dormir.

Los barriles de pólvora no se le quitaban de los ojos: una mala intención, una casualidad, una negligencia podían incendiarlos, y entonces volaría el edificio sepultando en sus ruinas á él, al Marqués y á todos los que le habitaban.

Tal influjo ejercieron los temores en Juan Arredondo, que perdió su alegría, y aun el rojo subido de sus mejillas degeneró en rosa muy bajo.

No podía más el pobre hombre con la abrumadora obsesión de los barriles, y creyó su deber de criado fiel, creyó deber de conciencia hablar francamente al señor Gobernador Intendente del peligro que él mismo y todos los suyos estaban corriendo por momentos.

La cosa era atrevida, quizá temeraria, pero Juan estaba resuelto á todo.

Una tarde que el Gobernador Intendente se hallaba solo y paseando en su despacho, Juan juzgó oportuna la ocasión y le dijo:

—Señor, perdone S. S. que le hable.

—Habla, hombre, habla.

—Ya sabe S. S. que soy receloso.

—Cobarde, más claro. Lo sé, no tienes que decírmelo.

—Los barriles de pólvora del piso bajo...

—¿Y qué tienes que ver con los barriles de pólvora del piso bajo?

—Son un peligro para S. S. y para todos los que habitan en el cabildo.

El Marqués se paró bruscamente, fijó sus ojos centellantes en Juan, y exclamó:

—¿Qué estás diciendo, imbécil?

—Si causo enfado á S. S., me callaré.

—No, explícate. Te lo mando.

—Señor, una casualidad, un incidente que incendiase la pólvora...

—Una casualidad, un incidente—le interrumpió el Marqués, repitiendo maquinalmente las palabras.

—Seríamos víctimas todos, cumpliéndose quizá el versículo del Salmo 7: *Et incidit in foveam quam fecit.*

El Marqués volvió de la especie de embebecimiento en que había caído, y dijo con acento vibrante:

—¡Basta! se conoce tu cepa de sacristán por tu afición á los latines.

—Señor, mi interés por S. S....

—Ahora escúchame y entiéndeme bien, y acabemos. Te prohibo temer los barriles de pólvora, pensar en ellos y mucho más hablar con nadie del asunto.

—Así lo haré, señor.

—De lo contrario, te mando ahorcar como á mal español y traidor al rey.

III.

Juan Arredondo, al retirarse de la habitación, pensó:—No cabe duda, el señor Marqués abriga algún proyecto con los barriles de pólvora—quebrantando, desde luego y sin poderlo remediar, el precepto de no acordarse de los barriles.

En efecto, el Marqués, inmediatamente de saber que los cuzqueños se dirigían á La Paz, mandó colocar los barriles, y con el mayor secreto, adaptar la guía en una canal cubierta, cuyo principio estaba perfectamente disimulado.

Esto último nadie, fuera de él, sabía en la ciudad, porque hizo venir del partido de Larecaja un albañil y un peón, los cuales ejecutaron, bajo su personal dirección, el trabajo en alta noche, y fueron compelidos en el acto á tomar el camino de su domicilio.

El 23 de septiembre por la tarde, el Gobernador Intendente habló en sitio reservado con un artesano español.

—Me han informado que eres bueno y leal, y te hice buscar.

—Aquí me tiene S. S.

—¿Cómo te llamas y qué oficio tienes?

—Mi nombre es Domingo Girones y soy zapatero.

—¿De cuál provincia y ciudad procedes?

—De Castilla la Vieja y de Logroño.

—¿Amas á tu patria y á tu rey?

—Estoy dispuesto á dar la vida por ellos.

—¡Bien! se conoce en eso tu sangre española. En nombre de tu patria y de tu rey te voy á imponer un servicio que exige absoluto silencio y grande prudencia.

—Mande S. S.

—En el caso improbable y desgraciado de que los enemigos ocupen la plaza y el cabildo, encenderás la guía de una mina que yo mismo te mostraré. ¿Lo harás?

—Lo haré, señor Marqués.

—¿Y no pides nada en recompensa?

—Nada, puesto que es en servicio de España y del rey.

—Así me gustan mis bravos y fieles compatriotas. Aquí tienes ocho onzas de oro.

—Señor Marqués, yo no recibo paga.

—No es paga. Es un obsequio, por lo mismo que nada pides.

—¿Y si no pudiese hacerlo, á pesar de toda mi voluntad?

—Por ejemplo, si te encierran prisionero, ó te hieren, ó te matan en el combate... si tal sucede,

el servicio se considera como prestado, y nada dejas á deber.

—Sea como lo dice S. S.

—Después de encender la mecha dirás en voz alta: *¡volcán!* para que yo oiga y entienda, si puedo.

—Perfectamente. Quede tranquilo S. S.

—Por último, debo advertirte, á fin de que nada falte á nuestro concierto, que si, por negligencia ó traición, se descubre el secreto, arriesgas la cabeza.

—Afianzo sin vacilar con la cabeza mi vigilancia y fidelidad.

Al retirarse Girones, el Marqués se decía:—Si algún obstáculo invencible se opone á que la guía se encienda, claro es que no debe hacerse, y es preciso resignarse.

La intención del Gobernador Intendente era hacer volar á los enemigos victoriosos. El terrible propósito ¿se halla en los términos de las hostilidades permitidas en la guerra, ó pasa al terreno de la perfidia y de la alevosía?

No trataremos la cuestión, que nos parece harto obscura y compleja, limitándonos á observar que las pasiones humanas excitadas por la guerra, y especialmente por la guerra civil, producen efectos horrosos.

IV.

En la madrugada del 24, los cuzqueños dejaron su campamento de Munaypata, dirigiéndose al río *Choqueyapu*, que atraviesa la ciudad de noroeste á sudeste. El río llevaba muy poca agua, á causa de la estación seca, y su lecho, bien que con dificultad, podía transitarse. Los cuzqueños descendieron por él, llevando en peso los cañones, hasta llegar á campo abierto, y en seguida, tomando al norte y venciendo la pendiente con esfuerzos de valor y constancia, situáronse en el alto de Santa Bárbara.

El Gobernador Intendente dejó hacer á los enemigos, que le sorprendieron con la brusquedad y rapidez de su movimiento. Además, no creyó prudente aventurar un combate, renunciando á la ventaja de las trincheras ó barricadas, ni abandonar un instante la plaza, que podía ser ocupada por el pueblo, aliado y favorecedor de los invasores.

El alto de Santa Bárbara dominaba la zona oriental de la ciudad, y los cuzqueños, una vez dispuestos sus cañones, comenzaron á tirar contra las trincheras de la esquina de la Merced.

No tardó en arreciar el combate. Los cuzqueños atacaron vigorosamente y los españoles se defendieron con gran valor y serenidad. Los tiradores

que llenaban la barricada hacían fuego nutrido, perfectamente secundados por los de las ventanas de toda la calle y aun del cabildo. Los atacadores, imposibilitados para avanzar al descubierto, ocuparon algunas ventanas de las casas inmediatas al sitio en que estaban, y pudieron proteger la marcha de una columna que logró situarse en la torre de la iglesia de la Merced.

Con esta ventaja y cuando los cañones hicieron un gran portillo en la barricada, los cuzqueños la asaltaron y se apoderaron de ella. Trajeron los cañones del alto de Santa Bárbara, y resguardados por las paredes de la misma barricada, principiaron á batir la de la esquina de la plaza. El Gobernador Intendente en vano quiso reconcentrar en su defensa la fuerza toda ó la mayor parte de la que tenía á sus órdenes. No se podían abandonar las demás trincheras, á las cuales mantenían en alarma el fuego incesante de pequeños pelotones de diez á quince hombres.

Los cuzqueños derribaron á cañonazos la trinchera de la esquina del cabildo, y en seguida penetraron casi sin resistencia en la plaza, á las dos de la tarde. La lucha duró cerca de tres horas, y como en toda lucha armada, se derramó bastante sangre. Las barricadas, la calle y aun algunas ventanas se hallaban llenas de cadáveres y heridos de los dos bandos.

El Gobernador Intendente y los jefes que habían caído en poder de los vencedores, fueron conducidos á las habitaciones principales del mismo cabildo.

V.

El Marqués de Valde-Hoyos se hallaba dominado por una agitación extraordinaria: paseaba, se detenía, tomaba asiento, y repetía lo mismo, sin encontrar sosiego.

Sus compañeros extrañaban esta conducta en un hombre serio, grave y metódico hasta en sus movimientos. Uno de los más caracterizados le dijo:

—El señor Marqués ¿siente alguna indisposición?

—¿Qué más indisposición que nuestra suerte de vencidos y prisioneros?

—¡Vencidos y prisioneros! Cierto, mi General; pero eso no depende, ni ha dependido de nosotros, que juzgo hemos hecho todo lo posible para triunfar.

—Tiene Vd. razón, señor Coronel, y sin embargo no puedo disimular la angustia... que me oprime, pensando en los que me rodean y en mí mismo.

—Cálmese, señor Marqués. Estamos resignados al destino que Dios nos depare—dijo otro de los presentes.

—¿Calmarme? ¡Oh! ¡no!...

En aquel momento asomaba á la puerta el Capitán de la guardia de los prisioneros.

—He aquí la ocasión—añadió el Marqués—de tentar un medio.

Y avanzando hacia el Capitán: —Señor Capitán —dijo,—¿querría Vd. hacer el favor de oírme una palabra?

—Me tiene á sus órdenes, señor General—respondió el Capitán, inclinándose.

—¿Podría Vd. mandar que busquen al zapatero Diego Girones? Necesito verlo con urgencia.

—Muy difícil lo veo, por no decir imposible, señor General. Vd. sabe que soy extraño en La Paz, y apenas conozco una que otra persona.

—¡Señor Capitán! ¡le he dicho que hay urgencia, urgencia! ¡Y eso importa á las personas que están aquí, á Vd. mismo, á todos!...

El Capitán miró con sorpresa al Marqués, y exclamó:

—¿Á mí mismo? ¿á todos?... Desgraciadamente, señor General, no puedo faltar á mi deber. Los prisioneros se hallan incomunicados. Vd. sabe lo que es la consigna.

—De modo que...

—Me es sensible no complacerle.

El Gobernador Intendente, Brigadier General, Marqués de Valde-Hoyos, volvió tambaleando, como un ebrio, al fondo de la habitación y se dejó

caer en un sitial. Así permaneció inmóvil, con los ojos fijos y en un estado semejante á la estupidez.

Sus compañeros le observaban con admiración y curiosidad.

En aquel instante se oyó que una voz clara, fuerte y sonora gritaba en la plaza y frente al cabildo: *¡Volcán!*

El Marqués se levantó de un brinco, y recorría la habitación diciendo á voces: —¡Encomendaos á Dios! ¡Arrepentíos de vuestras culpas! ¡En este instante morimos todos! ¡Creedme, os digo la verdad!

Los circunstantes se quedaron estupefactos, sin acertar con el partido que debían tomar.

El más animoso y sereno de entre ellos exclamó—¿Qué es esto? El Marqués ha enloquecido repentinamente....

Y en efecto, lo que hacía y decía el Marqués se asemejaba mucho al resultado de una enajenación mental.

En tal situación se presentó Don Juan Manuel Muñecas, que saludó á los presos y preguntó por el Marqués, á quien venía á ofrecer sus servicios.

Éste le vió y se lanzó hacia él, le condujo á un ángulo de la habitación y le habló en voz baja, pero con ardor extraordinario.

Después de escuchar al Marqués, Don Juan Manuel salió disparado de la habitación.

El Marqués permaneció en el sitio, dando en su fisonomía señales de zozobra y de angustia.

Se acercaron algunos preguntándole el significado de lo que estaba pasando; pero el Marqués se mantuvo en silencio y no quiso responder.

Al cabo de cinco minutos, volvió Don Juan Manuel Muñecas, y dijo al Marqués desde la puerta: —¡Señor Marqués! ya está; recobre Vd. la tranquilidad.

Todos se volvieron al Marqués, interrogándole con los ojos.

El Marqués dió un gran suspiro, como para aliviar su pecho de una enorme opresión, y dijo: —Señores, la misericordia de Dios, mediante la buena voluntad de Don Juan Manuel Muñecas, nos ha salvado de un inminente peligro, en que todos hemos estado á punto de perecer. Os ruego que no me preguntéis nada, porque nada más puedo decir.

En efecto, Don Juan Manuel Muñecas, habiendo escuchado la revelación del Marqués, logró cortar á tiempo la mecha de los barriles de pólvora encendida por Domingo Girones.

Don Juan Manuel, hermano del Cura Muñecas, tuvo la hidalguía de no revelar el secreto de la mina que debía volar el cabildo, y se limitó á sugerir la conveniencia de la inmediata traslación de los barriles de pólvora al cuartel de la tropa.

Los barriles fueron llevados al cuartel el día 26, y luego el Marqués de Valde-Hoyos y también sus compañeros de prisión.

VI.

Cuando Domingo Girones gritó: *¡Volcán!* un oficial cuzqueño, que se encontraba junto á él, le interpeló vivamente diciendo: —¡Hombre! ¿á qué viene eso?

Domingo Girones comprendió el peligro á que se exponía, y fingiéndose borracho, exclamó: —¡Volcán... de fuego es la guerra!

El oficial se encogió de hombros, pronunciando estas palabras desdeñosamente: —Vaya con la filosofía del aguardiente.

Domingo Girones se puso en salvo desocupando en el acto la plaza.

Juan Arredondo estuvo preso en el cuartel de los cuzqueños, pero el 25 recobró la libertad, á causa de su carácter inofensivo y de sirviente privado del General, Marqués de Valde-Hoyos.

Juan Arredondo se puso inmediatamente á las órdenes de su patrón.

El día 28, á las nueve de la mañana, asomaba al cuartel de la tropa, situado en el costado norte de la plaza y frente al cabildo, llevando el desayuno para el Marqués, cuando voló el cuartel con es-

pantoso estruendo, sepultando en sus ruinas á los presos españoles y á los soldados cuzqueños.

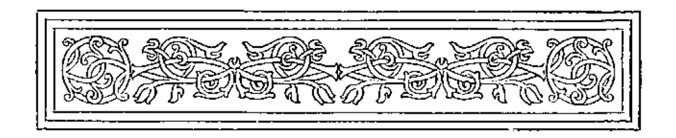
El depósito de pólvora se había incendiado. La casualidad ó la mano criminal que produjo la catástrofe permanece aún en la sombra del misterio.

Juan Arredondo se hallaba á doce pasos de la puerta en el momento preciso de la explosión, y sintióse violentamente arrojado de espaldas á cinco de distancia.

Á pesar del aturdimiento del golpe, hizo esfuerzo para incorporarse, y vió que una polvareda espesa llenaba la plaza y que ardían los escombros de la techumbre del cuartel.

Entonces se puso de rodillas y, con lágrimas en los ojos, exclamó dolorosamente: —¡Dios eterno! ¡el Marqués ha perecido: mis temores presentían de manera invencible su desgracia! *Et incidit in foveam quam fecit!*

Al siniestro del cuartel siguió la horrible matanza de los españoles, conocida con el nombre de *Matanza del 28 de septiembre*, cuya relación aquí no entra en nuestro propósito.



POR LA CAPA Y NO POR LA VACA.

I.

SE cuenta que á mediados del siglo XVIII había en el pueblo de Sicasica un corregidor[1] que, en punto á justicia y en lo que atañe al cumplimiento del deber, no condescendía con nadie, dando así cumplida honra al nombre de Justo Severón que llevaba.

Don Justo frisaba en los cuarenta años de edad, era honrado sin ostentación, gobernaba suave y rectamente á su familia, y entre las virtudes cristianas que practicaba, solía poner especial esmero en la caridad.

No pocos chascos, y algunos bien desagradables y dañosos á su bolsillo, hubo de experimentar con tal motivo; porque, conocida su inclinación á favorecer á los pobres y desvalidos, el espíritu de embuste y de engaño llegó á explotar malamente su beneficencia.

Después de cada uno de estos percances de equivocación ó de error de su parte, hacía pro-

[1] Especie de alcalde ó gobernador del lugar.

pósitos, no de negarse á la caridad, sino de ser más precavido en adelante; pero caía siempre en las trampas de los infelices fingidos y contrahechos.

Los corazones buenos son generalmente crédulos y fáciles de alucinar.

No faltó ocasión en que estuvo á riesgo de perder la paciencia, y entonces, pasado el primer momento de exaltación, se calmaba diciéndose filosóficamente: Más vale ser engañado que negarse al socorro de quien lo necesita ó asegura que lo necesita.

Don Justo no pecaba de tonto; al contrario, la inteligencia y la perspicacia sobresalían en él, dominadas por la bondad.

Estos tipos y caracteres que nunca ceden en la santa severidad del bien, aunque dulces y blandos en el fondo; francos y leales, aunque un tanto duros y ríspidos, que nos han dejado los españoles, disminuyen deplorablemente cada día, y por desgracia tienden á desaparecer por completo.

II.

Un día se presentó en casa de Don Justo un hombre de buen aspecto y mal vestido. Pertenecía á la raza de los mestizos y no aparentaba más de treinta años.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Don Justo.

—Mateo Renca—contestó el extranjero.

—¿De dónde vienes?

—De Lima, señor.

—¿De Lima?

—Sí, señor. Me hallaba al servicio de un caballero que viajaba de Lima á La Paz. En Arica sufrió no sé qué contraste y resolvió regresar á Lima, negándose á llevarme por falta de fondos, según dijo. Viéndome abandonado, tomé el camino de la sierra con intención de pasar á Potosí, donde es fama que hay oficio lucrativo para todos.

—Oficio no falta en ninguna parte para el hombre honrado—replicó Don Justo, fijando sus ojos investigadores en Mateo Renca.

Éste le pareció de complexión delicada para el trabajo de minas, y, por otra parte, más inteligente y dispuesto que el común de los hombres de su clase.

—Supongo que tu profesión no es la de minero; has de tener alguna otra.

—Soy sastre, señor, aunque me hallo resuelto á trabajar en cualquier oficio.

—Bueno, hombre, te doy albergue en mi casa; permanece los días que quieras, y sigue tu camino cuando te acomode.

—Mil gracias, señor. Dios sabrá pagárselo á Vd.

Mateo Renca tuvo cuidado en mostrarse activo, comedido y complaciente; todo lo hacía de buena voluntad, pronto y bien.

Don Justo y los de su familia estaban encantados de las prendas de Mateo, y no tardaron en cobrarle afecto.

Don Justo le propuso que permaneciese con él, y aceptó sin muchos rodeos.

Se concertaron en seguida, y Mateo fué agregado á la casa en calidad de sirviente á sueldo.

En el transcurso de un mes no hubo en la familia del corregidor más que alabanzas para la conducta de Mateo Renca.

III.

Un día se presentó á Don Justo un antiguo criado llamado Marcelo, que hacía las veces de mayordomo á causa de su comprobada fidelidad, y le dijo:

—Señor, parece que Mateo intenta marcharse.

—¡Hola! ¿y en qué te fundas para afirmarlo?

—Hace algún tiempo que no le pierdo de vista.

—He comprendido que tú y él no os estimáis.

—Confieso, señor, que desde el principio concebí sospechas de la verdad de la historia que refirió para explicar su venida á estos lugares.

—Y tus sospechas ¿resultan ciertas?

—No precisamente; pero poco menos, como lo verá Vd.

Se empeñó en el aseo y arreglo del cuarto de aparejos y monturas, que los ejecutó en buena

ley, y ayer por la tarde al salir de dicho cuarto, concluído ya su trabajo, noté que llevaba algo debajo de la ropa. Nada le pregunté, temiendo equivocarme. Sin embargo, la comezón de la curiosidad ó de la malicia no me dejaba reposo, hasta que, aprovechando su ausencia de hoy, he registrado sus cosas, encontrando este lío...

—¿Está ausente hoy?

—De orden de Vd. fué al campo en pos de los alcaldes indígenas.

—Y ¿qué contiene ese lío?

—Véalo Vd.: dos cucharas, un plato y un par de estribos de plata, envueltos en dos camisas y una frazada.

—¡Habrá bribón más hipócrita y taimado! Me lo traes inmediatamente que vuelva.

Mateo Renca no volvió á la tarde, ni al otro día.

Con tal motivo decía Don Justo á Marcelo:

—El pillastre se fugó indudablemente. Reparó que estaba descubierto, y no pudo llevarse el robo.

—Pero se llevó la capa de Vd.

—¿Mi capa?

—Sí, señor, su capa de paño de San Fernando. La he buscado en toda la casa sin encontrarla.

—¡Está visto! la gente se malea y se corrompe rápidamente—exclamó Don Justo,—y es posible que llegue el día en que no haya en quién confiar.

IV.

Transcurrieron ocho meses después de los sucesos que hemos narrado, acaecidos en los primeros del año.

Por noticias que le transmitieron los pasajeros, Don Justo tuvo conocimiento de que Mateo Renca se hallaba en Potosí, que vivía con holgura sin trabajar, y que la autoridad no le perdía de vista por sospechársele de oficios é industrias castigados por la ley.

Un día recibió el parte de que una vaca de la hacienda C., robada en la semana anterior, había sido encontrada una mañana por los comisarios, juntamente con el ladrón que la ordeñaba en el camino.

Don Justo sentíase indispuesto y no salía de su casa. Mandó venir á los comisarios y tomó informes de ellos, resultando de sus investigaciones: Que el presunto ladrón era harapiento y transeunte de á pie; que se negaba á decir su nombre; y que explicaba la circunstancia de habérsele sorprendido con la vaca, asegurando que la halló al pasar el camino, proponiéndose sacarle leche en un vaso que llevaba consigo, en vista de la mansedumbre del animal, y obligado por la necesidad del hambre.

Don Justo pensó que, habiéndose recobrado la vaca y estando el ladrón en la imposibilidad de

pagar multa ó indemnización de daños, lo más conveniente era imponerle un castigo corporal, por vía de corrección, y soltarlo.

En consecuencia ordenó que se administrasen á dicho ladrón, el cual indudablemente debía serlo, no obstante sus excusas, cincuenta azotes, y que se le diese libertad.

Á la media hora volvieron los comisarios, y le dieron parte de que, acabado de efectuar el castigo, se presentaron los señores M. y P., propietarios de las fincas circunvecinas, declarando que la vaca en cuestión no parecía haber sido robada sino extraviada, porque fué vista andando de su cuenta varias veces y en diversos lugares.

Don Justo se inmutó visiblemente, y mandó á los comisarios repetir el parte.

—¡Un inocente castigado! — exclamó con amargura.—He aquí una falta imperdonable en la autoridad. Es necesario darle satisfacción; es necesario ofrecerle compensaciones.... Traedlo aquí.

Marcelo, que estaba presente, dijo, viendo la exaltación de su amo:

—Quizá no tanto, señor; quizá no tanto.

—¿Por qué te permites esas palabras?

—Tengo mis razones. Que venga el ladrón.

Éste no tardó en llegar con los comisarios.

Tenía la cara pálida y sucia y los cabellos caídos sobre la frente.

—Siento mucho el error que se ha cometido con Vd.—le dijo Don Justo con voz melosa y casi compungida.

—Señor, nadie quiso escuchar mis descargos....

—¡La voz de Vd. no me es desconocida!

—Es la de Mateo Renca—intervino Marcelo.

—¡Cómo! ¿Mateo?

—Y si no, mírele Vd. la cara—añadió, acercándose á éste y echándole atrás los cabellos que le tapaban la frente.

—Sí, efectivamente, aunque un poco desfigurado, es él.

—¡Señor! perdóneme Vd.—exclamó Mateo, cayendo de rodillas.

—Levanta, belitre; que no sé si voy á llorar ó á reir. Pero no, el caso es más de risa que de llanto.

Y Don Justo soltó una carcajada.

—Ya sabes—continuó,—*por la capa y no por la vaca* tenías bien merecidos cincuenta azotes y aun más. ¡Y ahora, largo! antes de que se me ocurra hacértelos repetir.

Te notifico que salgas á la brevedad posible de los términos de Sicasica. De lo contrario te remito con buena custodia á la subdelegación, ó te pongo en la cárcel hasta que de algún distrito judicial te reclame un exhorto ó requisitoria, que

no puede tardar, supuesto el interés que inspiras á la justicia.

Mateo Renca dióse prisa en marcharse, y los comisarios despejaron la habitación.

—¡Quién lo había de pensar!—se decía Don Justo.—Es rara la forma en que ese vagabundo ha venido á pagar el robo de la capa.

El hecho fué comentado y no tardó en alcanzar verdadera celebridad.

El nombre de Don Justo Severón, corregidor de Sicasica, se hizo popular, y la frase: *Por la capa y no por la vaca*, pasó á la categoría de adagio ó refrán.

Desde entonces, cuando un inocente se ve castigado por un delito que se le atribuye en falso, si bien es culpable de otro ú otros, se dice: *Por la capa y no por la vaca.*

Y si á la víctima inocente de una pena no se le conocen otra ú otras faltas, suele decirse entonces, recurriendo á una presunción de maledicencia: *Ha de ser por la capa y no por la vaca.*

La maledicencia humana es sutil y lista para buscarse compañías honorables y aun respetadas.

V.

En el mes de octubre de 1867 se había perpetrado un asesinato con caracteres horribles de fiereza y crueldad, en el lugar llamado *Thaquicala* (camino de piedra).

Thaqui-cala es una vía que, saliendo de la quebrada de Sorata más ó menos por el oesnorueste, conduce á la notable estancia de San Pedro, y después á los pueblos de Chuchulaya, Timusi y otros.

Desciende de la villa de Sorata por el oeste, deriva un tanto á la derecha, atraviesa los torrentes de *Challasuyo* y *Guajcha-hahuira*, y haciendo un ascenso fragoso y áspero, sigue faldeando el cerro *Iminapi*.

El punto del ascenso se llama Thaqui-cala y da nombre al camino.

Es un lugar poblado de monte bajo, donde los árboles alternan con enormes pedrejones, mal asentados al parecer y amenazando rodar.

El cerro, en esta parte, es de pendiente rápida y cubierta de césped rústico; el río San Cristóbal corre precipitado en un cauce estrecho y profundo.

El ascenso de Thaqui-cala es difícil y mortificante, á causa del piso desigual, de las piedras atravesadas que forman gradas ó saltos y de las vueltas irregulares y caprichosas; el descenso, sobre todo lo dicho, es literalmente pésimo y no exento de peligros.

El borde del camino presenta sitios sin ningún atajo: especie de balcones que dominan el río á una altura vertiginosa.

Thaqui-cala es un lugar que ofrece los atractivos de la soledad y las bellezas salvajes de la naturaleza, muy próximas á lo terrífico y espantable.

VI.

El cadáver de Juana Murieno fué encontrado en la orilla del río y conducido á Sorata.

Los esfuerzos de averiguación descubrieron que Juana Murieno era una joven mestiza procedente de la provincia de Muñecas; que vivía en la estancia de San Pedro con su amante Román Pinastro, vecino del lugar y sombrerero de profesión; que la pareja armaba frecuentes peloteras, ocasionadas por los celos de Pinastro, y que en la tarde anterior había dejado la estancia dirigiéndose á la villa.

Motivos existían para creer que Juana Murieno fué asesinada al llegar la noche.

Dos niños indígenas que á esa hora recogían leña en las inmediaciones, habían visto caer una mujer desde una eminencia de Thaqui-cala; que á poco vino un hombre, el cual echó al río el cuerpo palpitante; que el río no se llevó el cuerpo y el hombre lo volvió á sacar, poniéndolo en la orilla; que allí cubrió el cuerpo con ramas secas y trató de hacer fuego sin lograr que éste ardiera; que, por último, quitó la faja de la cintura de la

mujer, y la ahorcó amarrando uno de los extremos al tronco de un árbol; entonces ellos emprendieron aterrados la fuga.

Preguntados los muchachos sobre el aspecto y figura del matador, dieron las señas de la talla y del vestido del sombrerero Pinastro, á quien todos conocían en Sorata.

El cadáver, lastimosamente maltratado, confirmaba la declaración de los muchachos; presentaba equimosis y heridas por el choque contra las aristas de roca y las piedras; el cabello y el vestido estaban chamuscados por el fuego; profundamente amoratado el cuello y la lengua suelta.

El cadáver se hallaba expuesto en el atrio de la iglesia.

Rugió de indignación el pueblo, y las mujeres comenzaron á llorar, dando alaridos de compasión y de coraje.

—Es necesario capturar al asesino — se dijo, y se despacharon comisiones á San Pedro y á otros lugares, dándose la consigna de inmediata denuncia, si fuese visto en la población.

VII.

Al otro día, á eso de las dos de la tarde, corrió la voz de que Román Pinastro se hallaba en una casa del barrio de San Sebastián.

La noticia circuló con rapidez y el pueblo se congregó en pocos momentos, con objeto de capturar al asesino.

Éste, apoyado en una pared baja que daba á la calle, miraba plácido y curioso á los primeros grupos que llegaron.

Mas, cuando oyó que gritaban, señalándole con las manos: «¡Él es! ¡no se nos escape! ¡Hay que amarrarlo!» no faltando quien añadía: «¡Hay que matarlo!» el hombre se asustó, como que no tenía la conciencia tranquila, refugiándose en el interior de la casa.

Perseguido allí por la muchedumbre que aumentaba por instantes, hizo prodigios de fuerza y de gimnasia, escurriéndose de entre los que ya le rodeaban y asían, y saltando la tapia posterior de la casa, huyó por el campo libre.

Burlado el pueblo, se precipitó en pos de él, dando grandes voces: «¡Al bandido! ¡al asesino de Juana Murieno!»

El hombre corría con toda la ligereza que le era posible, y la masa del pueblo, compuesta de hombres, mujeres y niños de la plebe, y aun de algunos jóvenes de clase superior, le seguía sin perderle de vista.

Ese conjunto de gente, moviéndose siempre y de prisa, afecta las formas aterradoras, ya de las hinchadas aguas de la inundación, ya las

de una larga y gruesa serpiente, ya las de un pulpo enorme que juega á la vez sus muchos brazos.

El perseguido pasó por el costado derecho de la capilla de San Sebastián, y, descendiendo la cuesta, trató de alcanzar el camino de la quebrada de *Challapampa*.

Grupos de gente que ocupaban diversos puntos de ese lado, le obligaron á torcer hacia la derecha.

Corrió en dirección del molino de *Yaurini*, atravesó éste á cierta altura y continuó por la falda del cerro.

Vióse detenido por una pendiente inaccesible, y á punto de caer en manos del furioso tumulto, se tendió de espaldas dejándose rodar hasta la playa del río *(Challasuyo)*, por el sitio que le pareció menos peligroso.

Allí también encontró gente enemiga, y al instante estuvo rodeado.

No tardó en llegar el grueso del pueblo, que le acometió sañudamente.

Al son de los apóstrofes de: ¡verdugo! ¡asesino! ¡bandido! ¡cobarde! y otros, fué aporreado y arrastrado por los cabellos sobre la arena y las piedras.

El ataque se encarnizaba. El hombre había sufrido ya algunos pinchazos en la cara, y las de-

más mujeres disponían sus grandes agujas de prender los rebozos y mantillas.

Intervinieron los jóvenes, entonces, á fin de evitar un asesinato.

Se esforzaron por recordar al pueblo que el delincuente pertenecía á los jueces, quienes le juzgarían según las leyes.

Lograron arrancarle de en medio de la multitud, y le escoltaron hasta la población.

El hombre no dijo nada; el terror le embargaba la lengua.

VIII.

El juzgado de instrucción se hallaba situado en la plaza, donde ahora se veía reunido casi todo el vecindario de Sorata.

El Juez y el Fiscal se encontraban juntos, y salieron á la puerta, atraídos por la novedad de la presencia del presunto reo.

Éste ofrecía un aspecto deplorable: la cara pálida y ensangrentada, los pelos desgreñados, el vestido rasgado en varias partes, daban testimonio de los riesgos que había corrido.

—¡Hola! famoso Román Pinastro—le dijo el Instructor,—debe Vd. pasar á la cárcel. Mañana se le tomará la indagatoria.

—Señor, no soy Román Pinastro; me llamo Agustín Quinto.

—¡Cómo que no es Vd. Pinastro! ¿No es Vd. vecino de San Pedro?

—No, señor. Soy vecino del cantón Quiabaya.

—¿Qué embrollo hay aquí?—exclamó el juez instructor.

Varios de los circunstantes se acercaron, contemplando fijamente al preso.

Después de algún rato y de comunicarse en voz baja sus impresiones, dijeron al fin:

—Efectivamente no es Pinastro, pero se le parece mucho.

—¡Raro, y más que raro, terrible!—repuso el juez.—Sería el caso de que una equivocación casi acaba con un inocente.

Se llegó una anciana al juez y le alcanzó un pliego, diciéndole:

—Señor, este recurso.

—Déselo, señora, al actuario.

—Señor, dígnese leerlo, se trata de este hombre.

El juez leyó el escrito con manifiestas señales de sorpresa, y lo pasó al Fiscal. Cuando éste hubo terminado la lectura, le dijo aquél:

—Ésta no es equivocación ordinaria; es la de Don Justo Severón, corregidor de Sicasica.

—Exacto—respondió el Fiscal, sonriendo.

—Señor—insistió la anciana,—hace cuatro días que Agustín Quinto robó á mi nieta, menor

de dieciocho años. He venido en seguimiento suyo, y apenas he podido llegar esta mañana. Tenga Vd. piedad de una pobre huérfana.

El juez, conteniendo la risa que le retozaba en los labios, dirigió á Quinto estas palabras:

—Amigo, tenga Vd. paciencia. Es *por la capa y no por la vaca.*

—Pase Vd. á la cárcel—añadió el Fiscal,—y en seguida se procederá según ley.

La novedad del suceso se pintaba en todos los semblantes.

Los más avisados y maliciosos reían francamente.

IX.

En un grupo de señores, en que se encontraba el Cura, se produjo el siguiente diálogo:

—Es de admirarse que un hombre se parezca tanto á otro.

—Y también que se parezca en el delito.

—¿Que se parezca en el delito?

—Pues, claro, mató el uno y el otro robó á una mujer: delitos de faldas ambos.

—Lo cierto es que el que la hace la paga.

—Bien dicho—agregó el señor Cura.

—En eso no estoy muy conforme. Yo sé que algunos las han hecho bien gordas, y no las pagan. Al contrario...

—Gozan de buena fama y de consideraciones. Pero hay otra vida—añadió el señor Cura.

—¡Ah! Si para entonces me la dejas...

—No puede ser de otra manera—continuó el Cura,—si tenemos fe en la inmortalidad del alma y en la justicia suprema de Dios.

—Así es, así es—dijeron respetuosamente los demás.



EL DOMINGO DE TENTACIÓN.

I.

 bien, Catalina?

—¿Y bien, Luis?

—¿Has resuelto ya concurrir al baile de esta noche?

—He resuelto no concurrir.

—¡No concurrir! ¿Y por qué?

—¿Y por qué? Es claro, porque no quiero concurrir.

—Mira, Catalina, hablemos formalmente. Eludes manifestar la causa ó más bien las causas de tu negativa, y yo te las diré.

—Veo, hermano, que es inútil que me las digas, y también que me las preguntes, puesto que las sabes.

—No. Es cierto que ambos las conocemos, pero es necesario que las tengamos presentes por mutuo consentimiento y las discutamos. Abrigo la esperanza de convencerte de que ellas no deben privarte de asistir al baile.

—Te ruego que evitemos la discusión. ¿No es bastante saber que tengo determinado no ir por esta vez al sarao de los señores B.?

—Un capricho injustificable ó una preocupación fácil de destruir no puede ser obstáculo invencible.

—Niego la existencia del capricho, y en cuanto á la preocupación me extraña tal palabra en tus labios.

—Pues, no te extrañe; que no otra cosa deben llamarse tus escrúpulos relativos al día de hoy.

—Luis, ni preocupación, ni escrúpulos. Lisa y llanamente, estamos en Cuaresma y me repugna un baile que no tengo estrecha obligación de aceptar.

—¡Bien dicho!—exclamó la señora Teresa, madre de los jóvenes, que hasta entonces los había estado escuchando en silencio, sentada en cómodo y elegante sillón.

—¿Apoya Vd., madre, la terquedad de Catalina?

—Aplaudo su franqueza y buen sentido.

—Á este paso, puede llegar día en que se niegue á obedecer á Vd.

—¡Luis!—interrumpió Catalina, impresionada por la acusación presuntiva que contra ella lanzaba su hermano.

—No es justo calificar de terquedad la negativa de Catalina—dijo la señora Teresa,—porque te consta, Luis, que tiene autorización mía para obrar á su arbitrio en el asunto del baile. Por lo demás, tengo más confianza que tú en la sumisión de mi hija.

—Pero, madre, si estoy comprometido; si he dado seguridad á los señores B. de llevar á Catalina á su baile de esta noche. ¿Qué concepto formarán de mí si falto á mi palabra?

Ante esta declaración Doña Teresa no contestó de pronto: vacilaba evidentemente y se tomaba tiempo para reflexionar.

Haciéndose violencia y dominada por el amor de su hijo, dijo por fin:

—Catalina, creo que debes complacer á Luis. Ha dado su palabra y no sería correcto que no la cumpliese.

—Eso es, madre, eso es.

—Yo no tengo la culpa. Se ha comprometido sin consultarme.

—La repugnancia de Catalina no es tanta por ser hoy domingo de Tentación. No quiere ver á Enrique, que indudablemente ha de estar en el baile.

—No quiero ni puedo negarlo; es por ambos motivos,—replicó Catalina sonrojándose ligeramente.

—La cuestión relativa á Enrique debe resolverse de una vez; lo que está pasando respecto á eso, perjudica á Catalina en primer lugar, y en segundo á toda la familia.

—Parece, Luis, que hoy tienes propósito especial de mortificarme.

—No, hermana, no. Pienso en tu bien, como algún día te convencerás quizás y me harás justicia.

—Te repito, Catalina, lo que te dije otras veces. El enlace con Enrique te conviene bajo todos aspectos. ¿Puedes pensar que tu madre desee otra cosa que tu felicidad?

—No lo dudo, mamá, no lo he dudado nunca. Pero ¿qué le haré, si no me inclino á él?

Los ojos de Catalina se llenaron de lágrimas.

—Es joven, bien nacido, ilustrado y rico, cualidades que le hacen partido aceptable para la señorita más exigente.

—Lo sé, hermano, y no hay necesidad de que lo digas.

—Ten presente, hija mía, que con nosotros se ha conducido con todo respeto y delicadeza. Pidió tu mano en debida forma; se le contestó que aguarde á que te resuelvas, y aguarda pacientemente.

—Así es, mamá, así es.

—Te consta á ti y también á mamá que nuestros relacionados de sangre y en especial aquellos que por su proximidad tienen voto en nuestros asuntos, aprueban este matrimonio.

—Tampoco niego tal cosa.

—¿Y entonces? — exclamó Luis con alguna exaltación.

—No soy injusta con Enrique, reconozco todas sus dotes y prendas; pero no me inspira simpatía alguna.

—Difícil es comprenderte, Catalina.

—Basta, hija, basta. Harás lo que te inspiren tus propios sentimientos.

—Haré lo que Dios y Vd. dispongan.

—¿Y el baile? Supongo que ya no te espantará la presencia de Enrique.

—En cuanto al baile, iré, supuesto que mamá lo quiere... ¿No has reparado, Luis, que tu amigo Enrique gasta una vanidad algo mortificante y que puede provocar inconvenientes?

—Vamos, eso es ya sutilizar las objeciones y los temores.

II.

La señora Teresa G. de Fardal y sus hijos Luis y Catalina componían una familia estimable y bien relacionada en la ciudad argentina de Córdoba.

Hacía diez años que Doña Teresa quedó viuda, y, aunque todavía joven y hermosa, no quiso aceptar proposiciones de nuevo matrimonio, y se recluyó en su casa, dedicándose enteramente á la educación de sus hijos y administración de su considerable hacienda.

La familia Fardal era enteramente cristiana, y practicaba los preceptos de la Iglesia en cuanto lo permitían las exigencias ó imposiciones de la clase especial á que pertenecía.

En 1860, época á que se refiere nuestro relato, no había terminado aún la guerra civil entre Buenos Aires y las demás provincias de la República Argentina, no obstante el Tratado de Unión de 6 de junio y las consiguientes fiestas de la paz; los espíritus se hallaban harto preocupados con la lucha política, y no tenían lugar para iniciar ó proseguir la persecución de la Iglesia y de las costumbres cristianas, imitando las doctrinas impías y las relajaciones morales de Europa. Había entonces amplia libertad para ser católico, sin desmerecer nada en jerarquía, ilustración y cultura.

La señora Teresa amaba con entrañable cariño á sus hijos Luis y Catalina, y en especial á Luis, cuyas exigencias solía aceptar á veces, aun á riesgo de contrariar sus convicciones cristianas—debilidad ó condescendencia de las que pocas madres pueden librarse, y que suelen pagar con el tributo de amarguras y de lágrimas.

Luis era un hijo sumiso y amante de su madre y de su familia; pero á causa de su posición espectable y de sus relaciones, rendía homenaje, no siempre dirigido por recto y seguro criterio, á

las ideas dominantes en la juventud y á las preocupaciones sociales.

Catalina estaba formada según el corazón de la madre: espíritu ingenuo y sencillo, y al mismo tiempo noble y elevado; bella como pocas y con todos los atractivos de los dieciocho años. Podía compararse Catalina á la rosa en todo el esplendor de su florescencia, que se muestra tras del vallado modesta, púdica y elegantemente erguida sobre el tallo.

En una familia así formada no era presumir aventuradamente, que el bienestar y la tranquilidad son perpetuos é inalterables, y sin embargo, no sucedía así. Tal es la variación de los acontecimientos humanos, que tienen su imagen en las mudanzas instantáneas del aspecto del cielo, donde las nubes blancas y ligeras y las tenebrosas y densas marcan las señales de la calma y de la tempestad.

III.

En los salones de los señores B., profusamente iluminados, se hallaba reunida la buena sociedad de Córdoba. El local, á pesar de sus considerables dimensiones, parecía estrecho para la numerosa concurrencia.

Á la una de la mañana la animación y el entusiasmo del baile alcanzaban el grado más subido.

Enrique se acercó á Catalina y le dijo:

—Pido á Vd., Catalina, que me haga el honor de aceptarme por compañero en el vals inmediato.

—Está bien, Enrique, y le agradezco la deferencia.

Pasaron diez minutos; el vals principió á tocarse, y Enrique no parecía.

Un caballero solicitó el brazo de Catalina, y ésta se excusó alegando que se hallaba comprometida.

Á poco rato, otro caballero hizo la misma solicitud, y Catalina volvió á excusarse.

Como es natural, las jóvenes más bonitas y elegantes son las preferidas en los bailes.

Catalina comprendió que estaba llamando la atención por sus negativas, y sentíase mortificada.

Un caballero de alguna edad, que pasaba por delante de Catalina, se detuvo exclamando:

—No seré yo quien rehuse el favor que me ofrece la casualidad para acompañarla en el presente vals.

Catalina creyó inconveniente volverse á excusar, y aceptó.

En el momento en que daba el abrazo, se presentó Enrique, y se dirigió al caballero:

—Dispense Vd., señor; se encuentra comprometida la señorita....

—Vd. se ha distraído, Enrique—le interrumpió Catalina.—Después de haberme excusado con dos señores, he aceptado el brazo del caballero.

—En estos casos se requiere mucha vigilancia,—dijo éste en tono de amistosa broma,—y por ahora le toca resignarse.

—No tal, no me resigno—gritó Enrique, arrebatado por una cólera absurda,—y por lo menos debo decir que Catalina es una malcriada.

Al escuchar á Enrique, todos los circunstantes se quedaron sorprendidos.

Catalina se puso primero roja y en seguida sumamente pálida. Hubo de volver á su asiento, porque no podía tenerse en pie.

Luis había estado observando la molesta situación de su hermana, ocasionada por la distracción ú olvido de Enrique.

—El malcriado es Vd.—le replicó vivamente, y levantó el brazo para darle un bofetón.

Un amigo suyo lo detuvo cogiéndole del brazo.

Varios caballeros jóvenes rodearon á Luis y Enrique, y los llevaron fuera del salón.

El hecho pasó con rapidez, y no se dieron cuenta de él más que las personas inmediatas.

La poderosa orquesta y el número de parejas que valsaban impidieron que toda la concurrencia reparase en el incidente.

Por tanto el baile continuó sin interrupción, y como si nada de extraño hubiese acontecido.

Catalina sufría grande angustia, y casi no atendía á dos amigas que se esforzaban por tranquilizarla.

Las amigas censuraban á Enrique. —Pero ¿qué ofuscamiento ha padecido?— exclamaban. —¿Cómo se dejó llevar á una indignidad que no puede calificarse sino de grosería?

Catalina sabía á qué atenerse.

Enrique, según sus observaciones, daba muestras de soberbio é imperioso, y hacía esfuerzos no siempre eficaces, para ocultar su carácter con el barniz de la cortesía y de la complacencia.

Enrique se aquilataba á sí mismo, pretendía que otros reconociesen su valía, rindiéndole homenaje.

Esta fatuidad agresiva repugnaba altamente á Catalina, que, sin embargo, se guardaba bien de provocar.

Enrique creía hacer gran favor á Catalina solicitando su mano.

Así es que, llegada la ocasión de juzgarse desatendido ó pospuesto por ella, se desbordó con fiereza su enfado.

Enrique, bueno en el fondo, carecía de tacto fino, de la amable delicadeza y de la cultura sagaz que toleran y aceptan con la sonrisa en los

labios las equivocaciones, los errores y aun ofensas que se producen dentro de las formas acostumbradas en buena sociedad.

Catalina sufría angustias mortales, temiendo las consecuencias posibles del disgusto que mediaba entre Luis y Enrique.

—Bien resistía yo asistir á este baile — pensaba la pobre niña.—El corazón me presagiaba una desgracia.

Á los quince minutos volvieron al salón Luis y Enrique, conversando amigablemente y seguidos de los amigos que los habían acompañado.

Sin embargo, Catalina no lograba serenar su alma.

El genio exaltado de Luis y la vanidad de Enrique chocaban con la idea de una fácil y pronta reconciliación.

La misma circunstancia de volver juntos los dos, le parecía convenida para engañar á los demás, y en especial á ella, acerca del verdadero estado de sus sentimientos.

Luis se acercó á Catalina, pasados algunos instantes, y le dijo con el tono más natural:

—No tienes, por cierto, motivos de agrado. Si quieres, nos retiraremos.

—Al momento — respondió Catalina, y se puso en pie.

Caminaban en silencio á su casa, situada á poca distancia.

Luis rompió el silencio que se hacía insoportable.

—Hablando con la sinceridad de siempre, te declaro, Catalina, que me pesa haberte traído al baile.

—Mostraste tal empeño y tenacidad, que mamá hubo de ceder....

—Lo hecho no tiene remedio. Voy á pedirte un favor.

—¿Un favor?

—Sí; que no informes á mamá de mi disgusto con Enrique.

—Luis, no me animo á ocultarle la verdad, cuando me interrogue sobre los pormenores del baile.

—En caso preciso, le dirás todo, pero atenuando, en cuanto sea posible, la importancia del disgusto, y asegurándole que todo se arregló á satisfacción.

—¿Y esto último es cierto?

—Cierto, Catalina, cierto.

Y Luis sentía que llamas de fuego invadían su cara; dolorosa vergüenza le abrumaba al engañar á su querida hermana.

Ésta suspiró sin persistir en el tema, y le dijo en seguida:

—Dime, Luis, ¿dónde fuiste con Enrique y los demás amigos?

—Al salón de refrescos.

—¿Estuvo allí tío Jacinto?

—Sí estuvo.

Los dos jóvenes llegaron á su casa, retirándose en silencio á sus respectivos dormitorios.

IV.

A las siete de la mañana la señora Teresa entraba en la habitación de Catalina, haciendo el menor ruido posible para no despertarla.

Ésta la saludó:

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, hija. ¿No dormías?

—No, mamá.

—¿Y Luis?

—Debe hallarse en su habitación.

—¿Á qué hora os recogisteis?

—Á las dos de la mañana.

—Si no tienes sueño, ¿querrías referirme lo más notable del baile?

—¡Ay! mamá—contestó Catalina, y cubriéndose la cara con las manos, se puso á llorar.

—¿Qué ha pasado, hija mía? ¿Á qué viene ese llanto?

—Luis me pidió que no participe á Vd. lo acontecido.

—Razón de más para que me lo digas todo. ¿No soy vuestra madre? ¿No me interesa vivamente lo que os atañe de cerca ó de lejos?

—Así es, madre mía, ni Luis ni yo desconocemos jamás una verdad tan grata á nuestro corazón.

Y Catalina hizo á su madre relación breve y exacta de los hechos.

La señora Teresa comenzó por escuchar serenamente, mas no pudo dominar su penosa impresión al enterarse de las violentas palabras de Enrique y de Luis.

Su rostro se descompuso, y le acometió una especie de temblor.

Catalina trató de saltar del lecho, exclamando:

—¡Mamá! ¡se va Vd. á desmayar!

Ésta la contuvo con rapidez.

—No tengas cuidado; es cosa pasajera.

Haciendo visible esfuerzo consiguió reanimarse, y oyó la relación hasta el fin.

—La presencia de tu tío Jacinto da mucho que temer.

—Pienso lo mismo que Vd., mamá.

—Es inútil negar que el incidente entraña harta gravedad.

—Hable Vd. á Luis.

—No, al contrario, es preciso no decir nada. Se creería en la obligación de engañarnos.

—¿Qué se hace entonces?

—Ya lo veremos; tranquilízate. No te levantes de la cama hasta que yo vuelva. Salgo de casa.

—¿Y cuánto tardará Vd.?

—No lo sé á punto fijo. Supongo que sea una hora, ó que sean dos.

V.

Don Jacinto Sabilet, hermano materno de la señora Teresa G. de Fardal y coronel de ejército, frisaba en los cincuenta años de edad.

Era mucho mayor que su hermana, y primogénito de primer matrimonio.

Había sido no poco borrascosa su juventud, cortejada por interesante apostura, fortuna considerable y los incentivos y relumbrones de la carrera militar.

Era también de los que han hecho viaje de placer al viejo mundo.

Don Jacinto se contaba en el gremio de los viudos y no tenía hijos.

Se reformó razonablemente al pasar de los cuarenta, pero le quedó de sus antiguas calaveradas la inclinación casi fanática al duelo.

Profesaba la máxima: «Las manchas de honor se lavan con sangre, ó no se lavan con nada.»

Cuando los amigos sacaron del salón de baile á Luis y Enrique, el coronel Sabilet se unió á ellos.

Los esfuerzos de los jóvenes para terminar el disgusto por una mutua satisfacción, se estrella-

ron contra la tenacidad altiva de Enrique, el cual sostuvo que, habiendo recibido doble ofensa de Luis y de su hermana, no se allanaba á dar satisfacción alguna.

Luis alegó de su parte que el agredido fué él en las inconvenientes palabras dirigidas á su hermana, y que no aceptaba la humillación de formular excusas ó explicaciones.

El coronel intervino:

—Ya lo veo, el lance es inevitable, por desgracia, y lo mejor es acabar cuanto antes. ¿Qué dice Vd., amigo Enrique? ¿qué te parece Luis?

—Estoy dispuesto—contestó aquél.—Estoy dispuesto—repitió éste.

Se concertó el duelo. Cada contendiente nombró dos padrinos. Uno de los de Luis fué el coronel Sabilet, que se designó él mismo.

—Señores paladines—dijo éste,—se comunicará á Vds. lo más pronto posible las condiciones, el lugar y la hora.

—Se entiende—repuso otro de los padrinos,—que la reserva es obligada.

Todos manifestaron su conformidad.

—Á propósito—añadió el coronel,—estimo necesario que Luis y Enrique vuelvan del brazo al salón.

Así lo efectuaron éstos.

Los padrinos se mantuvieron en el lugar para discutir y acordar lo que hacía al caso.

VI.

La señora Teresa de Fardal salió de su casa á las ocho de la mañana, dirigiéndose á la de su hermano el coronel Jacinto Sabilet.

Los sirvientes le dijeron que sólo hacía tres horas que éste se recogió, y que aún estaba durmiendo.

La señora de Fardal se manifestó resuelta á verle en el acto, y ordenó que le despertasen.

La señora de Fardal permaneció una hora en casa de Don Jacinto.

En seguida fué á buscar á un alto personaje, lejano pariente suyo, pero á quien merecía mucha estimación.

De regreso á su casa, se dió prisa en ver á Catalina.

—Por fin volvió Vd., mamá.

—Sí, hija mía. Ha sido forzoso tardar más de lo que pensaba. Pero, ¿qué tienes?

La señora Teresa se acercó asustada á Catalina.

Los ojos brillantes, el color encendido y la respiración precipitada, manifestaban que ésta sufría un ataque de fiebre.

—Nada, mamá; no se alarme Vd. Siento mucho calor y me duele un poco la cabeza.

—El temor, la incertidumbre, la angustia te han ocasionado este malestar. Serénate, hija mía; yo te prometo que todo irá bien.

—¿No era la cosa tan grave, como yo presumía?

—Más grave quizá.... Sin embargo, ten confianza; he tomado mis precauciones.

—Convendrá avisar á Luis....

—De ninguna manera. Te repito que él no debe advertir que yo ando en el asunto. Si viene, y no tardará, no te des por entendida.

—¡Cuánto sufrirá el pobre!

—Ciertamente lo mismo que tú y yo. El interés propio nos manda el sacrificio de no comunicarnos nuestros dolores.

La señora Teresa abrazó y besó á Catalina, y recomendándola que procurase calma y alejamiento de ansiedades, salió de la habitación y se dirigió á la suya.

Una vez en ella, rebosó la amargura de su corazón y las lágrimas inundaron sus ojos.

Sentíase desfallecida: los esfuerzos supremos de valor y entereza que hubo de hacer por no afligir á su hija, agotaron su energía.

Cayó de rodillas ante un Calvario que tenía en su dormitorio, exclamando:

—¡Señor, misericordia! ¡Madre mía, piedad! He aquí que estoy á punto de que la muerte violenta me arrebate á mi hijo y la de enfermedad á mi hija.

Y oró con efusión y esperanza, y lloró largamente, encontrando el consuelo de sus penas en el inefable sentimiento religioso.

VII.

Á espaldas de una casa de campo y en un terreno poblado de árboles, pero que ofrecía un claro, como de cuarenta pasos de largo y quince de ancho, se encontraban tres hombres.

Después llegaron cuatro más.

Eran Luis, Enrique, los cuatro padrinos y el médico.

Uno de los padrinos sacó el reloj y dijo:

—Las siete de la mañana; es la hora.

Los padrinos colocaron á los duelistas frente á frente, á quince pasos de distancia, y dando á cada uno una pistola cargada con bala, les previnieron que tenían derecho de hacer fuego avanzando.

En aquel momento aparecieron soldados de un piquete de infantería, los que rodearon en silencio á los circunstantes.

—¿Quién ha revelado el secreto, quién ha prevenido á la autoridad, señor Fardal?—gritó Enrique.

—No lo sé, caballero.

—Yo he avisado á la autoridad; yo, que soy su madre y no quiero que mi hijo muera ni mate—dijo la señora de Fardal, presentándose repen-

tinamente, seguida del Gobernador de la provincia y del Jefe de policía.

—Yo he revelado el secreto; lo declaro francamente, para que no se inculpe á otro, y mucho menos á mi sobrino Luis—añadió el coronel Jacinto Sabilet.

—¿Es posible, Vd.?—exclamaron á un tiempo los otros padrinos.

—Sí, señores, lo confieso, con vergüenza de mi debilidad, si queréis, pero lo confieso. Es cierto que pocos ó ninguno podrían resistir en su caso á las insinuaciones y ruegos de una madre, que además es hermana, y hermana muy querida. Con la misma sinceridad declaro: jamás se me ocurrió que Teresa hubiese concebido el plan de interrumpir de esta manera el lance.

—Muy bien, señor coronel Sabilet. Ahora me toca á mí—dijo entonces el Gobernador.

Señores Luis Fardal y Enrique Clarenso: he sorprendido á Vds. en el delito de atentado á la vida propia y á la ajena, y á Vds., señores padrinos y médico, en el de cómplices y encubridores.

Señor jefe de policía, Vd. conduce á estos caballeros á la casa de seguridad y los detiene allí, dando parte inmediato al señor Fiscal de la provincia, para que disponga de ellos.

El coronel Sabilet replicó:

—Señor Gobernador, considere Vd. el escándalo que esto producirá, y el bochorno á que nos expone.

—Caballero, si el duelo es noble y honroso, como piensan Vds., no puede haber escándalo ni bochorno en ir á la cárcel y aun á presidio por tal motivo. ¿Es ó no verdad, señor Sabilet?

—Verdad, señor, pero verdad muy cruel para nosotros.

Luis se mostraba pálido é inmóvil, Enrique temblaba ligeramente y los demás se mantenían silenciosos y en actitud respetuosa.

—Antonio—dijo la señora de Fardal, dirigiéndose al Gobernador,—quizá la indulgencia haría mejor efecto en el ánimo de estos señores.

—¿Tú abogas también por las calaveradas y los calaveras? Y ¿qué garantía ofrecerían estos señores de no volver á las andadas con el menor pretexto?

—Yo creo que prometiéndolo sabrían hacer honor á su palabra.

—Lo prometo, señor, bajo palabra de caballero, —dijo el coronel Sabilet.

—Está rendido el más temible y peligroso. ¿Y Vds., señores?

—Lo prometemos igualmente — respondieron todos.

—Bueno; entonces cada cual á su casa, y mucho cuidado con la reincidencia.

—Debes saber, Antonio—dijo la señora de Fardal, acercándose al Gobernador,—que te agradezco en el alma lo que has hecho.

—Lo que debo saber es que las mujeres son incomparables para salirse con la suya.

—Por ti he librado á mi hijo....

—Llévate á ese muchacho, y hazle entender que los disgustos causados á las madres se pagan con mucho rédito.

VIII.

Una vez en su casa, Luis cayó de rodillas á los pies de la señora Teresa exclamando:

—¡Madre! ¡perdóneme Vd.!

Ésta le levantó y abrazó diciendo:

—Hijo mío, ya ves, Dios castiga sin piedra ni palo. Ambos hemos sido culpables: tú por cierto menosprecio de las prescripciones de la Iglesia; yo por mi condescendencia.

Y lloraron estrechamente abrazados.

—Yo no podía hablar á Vd. del asunto. ¡Oh! he sufrido lo indecible.

—No lo dudo, Luis; no lo dudo, hijo mío.

—¿Y la pobre Catalina?

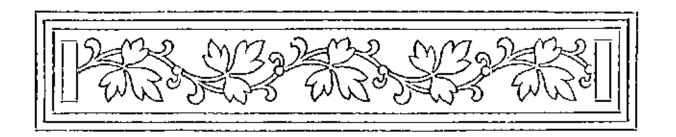
—Los inocentes son víctimas expiatorias de las faltas ajenas. Demos gracias á Dios que se

ha dignado evitarnos una catástrofe, y dediquémonos á la curación de Catalina.

—Madre, así lo haré de mi parte.

Catalina se restableció al cabo de veinte días, merced á la asidua y amorosa asistencia de su madre y de su hermano.

Y Luis nunca olvidó la lección amarga del baile del domingo de Tentación.



UN CAPÍTULO DE HISTORIA.

I.

A principios del siglo VI antes de J. C., el reino de Lidia se hallaba en todo el esplendor de su grandeza.

Comprendía gran parte del Asia Menor, y los pueblos limítrofes que no le estaban completamente sometidos, pagaban enormes tributos á cambio de una independencia nominal.

Su capital, Sardes, era una ciudad rica, populosa y llena de hermosas casas y edificios monumentales, entre los que sobresalía el suntuoso palacio real.

Mármoles pulimentados de vario color formaban los muros y las escaleras de este palacio; en los adornos interiores y en los muebles se habían prodigado el oro, la plata, el marfil y preciadas maderas.

En su construcción y decorado se daban la mano el lujo oriental y el arte griego.

Los habitantes de Sardes, y en general todos los lidios, vivían en la abundancia; pero la ventaja de las comodidades de que gozaban era causa de relajación é inmoralidad de costumbres.

El valor y los hábitos de sencillez y de sobriedad que antes los distinguieron, y merced á los cuales llevaron á cabo muchas conquistas bajo sus antiguos reyes, habían degenerado en lujo y molicie, como resultado de una época no interrumpida de predominio y de prosperidad.

Los lidios habían llegado al enervamiento y á la corrupción, y si los pueblos tributarios no sacudían el yugo era porque participaban de la apatía y sensualidad de sus dominadores.

Creso, de celebridad universal á causa de sus grandes riquezas, subió al trono de Lidia por los años de 570.

Los ríos Meandro, Caistro y Pactolo regaban el fértil territorio de Lidia.

Creso explotó con avidez las arenas auríferas del río Pactolo, acumulando en su palacio enormes riquezas, que formaban su encanto y su felicidad.

El amor de las riquezas llegó á ser en Creso una costumbre y una manía, que, si no ahogaron las demás afecciones de su corazón, al menos las inspiraban y dirigían.

El amor ciego de sus caudales, que siglos después el poeta romano Virgilio llamó: *auri sacra fames — impía sed del oro,* le preocupaba constantemente, estimulando más y más el deseo de su acrecentamiento.

II.

Solón, el ilustre y virtuoso ateniense, el que con Tales de Mileto, Pítaco de Mitilene, Bías de Priena, Cleóbulo de Lindos, Periandro de Corinto y Chilón de Esparta, formaba la brillante pléyade de los siete sabios, gloria intelectual de la Grecia, llegó á Sardes en el promedio del año de 564.

Solón, dotado de talento y de genio, conocía las costumbres y necesidades de su siglo y penetraba las inclinaciones permanentes del corazón humano.

Después de prepararse en mucho tiempo de estudio y meditación, hizo largos viajes y adquirió grande sabiduría, observando y comparando la organización, las leyes y las instituciones políticas de las naciones más adelantadas en progreso y en civilización.

Visitó con preferencia el Egipto, la Fenicia, la Babilonia y el Asia Menor, consultando y discutiendo con los sacerdotes, los magos y los políticos las altas y trascendentales cuestiones del gobierno y de la administración de los pueblos.

Volvió á su patria, Atenas, lleno de ciencia y más lleno aún de las preciosas adquisiciones de la vida práctica, cuando la legislación de Dracón se hallaba en mengua y desacreditada, á causa de sus deficiencias y de su extrema severidad,

que suscitaron ambiciones de mando, disturbios populares y luchas intestinas.

Los ciudadanos más influyentes y sensatos de Atenas fijaron los ojos en Solón, y procuraron su nombramiento de Arconte, haciéndole discernir al mismo tiempo el cargo extraordinario de Legislador.

Solón gobernó con acierto y administró con pureza los intereses del Estado.

Como legislador justificó el título de «el más sabio de los griegos» que sus contemporáneos le dieron y ha ratificado la posteridad.

La legislación de Solón consulta el espíritu y el modo de ser de los atenienses, y contiene principios universales en materia política y civil.

Estos principios se conservan en los códigos modernos, pues que la legislación griega pasó á Roma, y de ésta á las nuevas naciones que se han formado de las ruinas del imperio romano.

Desde este punto de vista, las ideas de Solón se mantienen en las legislaciones humanas al través de más de 2.400 años.

¡Gloria singular y alto privilegio que pocos hombres han merecido!

La legislación de Solón fué recibida con entusiasmo por los atenienses.

Sin embargo, Solón no se alucinó por los aplausos, y conociendo la inconstancia de sus com-

patriotas, les hizo jurar, como término de prueba, la observancia de sus leyes por cien años.

Luego salió del país, emprendiendo nuevos viajes.

III.

Solón mereció acogida respetuosa en Lidia, donde la fama de filósofo y de legislador le había precedido.

Cuando llegó á Sardes, el Rey Creso le dió alojamiento en su propio palacio, prodigándole toda especie de obsequios y de atenciones.

Solón para el Rey Creso era un adorno de gran precio en su corte; un tesoro más, agregado á los tesoros materiales de que disponía.

Entraba en la honra y en la vanidad de Creso contar á tan célebre personaje entre los habitantes de su capital y de su palacio.

El Rey enseñaba al ilustre ateniense, con satisfacción no disimulada, la abundancia de sus riquezas en plata, en oro y en pedrería fina, deseoso de arrancarle signos de aplauso y de admiración.

Sin embargo, Solón contemplaba impasible los tesoros que se ponían ante sus ojos.

Picado Creso y presumiéndose desdeñado en sí mismo y en el esplendor de lo que poseía, le dijo:

—Parece que repruebas mis riquezas.

—Reprobarlas, no precisamente—le contestó el filósofo;—pero no me atrevo á felicitarte por ellas

—¿Por qué?

—Hartas preocupaciones tiene la vida por sí misma.

—Es cierto.

—Y el trono trae consigo otras mucho más graves.

—Pero aquéllas y éstas disminuyen y se hacen llevaderas con la posesión de las riquezas.

—Ó se aumentan y crecen, ¡oh rey!

—No te comprendo, Solón.

—Me comprenderás si me escuchas y discurres sinceramente.

—Está bien: explícate.

—La conservación de la vida supone la satisfacción de muchas necesidades, las cuales bastan para ocupar la actividad y los esfuerzos del hombre.

—Del hombre particular y no del rey; hay diferencia entre ellos.

—Así es, en honor, dignidad y también en obligaciones. El rey manda y el súbdito obedece; mando y obediencia que, antes que su comodidad y placer individual, reconocen por objeto la felicidad general de la nación.

—¿Y bien?

—El rey, juntamente con el honor, la dignidad y el imperio, tiene la obligación del gobierno, es decir, el manejo justo y armónico de los ramos moral, político y civil.

—Obligación grande, por cierto.

—Obligación grande, por cierto, y capaz por sí sola de absorber una inteligencia activa, una voluntad fuerte y un corazón noble y humano.

—De manera que el rey no debe ocuparse en otra cosa sino en el gobierno.

—No debe ocuparse en otra cosa, y por eso encuentro natural é inevitable que viva del tesoro público.

—No te contradigo en este punto. Pero las riquezas...

—De las riquezas he de hablarte, ¡oh Rey! El que entre los habitantes de una nación se halla ligado por deberes más numerosos y estrictos es el rey, á quien no se le permite distraer su atención en el cuidado de las riquezas.

—Sin embargo—replica Creso con triunfante sonrisa,—no se concibe gobierno sin tesoros. El dinero facilita y realiza la acción gubernativa.

—En lo que dices, hay una confusión que es preciso deslindar. Confieso la necesidad de los tesoros, en calidad de medios ó elementos de gobierno, y las contribuciones de los pueblos satisfacen esta necesidad; mas de esto al amor de las riquezas en sí mismas, al afán de juntarlas por el gusto de poseerlas y contemplarlas, hay bastante distancia.

—La posesión de las riquezas no perjudica la solicitud y el acierto del gobierno.

—Te engañas, ¡oh rey! acaso de buena fe. El placer que causan las riquezas es grande y dominante, porque interesa la vanidad y la soberbia, cuyo poderoso influjo disimula y dulcifica los afanes y zozobras de su conservación, y las preocupaciones y esfuerzos de su aumento, que es una especie de sed insaciable.

—¡Oh Solón! aun en el supuesto de la certeza de tus afirmaciones, yo me siento feliz con las preeminencias de rey y la propiedad de mis tesoros.

—¿Qué quieres que te conteste, cuando confiesas y amas tu fascinación?

—¿No me crees, pues, el más dichoso de los hombres?

—No, Creso, no. Ningún hombre puede llamarse dichoso hasta después de la muerte, porque sólo entonces se halla libre de las tempestades de la pasión y de las versatilidades de la fortuna.

—¿Eso dices tú?

—Eso lo han dispuesto los dioses y los hados.

IV.

La franqueza del filósofo no provocó el resentimiento de Creso, ni modificó sus ideas acerca del juicio y estima de sus propias grandezas.

Como en la tierra todos los bienes son caducos y aparentes, fuera del valor real é intrínseco de las virtudes; como el amor de los tesoros es una de las pasiones más fuertes, Creso hubo de aceptar á sabiendas el agradable engaño de su felicidad.

Para ello, olvidando las contradicciones y amarguras diarias de la existencia, que, en su condición de rey, apenas conocía, se familiarizó con las preocupaciones, temores y esperanzas de la guarda y acrecentamiento de su riqueza, al extremo de considerarlos como parte de su dicha, ó su misma dicha.

El amor de las riquezas era una pasión dominante en Creso, y le parecían poco ó nada todos los esfuerzos y desvelos que les consagraba, encontrando amplia compensación en el gusto y placer de tenerlas.

Esclavo voluntario y satisfecho de su pasión, no comprendía ni quería comprender la intranquilidad y la vergüenza de quien se ve obligado á la custodia y defensa del oro, dedicándole el corazón, la inteligencia y la voluntad, que existen para fines más nobles y elevados.

Creso, en la antigüedad, es el prototipo de los que confunden el objeto con el medio para conseguirlo. El objeto es la comodidad material de la vida, y el oro es el medio; dos cosas conexionadas entre sí, pero distintas una de otra, que no se

confunden ni pueden confundirse sino bajo el exclusivismo despótico del extravío de la inteligencia y del sentimiento.

La vida está llena de incertidumbres, zozobras y amarguras, que subsisten en el hombre y le atormentan aun en medio de la actividad más respetable y abnegada.

Para demostrar tal verdad, ó más bien para teorizar tal hecho, del que da testimonio, en todas las situaciones, el corazón humano, suelen mencionarse las palabras pronunciadas, en su lecho de muerte, por uno de los grandes sabios de la antigüedad pagana, por Aristóteles: *¡He vivido lleno de ansiedades! ¡muero lleno de terror! ¡Ser de los seres! ¡tened piedad de mí!*

Aristóteles profesó la sabiduría; sirvió á la humanidad y contribuyó á su progreso por los constantes, gloriosos é inmortales trabajos de su inteligencia.

Su filosofía ha sobrevivido á la destrucción de las civilizaciones griega y romana, y se ha conservado y se conserva en el sistema llamado *escolástico;* su *lógica* es de uso universal; su *poética* y *retórica* son prodigios de sagacidad é investigación y un verdadero descubrimiento; apreciabilísima su *historia natural;* y admirables sus trabajos de *política* y de *moral.*

Si Aristóteles, entregado á las nobilísimas labores intelectuales, en obsequio del bien y progreso de la humanidad, no pudo librarse de los sufrimientos y dolores de la vida, es harto dudosa é inverosímil la dicha de Creso en el culto de la riqueza.

Esa dicha resulta ilusoria y facticia, y supone el extravío de la razón y del sentimiento.

Aristóteles vivió dos siglos después de Creso, pero la exclamación del filósofo en el supremo instante de salir del mundo, es un grito de angustia humana, es la confesión universal de la insuficiencia de las glorias y grandezas para satisfacer los anhelos siempre crecientes del corazón.

La exclamación de Aristóteles es aplicable á todos los tiempos y á todos los hombres.

Creso padecía la más brillante de las cegueras producidas por la pasión. Las riquezas le complacían y le deslumbraban con tal encanto, que no se daba cuenta de la esclavitud en que vivía, sacrificando el reposo del alma y del cuerpo al ídolo de su corazón.

Creso amaba los eslabones dorados que le encadenaban, y se juzgaba seguro al frente del capricho y veleidad de la fortuna, y dichoso en medio de las cavilaciones y sobresaltos que le ocasionaban sus riquezas.

No había reflexión ni discurso que convenciesen de error al rey; estaba reservado desenga-

ñarle sólo al hecho del fracaso, á la realidad de la desgracia, y ellos venían ya á destruir severamente las ilusiones y las vanidades que usurpaban el puesto de la verdad.

V.

Enterado Solón de que en Atenas habían renacido los desórdenes, tumultos y luchas, aguzados por los ambiciosos, y especialmente por el sagaz Pisistrato, que de este modo se hacía de popularidad y allanaba el camino para arrebatar el poder, resolvió mostrarse entre sus conciudadanos, abreviando el tiempo de sus viajes, con la esperanza de que su presencia calmaría los ánimos excitados y restablecería el orden de la administración pública.

—Debo volver á mi patria—dijo á Creso,—y te manifiesto mi gratitud por tus bondades.

—Me das una mala nueva, Solón. ¿Es inexcusable tu viaje?

—Es necesario.

—En ese caso mis ruegos serían inútiles para detenerte.

—Siento dejarte, ¡oh rey! sin haber podido hacer nada en tu provecho.

—La severidad de tus principios no se conforma con mis ideas y mis aficiones.

—Es una verdad que me aflige.

—¿Nos volveremos á ver?

—No abrigo tal esperanza. Mis pasos se precipitan á la tumba; y mucho me temo que la desgracia llegue á cebarse en tu prosperidad.

—¿Me anuncias infortunios?

—No, rey, no te anuncio infortunios. La dulzura de tu carácter, tu benevolencia para conmigo, el mismo interés que tengo por ti, ofrecen á mis ojos el triste cuadro de la caducidad de las riquezas y de las variaciones de la suerte.

—Todos los hombres estamos sujetos á las contingencias.

—Ciertamente; pero las caídas de los que se llaman dichosos son más terribles y dolorosas.

—Cuando ellas vengan es forzoso soportarlas con entereza.

—Una palabra más, ¡oh rey! no pierdas de vista el Oriente, en donde existen dos pueblos ambiciosos, cuyo creciente poder amenaza á todas las naciones.

—Hablas de los medos y de los persas; no olvidaré jamás tu prudente advertencia.

—Al marcharme, ¡oh rey Creso! de tu palacio y de tu reino, pido á los dioses que siempre te concedan su amparo.

—Que ellos te conduzcan hasta tu patria, ¡oh Solón!

VI.

Pisistrato agitaba á los atenienses, á fin de que ellos mismos le alzasen al poder supremo que ambicionaba.

Los tenía seducidos con su elocuencia, sus adulaciones y sus prodigalidades.

En vano trató Solón de oponerse con todas sus fuerzas á la empresa del usurpador, que hacía que el pueblo forjara sus propias cadenas.

Habló y no fué escuchado; sus denuncias é increpaciones estrellaban en la frialdad de sus conciudadanos, que se dejaban conducir gustosos por el brillante Pisistrato.

Solón, desengañado y lleno de amargura, se desterró de Atenas, y murió en la isla de Chipre (558) á la avanzada edad de ochenta años.

Es de antigua fecha que la intriga y el engaño triunfan en el ánimo de los pueblos sobre la sabiduría, la virtud y el patriotismo.

VII.

El gran Ciro alcanzaba victorias y hacía notables conquistas en el Oriente, llenando con su fama el Asia y el mundo entonces conocido.

Creso, viendo amenazado su reino por las armas del príncipe persa, negoció una alianza con Neriglisor, rey de Babilonia.

Los caldeos gozaban todavía de buen nombre militar, amparados por el recuerdo de las glorias de Nabucodonosor II.

Ciro fué al encuentro de los babilones, que fueron completamente vencidos, muriendo el rey Neriglisor en la batalla (555).

Creso principió á temer seriamente por la seguridad de sus Estados.

Tenía que habérselas con un general joven, activo y ardiente, seguido de tropas entusiastas, llenas de engreimiento y acostumbradas á triunfar.

Comprendió la necesidad en que estaba de tomar las medidas más eficaces para defender su trono contra el conquistador persa, y trabajó en ese sentido con gran tesón y constancia.

Hizo alianza con el rey de Egipto, la renovó con el de Babilonia Labinito ó Baltazar, y en seguida se dedicó á la organización de su ejército, que logró poner en estado satisfactorio por su número y disciplina.

Confiando en la ayuda de sus poderosos aliados y en el valor y fuerza de las tropas lidias, se halagaba con la esperanza de vencer á Ciro.

Noticioso éste de la coalición de los reyes de Babilonia, Egipto y Lidia, prefirió combatir primeramente á Creso, y al efecto se dirigió hacia las fronteras del reino lidio.

Creso se puso al frente de sus soldados, y le salió al encuentro.

Los dos ejércitos se avistaron en las llanuras inmediatas á la ciudad de Timbrea.

El choque fué terrible y la batalla tenaz y encarnizada.

Creso y sus lidios se batieron denodadamente y como hombres que defienden su libertad, su familia y sus bienes, esto es, su independencia y su patria.

Pero al fin hubieron de ceder á los vigorosos asaltos de los persas y á las irresistibles cargas de la caballería de los partos, tributarios ó aliados de aquéllos (548).

Creso vió su guardia dispersada, y él mismo, arrojado de su carro, iba á ser muerto por un soldado, cuando un hijo suyo, á quien amaba con ternura por ser mudo y que jamás dejaba su compañía, le libró.

Emocionado el niño ante el peligro que corría su padre, recobró súbitamente la palabra y exclamó: —¡Soldado, no mates á Creso!

El soldado detuvo el brazo, dando tiempo á que la guardia se rehiciera y rodease al monarca.

Habiendo salvado la vida por modo tan extraño y casi maravilloso, Creso reunió los soldados que pudo, y tomó precipitadamente el camino de Sardes, esperando hacer resistencia al enemigo en las murallas de su capital.

Ciro y sus tropas persiguieron á los vencidos y entraron en la ciudad tras de ellos, sin darles tiempo á que volvieran del estupor de la derrota y se pusieran en actitud de lucha y defensa.

Cayeron en poder del conquistador el mismo Creso, sus generales, el palacio real y todos los tesoros que guardaba.

El desastre del rey de Lidia fué rápido y completo.

Una batalla, perdida en algunas horas, le había hecho descender al nivel del más infeliz mortal.

VIII.

La situación de Creso era más triste y amarga de lo que él pensaba.

Encolerizado Ciro por la valerosa conducta de los lidios y las pérdidas que había sufrido en su ejército, resolvió la muerte de Creso y de sus principales jefes.

Tales son los grandes y poderosos: se irritan de las contradicciones, por muy nobles y justificadas que ellas sean.

Creso, á punto de ser quemado en una hoguera, gritó tres veces: —¡Oh Solón! ¡oh Solón! ¡oh Solón!

Sorprendido Ciro, se llegó para preguntarle él mismo:

—¿Por qué nombras á Solón tres veces?

—Porque me acuerdo en la desgracia de que rechacé sus prudentes advertencias en la prosperidad.

—¿Te anunció la suerte que te ha cabido?

—No quiso convenir en el concepto de la felicidad que yo tenía, hablándome de las agitaciones y temores que imponen la posesión y conservación de las riquezas, de la caducidad de los bienes de la tierra y de las versatilidades de la fortuna.

—¿Y ahora?

—Ya ves, ¡oh Ciro! que se glorifica la sabiduría de Solón y se castiga mi necedad. Me venciste y me has reducido á la miseria del último de los hombres: lo pierdo todo y aun la vida.

Ciro, profundamente impresionado, se mantuvo en silencio por algunos momentos. En seguida se dirigió á Creso.

—Tu caída—le dijo—conmueve y espanta. No morirás, y si te muestras digno en el infortunio, seré tu amigo y vivirás en mi palacio.

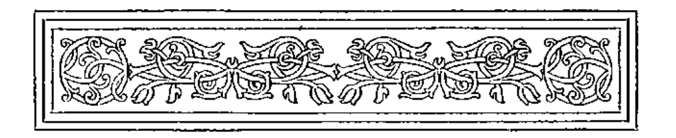
—¡Oh gran Ciro! ¡que los dioses premien tu generosidad!

Este hecho, altamente dramático y tan lleno de enseñanzas, dió ocasión á que Plutarco dijese: «Y Solón tuvo la gloria de salvar la vida á un rey y hacer á otro una saludable advertencia.»

El rey de Lidia, en el cautiverio, desplegó resignación y grandeza de ánimo, que honraban su progenie real.

Ciro le admiró, le cobró afecto y le admitió en el número de sus consejeros.

Algunos historiadores añaden que Ciro al morir recomendó á su hijo Cambises que se aprovechase de las virtudes y de la experiencia de Creso.



CUASI ABRAM.

I.

Era el mes de abril de 1836 y la tarde tibia y serena.

El Cura de la parroquia y Don Teodoro Marinas se hallaban sentados frente á frente en amigable conversación.

El aposento, cuya modestia rayaba en pobreza, indicaba los hábitos de sencillez con que vivía el Cura.

Este anciano sexagenario, de rostro simpático y amable, y de ojos de brillo sereno y penetrante, inspiraba respeto y confianza. Su escaso pelo faltaba por completo en la parte superior de la cabeza, motivando la continuación de la frente hasta la corona, y contribuyendo á darle ese aspecto de superioridad con que se imponen la dulzura, la sabiduría y la edad reunidas.

La piel de la cara rugosa y ajada, el cabello gris y la barba blanca, denunciaban, por lo menos, medio siglo de existencia en Don Teodoro, el cual, vecino muy respetado de la población,

estaba casado en segundas nupcias con una joven de veintidós años.

El Cura y Don Teodoro eran antiguos y constantes amigos, pero distanciados por las consideraciones debidas al carácter sacerdotal y á la edad del Cura de parte de Don Teodoro, y por la cortesía y prudencia recíprocas que cierran el paso á la familiaridad, escollo frecuente de las atenciones y miramientos que están obligados los hombres á guardarse entre sí, como prenda de estimación y de afecto.

—No llegué á imaginarme—decía el Cura,—que su proyecto de viaje estuviese tan próximo á realizarse.

—Ello puede ser; pero ahora veinte días há hablé á Vd. seriamente de mi marcha.

—Cierto. No obstante abrigaba yo la esperanza de que Vd. abandonase la idea. Eso de la variación definitiva de domicilio es menester mirarlo despacio y por todos sus lados.

—Vd. no aprueba, señor Cura, que mi familia y yo nos traslademos á la ciudad.

—Le dije á Vd. antes mi opinión con la franqueza á que me dan derecho mi calidad de párroco, la amistad que le profeso y el interés que me inspira lo que concierne á su bienestar, y ahora pienso lo mismo.

—Siento en el alma que no estemos de acuerdo en este punto.

—Como ha de ser, Don Teodoro, así vienen las cosas, y hay que aceptarlas por mucho que repugnen.

—Sabe Vd., señor Cura, que yo he acatado siempre sus opiniones y puesto en práctica sus consejos; y me aflige sobre manera que esta vez me vea obligado á obrar por mi cuenta.

—Puedo equivocarme, Don Teodoro; pero mis juicios acerca de su marcha á la ciudad se fundan en la sinceridad de mis convicciones y de mis sentimientos.

—¿Cree, pues, Vd. que sufriré decepciones, que no tardaré en arrepentirme?...

—¡Quién sabe, quién sabe! Si hemos de discurrir sobre el tema, le repito que esta población, cabeza de provincia, es de excelentes condiciones, y adelantando un paso más, de clima suave y hermosos atractivos para cualquiera que no sea en extremo descontentadizo.

—Lo sé, señor Cura, lo sé.

—Que es Vd. aquí uno de los vecinos más principales y estimados.

—Agradezco profundamente esa benevolencia de Vd., que no merezco.

—Además la subsistencia es cómoda y barata en esta población, y pienso que Vd. no debe ol-

vidar tal circunstancia por lo mismo que su familia es numerosa.

—Después de meditarlo, he venido á concluir que me es forzoso renunciar las ventajas que Vd. indica, obligado precisamente por el bien de mi familia.

—No le comprendo lo bastante. Sea Vd. más explícito, si le parece.

—A eso voy, señor Cura.

—Bueno, le escucho.

Y para hacerlo con atención, el Cura cambió de postura, puso el codo derecho en el brazo del sillón y la barba en la palma de la mano, mirando fijamente á Don Teodoro.

—Tengo niñas crecidas y esposa joven que desean ver la ciudad.

—Entre visitar la ciudad y hacerla domicilio ordinario hay diferencia.

—Ellas dicen que no quieren permanecer aquí, secuestradas de la vida social y cultura de las grandes poblaciones.

—Y eso le parece á Vd. justo y correcto.

—Veo que no les falta razón, y he debido prohijar sus deseos.

—Estoy comprendiendo, Don Teodoro, que Vd. anhela tanto como sus hijas y su esposa irse á la ciudad.

—Quizá, señor Cura, quizá.

—En cuanto á ellas, lo de siempre: quieren ver y ser vistas; y en cuanto á Vd., lo de todos los padres y maridos: no aciertan á decir *no* cuando es necesario.

—No puede ser Vd., no ha sido nunca, enemigo de las formas y comodidades sociales.

—No lo soy ni lo he sido nunca, tiene Vd. razón.

—Luego es evidente...

—Que debo apoyar el proyecto de Vd. Sin embargo, no es así....

El Cura se detuvo como vacilando acerca de lo que había de decir, y continuó resueltamente:

—Hay casos definidos, hay situaciones concretas en que los intereses materiales se presentan en pugna con los intereses morales, y entonces se requiere valor generoso para hacer que éstos prevalezcan sobre aquéllos, ó mucho ingenio y exquisita delicadeza para conciliarlos, á fin de que se presten mutuo apoyo en vez de combatirse. Vd. se va en busca de ilustración, de cultura y de goces sociales, y es posible que encuentre el disgusto y la amargura en la ciudad.

—No había pensado en esta posibilidad, y es completamente nuevo lo que le oigo.

—Sea; pero eso pertenece á las cosas que no deben escapar á la penetración de un padre cuidadoso y de un esposo prudente.

—Hágame el favor de ser más claro, señor Cura.

—Hay peligros en todas partes para la juventud, y especialmente para la juventud femenina, y ellos son mayores en la ciudad por razones fáciles de entender. Sus niñas son interesantes y su esposa joven y bella; su vigilancia y defensa serán desde luego un peso para Vd., y un contraste en este orden destruiría la serenidad de su alma.

—¡Gracias á Dios, no ha llegado el caso!

—¡Ojalá no llegue nunca! mas la previsión siempre es útil.

—Entreveo, señor Cura, que padecí error en mis ideas y reflexiones. Juzgaba satisfacer una aspiración legítima de mi familia trasladándola á la ciudad, y recrearme con su bienestar y contento, y ahora me aflige el temor de contribuir yo mismo á su desgracia y á la mía.

—No tanto, no tanto, Don Teodoro; las presunciones distan de ser realidades, y conviene tenerlas presentes para no ser sorprendidos por el mal, que siempre nos amenaza.

—De cualquier modo, señor Cura, mi viaje está resuelto y definido, y es excusado pensar en deshacerlo.

—Ni yo se lo aconsejaría. Siento como su párroco y amigo, que Vd. se retire de la población, y he debido manifestarle las razones que motivan mi repugnancia; eso es todo. Márchese,

Don Teodoro, ya que su voluntad le inclina á la vida de las ciudades.

—¡Señor Cura! — exclamó conmovido Don Teodoro.

—Que Vd. no olvide á su amigo, y que Dios piadoso guíe siempre todos sus pasos.

Y viendo á su amigo pálido, emocionado y á punto de soltar el llanto, añadió jovialmente:

—En cuanto á su esposa y á sus hijas, dígales de mi parte, que los lirios y azucenas del campo brillan más, en mi concepto, que los claveles y rosas de los tiestos y jardines de la ciudad.

II.

La escena anterior se realizó en el escritorio del párroco de una capital de provincia, parte de populoso departamento de una República sudamericana, cuyos nombres no son indispensables para la inteligencia de los sucesos que hemos de narrar.

La ciudad adonde Don Teodoro Marinas y su familia fueron á establecerse, era la capital de la República, y por consiguiente asiento y residencia de los poderes nacionales.

La familia de Don Teodoro, en los primeros meses de su nueva residencia, gozaba de los placeres de la novedad, que para todos, aun para los más listos y avisados, tiene encantos irresistibles.

Paseaba los más de los días la ciudad, y contemplaba gustosa las calles, las fuentes de agua, los puentes y las casas; visitaba los templos y los edificios públicos; recorría el extenso mercado, lleno de abundantes y variados comestibles; admiraba los grandes almacenes de efectos extranjeros, revisando con no disimulada codicia las hermosas tiendas de telas, lienzos, sombreros, muebles y vestuarios de la calle del Comercio.

Cuando la curiosidad de ver lo desconocido estuvo satisfecha, cuando la presencia de la ciudad y de sus habitantes entró en el régimen ordinario de las impresiones diarias, y la familia hubo de permanecer en la casa, entonces se reconoció la necesidad de un mueblaje decente y de vestidos en armonía con su clase social y las costumbres dominantes.

Las visitas y los conocimientos menudeaban en la casa, y no era aceptable arrostrar el ridículo de presentar á la señora y señoritas jóvenes mal ataviadas y en habitaciones de pobre aspecto.

Don Teodoro vióse obligado á gastos considerables, y se acordó, sin poderlo remediar, de la objeción económica que el señor Cura oponía á su pensamiento de fijarse en la ciudad.

Un domingo caminaba de prisa Don Teodoro á fin de llegar pronto á la próxima iglesia, donde hacía rato que la campana llamaba á misa. Iba

un tanto distraído el buen señor, y al volver una esquina se encontró de frente con dos señoras y un caballero, sin que hubiese podido evitar el choque con una de aquéllas, la cual encolerizada exclamó: —¡Qué torpeza!

El caballero dió á Don Teodoro un recio empellón, que casi le echó en tierra, diciéndole sin miramiento: —¡Parece Vd. una bestia!

Don Teodoro, rojo de coraje y de vergüenza, hubo de limitarse á pensar: ¡Bien empleado me está! Mi Cura y mi amigo me dijo: «Es aquí Vd. vecino principal y estimado», callando por delicadeza: en la ciudad será otra cosa.

Terminó el mes de abril y con la venida de mayo comenzaron á dejarse sentir los fríos del invierno. La ciudad, situada á considerable altura y en una ancha hoya de la vertiente de los Andes, sufre descenso notable de grados de calor en los meses de mayo, junio y julio, y ofrece á sus habitantes atmósfera rígida y aires helados, especialmente á los que, venidos de tierras bajas y climas benignos, la ocupan por primera vez en dichos meses.

Don Teodoro podía contarse entre estos últimos, cooperando su edad á que fuese más sensible á las asperezas de la estación.

Temblaba de frío el hombre, acordándose de las dulzuras de la temperatura de su pueblo y del

respetable Cura, que le hizo notar oportunamente esta no despreciable circunstancia.

Á pesar de tan manifiestas contradicciones, Don Teodoro se encontraba satisfecho. Picado del ansia de lucir á sus elegantes hijas y á su esposa de excepcional belleza, gozaba al verlas aplaudidas y admiradas. La vanidad, esa pasioncilla, verdugo ó parásito del corazón humano desde la cuna hasta el sepulcro, se había enseñoreado del anciano cónyuge, que hallaba compensación á sus disgustos en las alabanzas prodigadas á la joven esposa, y los consideraba muy llevaderos á ese precio.

Don Teodoro era presa del entusiasmo y de las expansiones de un amor senil, ciego para ver los peligros á que le exponía su imprudente conducta.

Actuaba con gran aprecio en la ciudad una compañía dramática española, representando piezas románticas últimamente escritas, y entre ellas «El Delincuente Honrado», de Jovellanos, por el cual solía mostrar el público singular preferencia.

Don Teodoro no sentía inclinación á comedias, telones ni bastidores, pero cediendo á las insinuaciones de su familia llevó á ésta una noche á la representación de «El Delincuente Honrado.»

El teatro, claustro principal del convento de Jesuitas transformado en escenario dramático, estaba repleto de lo más elegante y encopetado de la ciudad.

La familia de Don Teodoro, instalada en un palco de preferencia, llamó desde luego la atención. Sus hijas y su esposa, perfectamente vestidas y en las que, sin embargo, se reparaban ciertos dejos de maneras y de gusto provinciales, fueron el blanco de los anteojos, de las conversaciones y de los comentarios en los demás palcos.

Todos conceptuaron hermanas á esas jóvenes señoras, bien que de belleza y tipo distintos, y padre de ellas al caballero que las acompañaba.

El Presidente de la República, que se hallaba en su palco rodeado de sus edecanes, dirigía persistentemente el anteojo á la esposa de Don Teodoro, quien, al hacerse cargo de la tenacidad de Su Excelencia, sintió que un frío glacial invadía sus venas, y volvió á acordarse de su amigo el respetable Cura de su pueblo.

Cuando estaba Don Teodoro sufriendo el influjo de vagos temores, se abrió la puerta del palco y se presentaron dos señores jóvenes, manifestándose sorprendidos al entrar, y diciendo uno de ellos:

—Señoritas, caballero, dispensen Vds.; hemos equivocado el palco adonde nos dirigíamos.

—La equivocación, involuntaria, por naturaleza, es siempre excusable, señores—respondió Don Teodoro con seriedad.

—Pero ya que tenemos la suerte de estar aquí, no queremos marcharnos sin ponernos á los pies de las señoritas y ofrecer nuestros respetos y servicios á Vd.—replicó el caballero que había hablado primero.

Y sin aguardar respuesta tomó asiento al lado de la esposa de Don Teodoro, y el otro junto á las hijas, y ambos comenzaron á charlar seguidamente con el propósito de interesarlas y divertirlas.

Á pesar del aplomo de los intrusos jóvenes, la situación no era sostenible. Las señoras, un tanto abochornadas por la novedad del caso, no respondían sino con monosílabos, mostrando á las claras que se encontraban más sorprendidas que agradadas.

Los asaltantes del palco conocieron la necesidad de retirarse, valiéndose al efectuarlo de cuantos cumplimientos pudieron imaginar.

Don Teodoro, desconcertado á la vista de tanta osadía, en vano se esforzaba por hallar un medio decoroso de echar á los jóvenes, que, por dicha, se fueron por sí mismos.

No pudo más Don Teodoro y dijo: «Vámonos», á su esposa y á sus hijas, con voz que no admitía réplica.

Cuando Don Teodoro y su familia atravesaban la puerta del palco, los jóvenes se alejaban ha-

blando en voz alta, y Don Teodoro llegó á oir estas palabras:

—La treta nos salió bien.

—Es hermosísima la joven con quien hablé.

—No hay para qué negarlo. Parece la mayor de las hermanas.

—Es posible.

—¿No te parece algo tonta?

—¿Tonta? no; sencilla y natural sí, y eso es lo que más me gusta y encanta.

Don Teodoro sintió que una luz cárdena le deslumbraba los ojos, y que una especie de vértigo le acometía.

Logró dominarse y pensó amargamente: Con cuánta verdad me decía el Cura: «Existen grandes peligros en la ciudad para la juventud y en especial para la femenina.»

III.

El Presidente de la República, General de cuarenta años poco más ó menos, había hecho su carrera militar durante la guerra que las colonias americanas sostuvieron para emanciparse de España, la madre patria.

Educado en la escuela de la intriga, de la violencia y de la lucha, y también de la impiedad que afectaba la revolución americana, sugerida por la francesa de 1789, no tenía principios fijos de

política, de administración y de moral; su norte era la ambición.

Anhelaba mando perpetuo, padecía sed de honores, á pesar del gobierno temporal y democrático de que era jefe.

El General Presidente no formaba entre los libertinos, pero tampoco pertenecía al número de los hombres moderados y circunspectos. Atropellaba los escrúpulos al satisfacer sus deseos y aficiones, guardando hasta cierto punto la reserva de las conveniencias sociales.

Para ello contaba con la fidelidad de servidores incondicionales, que hacían estudio de adivinar los brotes de su concupiscencia, con la seguridad de explotar su generosidad ó amparo en el logro de sus cálculos de interés individual.

Estos desgraciados, en lugar de merecido desprecio, suelen recibir los halagos artificiales aconsejados por el temor.

Ellos en todas partes rodean al poder, á quien prodigan el incienso de la condescendencia y del encomio.

Don X., Coronel y Edecán de S. E. el Presidente, figuraba entre los adictos de más intimidad y confianza.

Una tarde de domingo, y cuatro días después de los sucesos anteriores, el Presidente de la República salió de paseo con todo el boato y tren que entonces se acostumbraba.

Por delante diez húsares de la guardia con sables y tercerolas, luego el Presidente en compañía de un Ministro de Estado, seguidos ambos del cuerpo de edecanes, brillante por los uniformes, las charreteras y los entorchados, y otros diez húsares á retaguardia.

El acompañamiento ocupaba media cuadra y hacía resonar las aceras con los golpes acompasados de su marcha.

Espectadores no faltaban, porque unos estimulados por la curiosidad y otros detenidos en su camino, se agrupaban en las bocacalles para mirar el desfile de la comitiva presidencial.

Al pasar por una casa del barrio del Triunfo, las personas que la habitaban se alborotaron á la novedad, presentándose atropelladamente en la puerta de la calle.

La casa era de Don Teodoro, y su esposa figuraba en el primer término del grupo.

El Presidente, al verla, sufrió visible alteración, se detuvo y, haciéndose un poco atrás, dijo en voz baja al Coronel X.:—¡La del teatro!

El Coronel X. sonrió y le hizo un signo de inteligencia....

IV.

Á las ocho de la noche eran indescriptibles el desconcierto y la consternación que reinaban en la casa de Don Teodoro.

El Coronel X. la invadió de improviso al mando de un pelotón de soldados, y notificó á la esposa de Don Teodoro, que le siguiese de orden superior.

—¿Adónde?—replicó la aterrada señora,—yo no conozco á nadie, soy nueva en la ciudad, y no puedo dejar la casa sin permiso de mi esposo.

—Vd. no es esposa, sino hija mayor del dueño de esta casa.

—No, señor, soy esposa de Don Teodoro.

—Es su esposa; es nuestra madre—exclamaron las niñas llorando.

—Aguarde Vd. á verse con mi esposo, que vuelve en este momento.

—La orden se refiere á Vd. solamente y no al que llama su esposo.

—Yo no salgo, no debo salir de mi casa.

—En tal caso será por la fuerza. ¡Soldados! ¡á ésta joven al centro! ¡y marchen!

Los soldados la rodearon y la obligaron á caminar, advirtiéndole el sargento que ha de hacerlo en silencio.

Las hijas y la familia de Don Teodoro se quedaron lamentándose á gritos.

Se trataba de un rapto, y se le consumó descaradamente en las primeras horas de la noche.

Don Teodoro llegó á su casa, y al informarse de lo ocurrido con su esposa, sintióse abrumado

de un dolor intenso, que le privó por algunos instantes del uso de la palabra y aun de la razón.

Repuesto un tanto, exclamó con la mayor desolación:

—¡Oh señor Cura! ¡oh señor Cura! si Vd. sabía esto, ¿por qué no me lo dijo?

Don Teodoro cae en error de justicia y de lógica, perturbado por la vehemencia del sufrimiento.

Las fuerzas morales y físicas del hombre, suele decirse con gran verdad, se duplican en los supremos instantes de exasperación.

Cosa semejante pasaba con Don Teodoro, que revolvía en su cabeza varios planes para recobrar á su esposa, sin satisfacerse con ninguno de ellos.

En medio de su febril actividad, pensó en el señor L., Deán del coro catedralicio, admirándose de no haberse acordado antes de este magnífico recurso.

El señor L., pariente suyo, gozaba de la estimación y confianza del Presidente de la República.

Don Teodoro corrió en busca del Deán L. y le comunicó su situación con todos los detalles que juzgó necesarios.

El Deán le escuchó gravemente y le dijo:

—Te sucede lo que al patriarca Abram, quien vió á su esposa Sara robada por Faraón, rey de Egipto, y espero que Dios, así como protegió á su siervo en tan apurado trance, se dignará también protegerte.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—No hay tiempo que perder. Haré cuanto es posible por hablar con el Presidente. Procura serenarte, vuelve á tu casa y aguarda mi aviso, que presumo no tardará.

—Me hará Vd. mayor servicio que librarme de la muerte.

V.

Á la hora recibió Don Teodoro un billete en que el Deán le decía que se presentase inmediatamente en la policía dando su nombre, y re cogiese á su esposa.

Don Teodoro voló á la policía, y luego que estuvo en su casa acompañado de su esposa, se presentó el señor Deán L.

El agradecido esposo se echó á sus pies, exclamando:

—No tengo con qué pagarle el favor que le debo.

—Levántate, Teodoro—le dijo el Deán,—y da gracias á Dios que te ha librado de una tremenda desgracia.

—Así es; ¡confieso y adoro su clemente providencia!

—Te referiré brevemente lo que ha pasado, porque eres padre de familia y puede serte útil en lo sucesivo.

—Diga Vd., señor.

—Expuse al Presidente el objeto que ante él me llevaba, y se hizo de nuevas, y cuando, prevaliéndome de las deferencias que me presta, le manifesté lo escandaloso del hecho, dándole á entender que me era conocido en sus detalles, se avergonzó y entró en el terreno de la sinceridad y de las confidencias. Dijo que había visto en el teatro á la joven, reconociéndola días después en la puerta de una casa; que comunicó esta última circunstancia al Coronel X., quien, sin duda, procedió al secuestro de su propia cuenta.

Sin pararme á calificar el valor y realidad de esta excusa, le declaré con firmeza, que esa joven era tu esposa y no tu hija, como parece que él creía. Entonces respondió: «Estaba en un error, y ordenaré inmediatamente que esa señora sea restituída á su esposo y á su familia», y lo hizo en efecto.

—¿Y qué piensa Vd. de todo esto? ¿No horrorizan la arbitrariedad y el abuso del poder y el ultraje á un ciudadano pacífico?

—Calma, Teodoro. Pienso que siempre es de estimar la restitución, mirando que estaba en su mano no hacerla, y que hay necesidad de no ser muy severos con los poderosos, que frecuentemente son los más dignos de lástima.

—Verdad, señor, verdad.

—¿Y qué has de hacer tú ahora?

—Vd., señor, es sacerdote y mi pariente, y quiero hacerle conocer mi arrepentimiento y mi propósito. He cometido la solemne tontería de trasladarme aquí, guiado por la soberbia y la vanidad. Me arrepiento de mi necia conducta, y hago propósito de vivir y morir en mi pueblo natal.

—Dios tenga en cuenta tu arrepentimiento y bendiga tu propósito.

VI.

Don Teodoro se dió prisa en vender su casa y sus muebles sin preocuparse de los quebrantos que la precipitación le ocasionaba.

Á los quince días estaba de regreso en su pueblo con toda su familia.

Don Teodoro, al encontrarse con el Cura, sintió arrasados sus ojos de lágrimas y le besó respetuosamente la mano.

Pero el generoso y discreto sacerdote, que conocía los percances de Don Teodoro por las cartas de su amigo el Deán L., le echó cariñosamente los brazos al cuello, diciéndole:

—¡Loado sea el Señor que le restituye á su pueblo y al afecto de sus amigos!

B. HERDER, LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO,
FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).

Herder,
Las Buenas Novelas.

Tomos publicados:

1º **Una Víctima del Secreto de la Confesión.** Novela fundada en un suceso verídico. Por **José Spillmann** S. J. Con 12 ilustraciones. *Segunda edición.* En rústica *Fr.* 3.—; encuad. *Fr.* 3.75.

2º **La Hija del Director de Circo.** Novela original de la Baronesa **Fernanda de Brackel.** Con 12 ilustraciones. *Segunda edición.* En rústica *Fr.* 4.—; encuad. *Fr.* 4.75.

3º **Nubes y Rayos de Sol.** Novelas del Padre **José Spillmann** S. J. Con 13 ilustraciones. *Segunda edición.* En rústica *Fr.* 3.—; encuad. *Fr.* 3.75.

4º **Perdona y Olvida.** Novela premiada. Por **Ernesto Lingen.** Con 12 ilustraciones. *Segunda edición.* En rústica *Fr.* 3.50; encuad. *Fr.* 4.25.

5º **Mi nuevo Coadjutor.** Sucesos de la vida de un anciano párroco irlandés. Por **P. A. Sheehan.** En rústica *Fr.* 4.25; encuad. *Fr.* 5.—

Tomos en preparación:

6º **Cuentos del Hogar.** Por **Norberto Torcal.**

7º **Espinas y Rosas.** Por **Juan Bautista Diel** S. J. Con ilustraciones.